



TRADUCIDO POR MEGISTOS86

## **La Maldición de los Mares**

Los supersticiosos la llamaban la Flota del Terror. Conocida también como Azote de Alta Mar y Herald de la Maldición, sus imposibles navegaciones eran como historias de miedo que habían cobrado vida, leyendas que habían roto el velo entre este mundo y el siguiente. Se decía que la flota no-muerta era tan furtiva como un tiburón, y sus victorias tan inevitables como las mareas.

Durante incontables años, la Flota del Terror acechó en los recuerdos de los ancianos y los débiles, envuelto en rumores. Pero tras la última Geheimmisnacht, la más malvada de las vísperas, sus míticos buques habían vuelto a causar estragos en las tierras de los hombres.

Incluso el señor pirata con más cicatrices de batalla temía en secreto a su vampírico comandante, el conde Noctilus. Corría el rumor de que él y sus capitanes no Muertos tenían ejércitos de marineros ahogados y fantasmas a su disposición, y que el buque insignia del conde, la Parca Sangrienta, era inhundible. En los últimos seis meses, los agoreros del fin del mundo y los profetas apocalípticos habían demostrado estar en lo cierto una y otra vez. La Parca y sus buques de guerra esclavizados habían arrasado sistemáticamente los puertos de las ciudades de la vecina Tilea antes de volver a desaparecer en la oscuridad.

Nadie se atrevía a enfrentarse a la Flota del Terror en una batalla abierta, ya que las leyendas decían que morir en el mar era caer bajo el poder de Noctilus para siempre. Desde que comenzó la maldición de los mares, los barcos hundidos tenían la misteriosa costumbre de desaparecer por completo de la noche a la mañana. Los piratas de Sartosa creían que era el reino legendario conocido como el Cementerio de los Galeones el que se apoderaba de las naves hundidas y los cadáveres de sus tripulantes. Nadie sabía la razón, aunque todos coincidían en que era obra del vampiro, el conde Noctilus y sus capitanes de corazón negro.

La Maldición de los Mares había navegado por los océanos del mundo durante décadas. El entierro en el mar estaba estrictamente prohibido. Nadie se atrevía a navegar por temor a ser reclamado, y muchos tesoros, dignos del rescate de un rey, fueron dejados para los peces.

A medida que las rutas marítimas del mundo fueron abandonadas lentamente y el comercio marítimo disminuyó, la isla pirata de Sartosa se hundió en un declive empapado en ron, y los barcos de ese reino sin ley permanecieron en sus muelles. Las grandiosas y ricas ciudades portuarias del Imperio se estaban llevando la peor parte de las atenciones mortales de Noctilus, y Sartosa no les debía nada. Los señores piratas de aquella isla estaban casi convencidos de que la Flota del Terror no iría a por ellos.

Y sin embargo, durante una medianoche oscura y húmeda, así lo hizo.

## CAPÍTULO 1

Sartosa

Día 13 de Nachhexen, 2522

Cuando Jaego Roth regresó a Sartosa, la noche brillaba tanto como el día.

Aquel infame nido de canallas estaba siendo consumido lentamente por un furioso infierno, y el clamor de la batalla fluía a través de la niebla teñida de naranja. Los destartalados muelles de Sartosa ardían tan ferozmente que el mar brillaba rojo y dorado alrededor de las sentinas del buque de guerra del Capitán Roth, la Guardia de la Noche, mientras estaba fondeando en los muelles.

El Capitán Roth se limpió el agua de mar ennegrecida por el hollín de su ojo bueno y contuvo la respiración por un momento a la sombra de un galeón derruido. Hace menos de diez minutos, había estado al frente de su nave, horrorizado por la reticencia de su tripulación a luchar por el puerto de la ciudad, al que la mayoría de ellos llamaba hogar. Su decisión de sumergirse en las frías aguas, nadar hasta el Embarcadero del Mosquito y trepar temblando entre las brumas había sido, sin lugar a dudas, una locura. Estaba helado y sus viejos huesos le dolían aún más de lo normal. Pero su hogar familiar estaba a menos de una milla de los muelles en llamas.

El curtido capitán se sacudió la cabeza como un perro mojado, y las gotas salieron volando de su masa de cabello blanco trenzado e hizo una mueca. No había visto a su familia desde hacía décadas y probablemente lo odiaban por eso. Aún así, no podía dejar que murieran quemados.

Tras respirar profundamente, el capitán se lanzó a través del denso laberinto de callejones que conducía desde las Chabolas hacia el Puerto Herrumbre. El aparejo chocaba contra los mástiles rotos y las pesquerías de las casas-barcos de arriba, y el familiar olor del pescado podrido flotaba en el aire, una nota de decadencia bajo el olor acre del humo.

Cerca, un fuerte y gorgojeante grito resonó por las calles. Cuando Roth salió corriendo para cruzar un camino mal empedrado, vio un destello de movimiento entre la apiñada arquitectura. Volviéndose repentinamente cauteloso por aquello, desenvainó su sable.

Un par de figuras esqueléticas salieron de una casa construida a partir de un bergantín volcado, arrastrando el cadáver de un anciano tras de sí. Las cosas encorvadas y antinaturales estaban armadas con alfanjes oxidados y tenían brillantes esmeraldas clavadas en sus cuencas oculares. Pequeños puntos de luz verde se encendieron mientras miraban directamente a Roth, con sus huesudos pies chasqueando y arañando los adoquines. Las algas colgaban de sus extremidades enmohecidas. Uno llevaba su mandíbula inferior colgada alrededor de su cuello con una cuerda, y el otro tenía algas sobre su calva cabeza como si fuera una peluca desordenada. La gente del mar los llamaban marinos de huesos, sirvientes no muertos alzados desde sus acuosas tumbas mediante rituales prohibidos.

Roth rugió de rabia y se lanzó directamente contra los espadachines esqueléticos, deteniendo la torpe estocada de la primera criatura y agachándose para esquivar el salvaje golpe del segundo, para después propinarle un cabezazo contra el cráneo. Introdujo su sable hasta empuñadura en la cara sin mandíbula del marino de huesos, separándole la calavera del cuello. Tras perder la cabeza, la azogada criatura continuó atacando violentamente por un segundo antes de colapsarse.

El capitán se echó hacia atrás con fuerza, chocando contra el marino de huesos que se le acercaba por detrás, aplastándole las costillas contra los sólidos maderos de la casa. Moviéndose con rapidez, Roth se dio la vuelta y golpeó la frente cubierta de algas de la criatura con el mecanismo de vapor que le servía de mano derecha. El capitán sacudió su muñeca y el artilugio hizo un rápido semicírculo, destrozando el cuello de su enemigo y dejando su cráneo clavado en la punta de su espada.

Roth arrancó los restos decapitados del guerrero esquelético y corrió hacia la ciudad en llamas, usando los dientes menos podridos para sacar las esmeraldas de su trofeo mientras avanzaba. “Olvida las joyas”, murmuró Roth, escupiendo fragmentos de hueso, pero se guardó las gemas de todos modos.

Se produjo un ruido distante detrás de él, y Roth miró por encima de su hombro mientras cruzaba la aceitosa acera de la Calle Linterna.

Sobresaliendo sobre la ciudad flotante de galeones capturados que formaban las fortificaciones exteriores de Sartosa, había una imagen que haría estremecer a un demonio.

El buque de guerra de Noctilus era como una cuña de piedra del tamaño de un iceberg, revestida con los destrozados cascos de barcos de sus anteriores conquistas. Contorneada por la luna, había una fortaleza Sylvana que coronaba la escarpada masa central de aquella nave como la corona de un tirano. Sobresaliendo de la proa de la Parca había una gran cuña recubierta de metal envejecido, formando un espolón tan grande que se elevaba sobre las destartadas tabernas de las Chabolas. El buque de guerra era un gigante monstruoso en comparación con los galeones capturados que formaban los muros exteriores de Sartosa. Lentamente se abría camino a través de las apretadas defensas de la ciudad como si fuera una enorme hacha cortando una pila de leña.

Roth maldijo incrédulo mientras corría hacia su hogar natal, Puerto Herrumbre. Por encima de él, ladrones desnutridos y golfillos trepaban a lo largo de cuerdas hechas con cualquier cosa, desde algas trenzadas hasta tendones de las bestias marinas, envalentonados a nuevos niveles de hurto por la distracción. El aire nocturno apestaba a sal, orina y madera ardiendo.

Saltando sobre un cajón de toma de mar vacío y escalando los barriles apilados detrás de él, Roth se subió al tejado del Prostíbulo de Maud Sully para tener una mejor vista de la increíble nave de guerra. Abajo en el puerto, docenas de piratas juerguistas salían corriendo de las tabernas, desenvainando sus espadas y preparando sus pistolas. Algunos gritaban juramentos obscenos, algunos se reían con incredulidad ebria. Otros simplemente se quedaron atónitos, con los ojos muy abiertos mientras observaban cómo el gigante de piedra se abría camino a través de sus defensas.

-¡No os quedéis mirando!- gritó Roth mientras corría por el tejado del burdel y se deslizaba torpemente por el otro lado. -¡Id a los embarcaderos y preparaos para defenderos!

Algunas de las figuras en el muelle lo reconocieron y comenzaron a moverse hacia el lugar al justo cuando una serie de andanadas rugía desde los galeones encadenados que formaban las defensas exteriores de Sartosa. Cada proyectil destrozaba grandes pedazos de roca y madera podrida del casco de la Parca Sangrienta. El Galeón bretoniano Stilletante, lanzó una descarga a bocajarro, derribando uno de los mástiles de la Parca y arrancando una vela con calaveras del tamaño de un patio del castillo.

Un gran gemido surgió de los agujereados muros de la Parca, como si la propia nave estuviera sufriendo. Un crujido chirriante de metal oxidado llenó el aire mientras los cañones sobresalían de las portas y troneras a lo largo de la pedregosa longitud de la nave.

Con un estallido ensordecedor, más de un centenar de antiguos cañones dispararon contra los compactados galeones Sartosanos. El Stilletante acabó hecho pedazos, con trozos irregulares de madera astillada girando en todas direcciones y empalando a docenas de incrédulos espectadores que se encontraban en el muelle.

Moviéndose con rapidez, la Parca aplastó a la Bestia de Espadas con su gran volumen mientras se abría paso a ras del lecho rocoso de una zona del puerto. El leviatán petreo se detuvo, dejando tras de sí un camino de devastación en el mar. Roth escupió un juramento mientras docenas de tabloneros de embarque y cuerdas eran arrojados a los muelles desde las cubiertas del buque-castillo.

A una señal no vista, una marea de marinos de huesos se desparramó de entre las grandes costillas puntiagudas que sobresalían la parte frontal de la Parca. Cientos de guerreros no muertos salieron de su interior, saltando sobre lo que quedaba de los muelles. Estaban vestidos con poco más que colgantes harapos de algas secas y cinturones de cuero enmohecidos, y en sus dientes había armas oxidadas y bureles. Cada

marino de huesos tenía gemas brillantes clavadas en sus cuencas oculares, tenue puntos de luz que dejaban rastro en la niebla mientras avanzaban hacia la zarrapastrosa milicia que los esperaba.

Mientras los invasores esqueléticos se precipitaban hacia las tabernas de la Dársena Sur, los tiradores destrozaban sus cráneos descarnados desde las ventanillas de Barracón Torcido y los pugilistas golpeaban con sus puños encallecidos las espaldas de aquellos que se acercaban demasiado. Bawdy Gus, el famosamente obeso propietario de la Rugiente Serpiente Alada, atacaba con un eje de carro destrozando huesos allí donde golpeaba. Los guerreros esqueléticos lucharon contra los marineros con velocidad irregular, apuñalando espaldas y estómagos expuestos con sus dagas y alfanjes. Una cuchilla atravesó la parte posterior del cuello de Bawdy Gus, con la punta siendo de su boca junto a un chorro de sangre.

Roth siguió avanzando, pasando bajo los brillantes cuencos de agua de mar que se alineaban en la calle frente al Ambiente del Alquimista. Cada cuenco contenía una gorda anguila eléctrica excitada en un frenesí crepitante a causa de los sonidos de la batalla. La aguda luz parpadeante de los globos de agua y los fuegos que bailaban sobre el tejado podrido del Ambiente hizo que el creciente conflicto se asemejara a una escena del fin de los tiempos.

Abajo en el puerto, los cañones de la Parca Sangrienta volvieron a rugir. Rayos de fuego brillaban en las brumas cuando una andanada de disparos incendiarios se estrelló contra los barcos-edificios del muelle, lanzando maderos envejecidos que caían en nubes de escombros, mientras llamas embravecidas se extendieron de taberna en taberna.

En las cumbres al norte, las baterías de cañones que recorrían las almenas de Castilla Diablos respondían al fuego. Los artilleros de la fortaleza de la ladera de Sartosa eran los mejores en la isla, y lanzaron descarga tras descarga en la Parca Sangrienta. Dondequiera que impactaran los cañonazos, cascadas de escombros y madera podrida caía hacia las aguas.

Al doblar una esquina cerca de las dársenas, Roth vio la parte trasera de la nave-castillo, alzándose sobre un montón de mascarones capturados. Sus ojos se abrieron con sorpresa. Alzándose desde las aguas que rodeaban la parca estaban los restos astillados de aquellos galeones que la nave-castillo había hecho añicos. Bajo el control de algún misterioso poder, se estaban apuntalando en las heridas infligidas por los cañones del Castilla Diablos, uniéndose a los flancos del buque-castillo como si estuvieran sostenidos por manos invisibles. Los cascos y las cañoneras del Féretro de Terciopelo y la Bestia de Espadas ya se habían pegado a aquella nave. Gruesas vigas de madera saltaban desde el agua para unirse a aquella incongruente armadura. Para Roth, aquello era como ver una cascada de escombros pero a la inversa.

El capitán se metió de nuevo en el Callejón del Gaitero, mientras más marinos de hueso surgían de las profundidades de la Parca Sangrienta. Un ejército de contrabandistas y bucaneros atacaron desde la entrada del callejón para interceptar a los guerreros no muertos. Algunos dispararon pistolas y trabucos a corta distancia, otros machetearon sus esqueléticos cuellos con espadas pesadas o cargaron físicamente contra los invasores para devolverlos al mar. En el embarcadero opuesto, el famoso estibador Piernasnegras el Gigante, despertado de su sueño bañado en ron por el resonante estruendo de los disparos de cañón, utilizó los restos de una grúa de carga para barrer a marinos de huesos y piratas por igual hacia las aguas espumosas. Aquel enorme zoquete reía como un demente de la carnicería que estaba causando hasta que un disparo bien dirigido de los cañones de la Parca le arrancó la cabeza con un chasquido sordo. El cuerpo del gigante decapitado se balanceó por un segundo antes de retroceder hacia el mar.

Bajo los sonidos de la batalla, una dolorosa salmodia llegaba desde la bruma. Desde todos los muelles y embarcaderos, cientos de cadáveres hinchados se arrastraban fuera de las aguas del puerto y se dejaban caer sobre los paseos marítimos como peces varados. En poco tiempo, los embarcaderos del sur estaban atestados de marinos de inflados vientres blancos que se retorcían y se arrastraban unos sobre otros como larvas en la olla de un pescador. Uno por uno, se pusieron de pie y avanzaron tambaleándose, con la piel pálida estirada y abierta por la descomposición. Un líquido negro salía de sus bocas y cuencas mientras la ahogada horda cojeaba y tropezaba en las calles.

Los pistoleros y los francotiradores hacían blanco en los bulbosos cuerpos de los invasores, reventando cabezas y torsos. Con todo, más de aquellos seres asquerosos se arrastraban desde las agitadas aguas negras

que rodeaban a la Parca. En cuestión de minutos, aquellos Sartosanos que habían llevado la lucha al enemigo fueron derribados por el peso de los números, gritando mientras sus cuerpos eran despedazados por dientes amarillentos y uñas ennegrecidas.

Los artilleros y los pistoleros que se encontraban en la parte posterior de la línea pirata treparon a la seguridad de los aparejos que tenían encima antes de abrir fuego contra la masa de marineros ahogados que se encontraban debajo. Colgados boca abajo de rodillas o balanceándose en cuerdas, dispararon tiro tras tiro contra los horrores que abrían su camino hacia las naves transformadas en viviendas, pero cuando más ahogados surgían del agua y caminaban lentamente hacia los defensores, los tiradores se hicieron escasos.

Desde su escondite en el callejón, Roth observó como los marineros ahogados entraban y salían de los galeones antes de dispersarse en pequeños grupos. Aquello no era una invasión fortuita.

Los muertos estaban buscando algo.

## CAPÍTULO 2

El Capitán Roth corrió a través de las enmarañadas calles del barrio saqueado, jadeando pesadamente. Más adelante, en la Plaza de las Horcas, se estaba produciendo una escaramuza entre un desperdigado grupo de marineros y una goteante horda de los ahogados. Roth maldijo exasperado. Salvo que fuera por los tejados, no veía la forma de evitar aquello. Y aunque hiciera lo primero, la mayoría de los edificios estaban ardiendo. Las imágenes de su esposa e hijo aparecieron en su mente. El capitán apretó los dientes y se dirigió a la plaza.

Precipitándose por la calle, Roth derribó a uno de los ahogados por detrás mientras avanzaba atropelladamente hacia la conmoción. El fétido olor de sus heridas abiertas era lo suficientemente nauseabundo para hacer que incluso el endurecido estómago de Roth se revelara. Sus dedos pegajosos trataron de aferrarse débilmente a su bota cuando pasaba a grandes zancadas.

La plaza era extensa, con cada saliente decorado con gárgolas que tenían cuerdas atados al cuello, algunos de las cuales estaban ocupadas por traidores ahorcados. Cuando el capitán salió a la luz, vio a una banda de marineros encima del cadalso central. Luchaban furiosamente contra un pequeño ejército de ahogados, cortando con sus espadas manos y dedos de las criaturas hinchadas que se aferraban a sus piernas.

Al frente de aquella banda de cortagargantas había una mole de músculos y cicatrices de tres metros, cuyas facciones eran tan contundentes como la almádena que empleaba para aplastar a los atacantes no-muertos. El capitán inmediatamente lo reconoció como Ogg Mediocorazón, el primer oficial ogro del Pez Espada. El corazón de Roth latió en su pecho mientras buscaba a la comandante de aquel galeón pirata, la propia Reina de las Mareas.

La vio al otro extremo de la plataforma. Aranessa Malasal se movía como una bailarina sobre las enormes cuchillas de pez sierra que le servían de piernas. Su destreza era fascinante, incluso después de todos estos años. Estaba cantando una saloma lasciva a viva voz mientras cortaba a un atacante tras otro, apartando a sus hombres del camino para apuñalar las caras y los cuellos de los marineros ahogados con su lanza de tres puntas.

Roth corrió alrededor de las cubiertas elevadas que se alineaban en la parte posterior de la plaza. Agarrando una sogá que colgaba de una gárgola con cabeza de calamar, saltó hacia afuera desde un balcón, balanceándose y sobre la multitud de ahogados. La sogá lo hizo girar en el aire mientras volaba sobre las cabezas de las criaturas no-muertas y cayó con fuerza sobre el patíbulo, chocando contra uno de los tripulantes de Aranessa y derribándolo contra la multitud de abajo.

- ¡Huy!- expresó Roth mientras el tripulante gritaba al ser despedazado por manos frías y pegajosas.

Oyó una risa femenina detrás de él, un sonido musical que desentonaba con los gritos de dolor del desafortunado tripulante. Aranessa había luchado para llegar a su lado. Estaba tan cerca que podía oler su aroma.

-¡Jaego! ¡Cuanto tiempo! Buena entrada, por cierto- Sacó una daga de la funda de un marinero caído y la arrojó hacia la cuenca de uno de los ahogados que subía a la plataforma. - Esto no es igual a cómo lo dejamos entre nosotros, ¿eh?-

Los recuerdos de carne femenina flexible navegaban a través de las tormentosas aguas de la mente de Roth.

-Eh ... no- dijo Roth, sacando su sable y pateando con fuerza la cara hinchada de uno de los muertos vivientes que se agarraba a su bota. -Mira, me encantaría quedarme a charlar, pero tengo que llegar a Puerto Herrumbre antes de que se queme hasta los cimientos-.

-Estate quieto- dijo Aranessa, agarrando el brazo de Roth e inclinándose para patear con su pata de sierra al enemigo más cercano, el cual cayó sobre la multitud, con la cabeza casi arrancada de sus hombros. - ¡Ah! Todavía estás borracho entonces, por lo que veo- dijo, metiendo su lanza en el pecho de uno de los ahogados que había subido a la plataforma, arrojándola de nuevo a la plaza de abajo. - Tendrás problemas para salir de

este pequeño lío sin una tripulación, ya no digamos cruzar la ciudad y volver. Y antes de que preguntes, no te entregaré la mía -

Se produjo un gemido estrangulado procedente un centenar de gargantas. Alrededor de la plaza, los ahorcados que colgaban de los lazos de las gárgolas comenzaron a sacudirse como marionetas, arañando rabiosamente el aire. Las dos docenas se ahogaron que la tripulación de Aranessa habían derribado se estremecieron y se alzaron una vez más, con sus cabezas destrozadas y gargantas rajadas chorreando fluidos negros. Se lanzaron hacia delante, con sangre brotando de sus labios mientras agarraban y arañaban frenéticamente las piernas de los marineros más cercanos.

Roth redobló su ataque, gruñendo por el esfuerzo mientras apuñalaba caras con su sable y cortaba las muñecas con su mano con forma de hoz. A su alrededor, la tripulación de Aranessa acuchillaba, pateaba y pisoteaba, haciendo todo lo posible para evitar que los ahogados trepan al cadalso.

Roth vislumbró un destello de color en la parte posterior de la multitud. Un bicornio de color rojo sangre cubría un rostro pálido y macilento, cuyos ojos negros y muertos le miraban sin pestañear. Sobre la figura se arremolinaban zarcillos de humo viviente, cada uno coronado por una calavera chillona. La boca con colmillos del recién llegado se abrió de par en par, como una serpiente, mientras señalaba con un dedo torcido a Roth. Sintió un poder invisible agarrando en su mente, y sus miembros se debilitaron. Cada uno de sus largos años lo estaba arrastrando hacia abajo, hacia la oscuridad de una tumba temprana.

-¡Así me maten, es él!- siseó Aranessa.- ¡Es Noctilus!

Cogió de su cinturón un extraño dispositivo parecido a un erizo de mar metálico, y lo arrojó con fuerza contra la figura pálida. El dispositivo detonó con un fuerte estallido, llenando el área de humo asfixiante. Roth se quedó sin aliento cuando el hechizo sobre él se dispersó, dejando manchas negras bailando frente a sus ojos.

-¡Nos largamos, muchachos!- Gritó Aranessa, haciendo un gesto hacia el otro lado de la plaza. - ¡Regresemos al Pez Espada y zarpemos antes de que aparezcan aún más de estos bastardos no muertos!- A pesar de la bravuconada de la capitana, Roth no podía ver una salida si no era lanzándose de cabeza contra aquella concurrencia de ahogados que los rodeaba por todos lados.

Golpeando un cuerpo jadeante desde la plataforma con la empuñadura de su sable, Roth agarró una cuerda gruesa y grasienta de la balastrada de la horca y ensanchó su extremo con un fuerte tirón. Lo arrojó con fuerza contra el edificio en llamas enfrente, emitiendo una rápida oración de agradecimiento cuando la sogá quedó atrapada en el extremo del dintel sobre la entrada. Detrás de él, un disparo de pistola cayó sobre uno de los ahogados justo cuando estaba a punto de clavarle los dientes en la pierna.

-¡Ogg! ¡Ogg Mediocorazón! -Gritó Roth, tirando el otro extremo de la cuerda hacia el primer oficial de Aranessa. - ¡Tira, y tira con fuerza!

El ogro atrapó la cuerda engrasada en su mano carnosá, mirándola vagamente antes de expulsar distraídamente a tres ahogados de la plataforma a la plaza de abajo.

-¡Ya le has oído, chico! ¡Tira!- Gritó Aranessa, con pánico en la voz cuando la figura del bicornio rojo avanzaba intencionalmente entre la multitud hacia ella.

El ogro se encogió de hombros y se hechó hacia atrás, con sus grandes músculos tirando de la cuerda. Roth se abrió paso a empujones a través de la melé, aplastando con fuerza las sucias manos que se aferraban a ellos a través de las trampillas del cadalso. También agarró la cuerda y agregó su fuerza a la de Ogg, al igual que otros miembros de la tripulación que tuvieron la misma idea y pusieron todo su empeño en la tarea.

Con un gran crujido gutural, el dintel de soporte se liberó. Los marineros que tiraban de la cuerda cayeron repentinamente hacia atrás cuando la fachada de toda la estructura cayó rodando hacia la plaza, aplastando una gran masa de los ahogados bajo varias toneladas de mampostería. El aire se llenó de polvo de mortero y



humo, el suelo estaba cubierto de escombros y cuerpos retorcidos, pero el camino hacia los callejones estaba abierto.

Aranessa salió de la plataforma y cruzó la plaza antes de que Roth pudiera siquiera ponerse de pie.

-¡Nessa, espera!- Gritó Roth, pero ella no paró. Ogg y el resto de sus tripulantes siguieron su ejemplo, saltando a los escombros para huir de los no muertos, que trepaban torpemente tras ellos.

Mirando ansiosamente a su alrededor en busca del destello revelador del bicornio rojo, Roth saltó del cadalso y corrió por su vida.

\*\*\*\*\*

Roth tropezó a lo largo del Callejón del Sirénido, con el humo inundando sus pulmones. -No está muy lejos- se dijo a sí mismo.- Ya casi estás, viejo.-Pero sospechaba que ya era demasiado tarde.

Un escalofrío involuntario recorrió su cuerpo, y un instinto desconocido le hizo mirar hacia arriba. Algo se aglutinaba en la niebla sobre él. Algo grande.

Para creciente asombro de Roth, se trataba de un brillante galeón blanco que emergía de las brumas, el cual era dos veces más grande que la Guardia de la Noche. Su casco parecía más una gigantesca caja torácica y su quilla tenía la forma de una gigantesca columna vertebral. Bajo su bauprés se alzaba una esquelética figura decorativa sosteniendo una espada en cada mano, con la mandíbula abierta en desafío. Grandes braseros de fuego verde y enfermizo quemaban la bruma en sus castillos de proa y popa, y las velas hechas jirones que aleteaban de mástiles, palos y mesana parecían pellejos desollados.

Acres de cadena oxidada y un bosque de algas enredadas colgaban bajo el buque de guerra y Roth imaginó que podía distinguir caras gimientes y manos esqueléticas retorciéndose en aquella masa. Sin lugar a dudas, se trataba del Espectro Sombrío: una historia de fantasmas hecha realidad y enviada a asolar las tierras de los hombres. Era uno de los miembros de la Flota del Terror.

Cuando galeón espectral surgió, su quilla parecía romper el aire como si fueran aguas invisibles. Disparó una descarga atronadora contra la distante Castilla Diablos al otro lado del puerto. Una ráfaga de fuego de respuesta retumbó desde las murallas de la fortaleza, pero el cañoneo no hizo más que arrancar finas volutas ectoplásmicas del casco del Espectro Sombrío. El sonido de la risa de los hombres muertos resonó desde su cavernoso interior.

El capitán comenzó a correr.

Después de unos minutos, miró ansiosamente por encima de su hombro, y se sintió aliviado al ver que había dejado a Espectro Sombrío atrás. Jadeando y escupiendo, el capitán corrió precipitadamente por la distorsionada, angosta y larga Callejuela del Ahorcado y se tambaleó por los bordes manchados de vómitos del Puente Salmuera. Desde allí, debería poder atravesar el Quinto As, o el Descanso de Hel, lo que hubiera quedado más intacto, y llegar a hasta la casa-barco de su familia.

La batalla estaba en pleno apogeo en ese momento, con sus llamas consumiendo todo el puerto de la ciudad. Desde el camino adoquinado en lo alto del Puente Salmuera, el capitán vio a una mujer abatida por un marino de huesos, un joven cayendo de un tejado, un viejo y resistente busardo que gritaba desafiante mientras era desmembrado por una manada de ahogados. Los muertos estaban en todas partes.

A lo lejos, Roth vio que varios enormes galeones habían soltado amarras y navegaban hacia el mar abierto para interceptar a la Parca. Por la el rumbo que tomaban, esperaban cortar la ruta de escape de la nave-castillo y cañonearle la popa mientras lo hacían.

Detrás de la vanguardia de los buques estaba el Señor de la Guerra, con el Comodoro Hamzik al timón. El Señor de la Guerra era un galeón de noventa cañones que tenía en su haber más muertes que cualquier otro barco sartosano. Roth sintió una oleada de esperanza en su pecho. El Pez Espada ya se habría ido hace

mucho, pero mientras el orgullo de Sartosa todavía luchase había una posibilidad de que pudieran repeler a los invasores no muertos.

Roth frunció el ceño, ajustando las lentes mecánicas incrustadas en su arruinado ojo derecho mientras avanzaba por el puente. Algo estaba serpenteando por la popa del Señor de la Guerra, que se curvaba hacia afuera a medida que se elevaba del agua. El capitán se preguntó si se trataba de una especie de serpiente marina, pero tenía la sensación de que era algo mucho peor. Cerró su ojo bueno y entrecerró el otro a través de su reemplazo artificial cuando las lentes de aumento encajaron en su lugar.

No era algo vivo, sino un tentáculo mecánico negro, con púas y brillando levemente en la penumbra. Cada segmento era del tamaño de una casa. Otro tentáculo se deslizó por el costado, luego otro y otro, balanceándose y oscilando mientras se elevaban en el aire. Agua de mar y aceite negro caían desde las secciones segmentadas de cada tentáculo, mientras se encaramaban con un rechinar metálico. Se oyeron gritos procedentes de la cubierta del Señor de la Guerra cuando abrieron fuego contra las extremidades tentaculadas que se curvaban a su alrededor.

Un tentáculo fue alcanzado de lleno y retrocedió al instante, agitándose como una serpiente. Los otros brazos mecánicos cayeron pesadamente sobre el Señor de la Guerra, generando un estrepitoso astillar de madera y metal desgarrado, seguido por un estremecedor rugido mientras los puntiagudos segmentos aserraban el casco. Para Roth era como si dos garras hubieran salido del agua y hubieran estrangulado la vida del buque de guerra. Divisó una luz amarilla verdosa brillante bajo el agua, sin duda el ojo malévolo de alguna creación blasfema envolviendo que envolvía sus zarcillos alrededor de la nave del capitán Hamzik.

Roth sacudió la cabeza con incredulidad. Solo los enanos tenían la habilidad de construir naves sumergibles, y la gente de las montañas eran los aliados de la humanidad. Que uno de los honorables hijos de Grungni uniera sus fuerzas con los muertos vivientes era algo inaudito, incluso entre los parias enanos que operaban desde Sartosa.

Oyó órdenes concisas procedentes de la costa. Roth echó a correr, cruzó el puente y corrió a lo largo de los bancos. Más adelante, pudo ver a un grupo de estibadores que se apresuraban a girar una grúa portuaria hacia la bestia con tentáculos, con la intención de utilizarla como una catapulta improvisada. Mientras el capitán los envalentonaba, los estibadores buscaron un proyectil para arrojar al monstruo mecánico, decantándose por un pilar que parecía un arma lastimosamente inadecuada para los ojos de Roth. Chasqueando la lengua con frustración, el capitán tumbó un barril cubierto de algas del callejón al lado de la Cabeza de la Muerte y le dio un buen empujón para que cruzara los adoquines en dirección a los estibadores.

-¡Es mejor que le lancéis esto, pero prendedle fuego primero!- Gritó Roth, su rostro enrojecido. - Sea lo que sea esa especie de calamar, está recubierto de aceite, así que si este barril contiene algo como el matarratas habitual de Swillard, arderá violentamente-

Los estibadores le dieron las gracias, colocando el barril en posición antes de meter un haz de paja ardiendo en el grifo del barril. El contrapeso del artilugio sonó ruidosamente y envió el flamante barrica volando por el aire. Dio vueltas todo el rato hasta que se estrelló contra uno de los tentáculos. Grandes gotas de alcohol llameante se dispararon en todas direcciones, incendiando la grasa que se filtraba de las secciones que formaban el tentáculo y haciendo que la extremidad retorcida se retirara bajo el agua. Los estibadores vitorearon con fuerza, pero sus esfuerzos no eran suficientes.

Con una serie de estremecedoras chirridos, el monstruo mecánico apretó sus tentáculos, aplastando a su presa con la misma facilidad de un guante de hierro aplastando una lata de yesca. Roth casi se mordió el labio cuando los restos del Señor de la Guerra comenzaron a hundirse, dejando tras de sí un montón de despojos y maderos rotos flotando en el agua. Los oscuros tentáculos de la bestia mecánica se retiraron casi de inmediato, dejando una mancha aceitosa y repugnante en la superficie mientras se sumergía.

Los restos del otrora orgulloso Señor de la Guerra bloquearon completamente la salida al mar, deteniendo el avance de los buques de guerra de Sartosa que tenían intención de cortar la ruta de escape de la Parca. Con un solo golpe, la Flota del Terror había tornado las probabilidades a su favor.

### CAPÍTULO 3

Decenas de cadáveres estaban esparcidos por las calles del Puerto Herrumbre. Algunos estaban carbonizados y otros aún ardían. Otros habían sido asesinados por asaltantes anónimos o destrozados por las andanadas incendiarias de la Parca. Huesos dispersos y cadáveres hinchados yacían mezclados allí donde los sartosanos habían puesto una decente resistencia, pero ahora no había un alma a la vista.

Cuando dobló la esquina del Camino Templeprodrido, Roth esquivó a un par de saqueadores que arrancaban desapasionadamente las joyas de las cuencas de los marinos de hueso esparcidos por la calle. Veinte años atrás, él habría hecho lo mismo, pero la riqueza no era buena para nadie a menos que estuvieras vivo para gastarla.

En lo alto de la colina, los artilleros de Castilla Diablos disparaban todavía más andanas contra el Espectro Sombrío mientras el barco maldito se acercaba lentamente hacia ellos, aunque tenían tanto efecto como disparar ciegamente a la niebla. La nave espectral flotó hacia la fortaleza, estableciendo un curso que conducía directamente al grueso perímetro de piedra de Castilla. Roth vislumbró al Espectro Sombrío justo cuando navegaba a través de las paredes de las murallas como un fantasma, dejando en la mampostería un rastro de hielo. El sonido de las explosiones distantes se intensificó y el cielo brilló rojo sobre las murallas de Castilla. Roth le agradeció al dios del mar Manann que no estuviera entre los defensores de la fortaleza de la colina.

El capitán siguió corriendo, con el corazón latiéndole con fuerza. Allí estaba ella: la Inspiración, una obra maestra de la construcción naval. Habían pasado décadas desde que Roth la había visto por última vez. En la época de su padre, era la embarcación más hermosa en alta mar, pero la rutina constante de Sartosa había pasado factura. Ahora se apoyaba pesadamente sobre andamios y palos de hierro oxidados. Su casco, una vez verde, estaba cubierto de hollín y guano, y una telaraña de cuerdas se extendía sobre las destartadas construcciones que se sujetaban a su casco como percebes gigantes.

Los furiosos incendios iniciados por la Parca Sangrienta habían llegado hasta los botes-casetas que se apoyaban ebriamente contra el casco de la Inspiración y ahora la mitad de la antigua casa del capitán estaba en llamas. Roth saltó a las cabañas situadas en la popa de la casa-galeón, reflexionando sombríamente que había sido mucho más fácil hacerlo cuando tenía veinte años, antes de que abandonara a su familia e intercambiara el amor de una buena esposa para la vida de un pirata.

Con el corazón en un puño, Roth saltó de tejado en tejado, cuidando de poner su musculoso peso en dinteles y salientes allí donde podía. En lugar de tratar de estabilizarse, usó su impulso para lanzarse físicamente a través de las vidrieras en la popa de la Inspiración, perdiendo su sable con su vaina en el proceso. No tenía tiempo para volver por ellos en ese momento.

El grueso humo se elevaba hacia la ventana destrozada como una presencia física, abriéndose camino hacia sus pulmones. El padre de Roth, el Gran Cartógrafo de Tilea, había revestido el interior de su galeón con innumerables tesoros en el transcurso de su ilustre carrera, y prácticamente todos ellos eran altamente inflamables.

La sala de estar a la que Roth se había abierto camino estaba atestada de volúmenes exóticos que valían una fortuna para los Colegios de la Magia de Altdorf, pero ahora no valían nada. Los pasillos y las escaleras que conducían al salón estaban forrados con invaluable tapices y los frisos pintados en los techos eran ejemplos excepcionales del arte cartógrafo.

“Ahora solo son combustible para las llamas”, pensó Roth. Poco le importaban en ese momento.

- ¿Lisabet? - Gritó Roth.- ¿Armando?

La única respuesta que obtuvo fue un rugido ahogado de las llamas.

Una oleada de pánico subió por su garganta. Farfullando y tosiendo, Roth se arrancó un pedazo de su camisa y se la enrolló alrededor de la cara antes de agarrar uno de los apreciados jarrones de su esposa de una mesa

auxiliar y colocárselo sobre sus hombros. El agua era la mejor armadura para un hombre atrapado en un barco en llamas.

La Inspiración era un laberinto de pasillos y habitaciones, y si Roth no lo conociera como la palma de su mano, pronto se habría perdido. Pasar una infancia explorando aquel lugar significaba que podía por el barco con los ojos vendados, lo cual casi podía demostrarlo en ese momento, pues el asfixiante humo que entraban por los pasillos hacían prácticamente imposible ver nada. Incluso sus lentes mecánicas eran inútiles.

Mientras se tambaleaba hacia la vivienda, las pocas cosas que Roth logró entrever hicieron que sintiera un desagradable escalofrío recorriéndole la piel. Había odiado aquella parte de la casa-galeón cuando era joven. Las cartas estelares meticulosamente precisas y los pergaminos de navegación que colgaban de las paredes habían sido desfigurados por extrañas representaciones de ciudadelas afiladas, acantilados con formas de calaveras y volcanes como bocas de demonios flotando en un mar de huesos. Roth frunció el ceño mientras corría por los parpadeantes pasillos. El estado mental de su padre había empeorado, como de costumbre, pero a menos que el fuego ya lo hubiera reclamado, probablemente todavía estaba vivo. No había forma de que Lisabet dejara a ese trastornado se fuera por su cuenta.

Una cuchilla oxidada salió disparada de la habitación llena de humo a la derecha de Roth. Cogido por sorpresa, el capitán saltó hacia atrás, tropezando con un cofre y cayendo sobre un tapiz ardiente en su prisa por evitar la espada. Varias trenzas de su pelo blanco se quemaron, llenando sus flamantes fosas nasales con un hedor acre.

La hoja atacó de nuevo, agarrada por una mano descarnada. Un marino de huesos emergió de los restos ardientes de los viejos dormitorios de Roth, con resplandecientes diamantes brillando en sus cuencas oculares. Las garras de sus pies dejaban rasguños extraños en la madera pulida de la cubierta. Atravesando su caja torácica había una espada catayana que Roth reconoció como la espada favorita de su padre.

Roth maldijo horrorizado al recordar que había perdido su propia espada. La cosa muerta avanzaba a pasos sincopados, mientras su cráneo enmohecido seguía los torpes intentos de Roth de poner algo entre ellos. Roth se aferró a un armario roto, sacando una tabla de su inferior y arrojándola torpemente al marino de huesos. Rebotó en el huesudo rostro de la criatura, pero no la detuvo.

Roth estiró el brazo de nuevo, sin atreverse a apartar la mirada, y fue recompensado con los restos astillados de los que era la pata de una mesa. Agarró el garrote improvisado y detuvo el siguiente ataque de la criatura que a poco estuvo de ensartarlo. La fuerza del golpe casi había entumecido su brazo, por lo que aquella cosa era mucho más fuerte de lo que parecía.

El marino de huesos estaba sobre él, lanzando espadazos con su arma oxidada. Sus ojos de diamante brillaban de manera perturbada a la luz del fuego. Roth gritó con frustración mientras las llamas lamían su rostro, quemándole la barba y el cabello.

Apretando los dientes, Roth deshizo la guardia de la criatura con la pata de la mesa, y cargó contra él hasta que chocaron contra el tapiz ardiente en la pared. La colisión fue tan violenta que el capitán pudo sentir como las costillas de la criatura se rompían contra la pared de madera. Roth contuvo su huesuda muñeca con su hombro, para evitar que pudiera usar su espada. Tiró con fuerza del pesado tapiz, el cual cayó sobre la cabeza de su atacante, y derribó al marino de huesos al suelo. Tosiendo con fuerza, Roth pisoteó a la cosa que estaba debajo del tapiz hasta que dejó de moverse por completo. Se manoteó la barba y el cabello para apagar el fuego antes de recuperar la espada de su padre de los restos destrozados, metiendo la pata de la mesa en su cinturón, por si acaso la necesitase de nuevo.

Reprimiendo otro ataque de tos, Roth se abrió camino hacia el cuarto delantero de la llameante casa-galera.

-¿Lisabet? - Gritó de nuevo, con la ansiedad ahogándolo tanto como el humo. - ¿Armando? ¿Padre?-

Por todas partes yacían esparcidos cubiertos y sillas, se habían sacado todos los cajones y los armarios abiertos de par en par. Los restos destrozados de tres marinos de huesos yacían en torpes montones sobre los muebles rotos, con los huesos ennegrecidos y las algas rizadas por el calor.

Roth se abrió camino a través de los escombros, tropezando con el cuerpo de un hombre bien vestido, asesinado en su mejor momento. Un sable oxidado sobresalía de su garganta, y su fino jubón blanco estaba manchado de sangre. Cada mano todavía sostenía una espada corta de excepcional artesanía. Le resultaba de alguna manera familiar. Hombros anchos, mentón fuerte, nariz grande...

La deducción de todo aquello fue como un fuerte golpe en el corazón. Era el cadáver de Armando, su único hijo y heredero.

El capitán se desplomó sobre sus rodillas, con el rostro contorsionado en una máscara de remordimiento. La última vez que había visto al muchacho había cumplido los siete años. Había resultado una herida cruel el dejar a su hijo, el marcharse sin decirle adiós. Ahora esa herida nunca sanaría.

El miedo y la inquietud de Roth se convirtieron en furia. Gritando incoherentemente, atravesó la puerta medio quemada al fondo del comedor y entró en una antecámara llena con las armas trofeo de su padre. Docenas de pistolas, pistolas de tres cañones, jezzails árabes, antiguas pistolas de pedernal y palos de fuego de Catai se alineaban en los estantes. Roth recordaba vagamente su alegría infantil cada vez que su padre le permitía usar el contenido de la armería para repeler a cualquier escoria pirata lo suficientemente estúpida o desesperada como para intentar robarles. Recuerdos que ahora eran estúpidos e inútiles. Su esposa estaba allí en algún lado.

Roth llegó al último de los estudios de su padre, una habitación grande y bien amueblada, llena de ojos de buey iluminados con fuego. Las llamas todavía no lo había alcanzado. Una confusión de carne, hueso y tela yacía enredada en el piso.

Un terror enfermizo se derritió en el pecho de Roth cuando se acercó al primero de los cadáveres ensangrentados. Reconoció el cabello largo y despeinado al instante, aunque ahora era gris en lugar de negro. Él la había llamado su sirena a causa de esa gloriosa cabellera. Eso y la forma en que cantaba por las mañanas para atraerlo a sus baños.

Roth cerró los ojos por un momento, mientras su pecho temblaba. Su Lisabet. Habían tenido sus diferencias, por los dioses. Hubo momentos en que no podían ni mirarse el uno al otro. Pero ella no había hecho nada para merecer esto. La besó en la fría mejilla y apoyó la frente en la suya durante un segundo antes de ponerse de pie.

Con los ojos inundados por las lágrimas, Roth vio el cuerpo de un anciano acurrucado de manera protectora en el rincón más alejado de la habitación, y gritó con angustia. A su alrededor yacían los cuerpos de al menos una docena de marinos de huesos. Era difícil decir cuántos, pero claramente el veterano había luchado como una mantícora antes de caer. Indigio Roth, el Gran Cartógrafo de Tilea, el que una vez fuera un gigante intelectual, ahora estaba triste y hundido en la muerte.

Roth se dirigió hacia los restos mortales del hombre que una vez había sido todo su mundo. El cuerpo todavía estaba tibio y la sangre que saturaba su ropa aún no se había coagulado. El Gran Cartógrafo estaba desplomado sobre un caparazón de tortuga teñido de sepia apoyado contra la pared, el mismo caparazón en el que su padre lo había bañado cuando era un bebé. Los recuerdos de la risa y las historias junto a la chimenea volvieron a fluir. Roth sollozó profundamente y se colapsó en el piso mientras su antigua vida ardía a su alrededor.

El chasquido de la savia caliente lo devolvió a sus sentidos. Si él también moría, toda el linaje de Roth se convertiría en cenizas, sin la bendición de Morr o Manann. Era demasiado tarde para salvar a su familia, pero lo menos que podía hacer era darles los ritos de los muertos. El entierro en el mar estaba fuera de toda discusión, por lo que tendrían que ser enterrados en la marga de la costa.

Roth mecía el cuerpo de su padre en un último abrazo. Descuidado a causa del dolor, derribó el caparazón de tortuga bruñido por el que su padre había muerto protegiéndolo. Debajo había dos artefactos metálicos. Uno era un catalejo del largo de su brazo, cuyo borde dorado brillaba a la luz del fuego cuando sobresalía de un estuche de cuero para de mapas. Al lado del catalejo había un reloj lunar mecánico de excepcional artesanía. Roth frunció el ceño, porque no reconocía ninguno de los extraños tesoros, y creía conocer todas las baratijas

de aquel lugar. Aún así, no había tiempo para estudiarlos. Siguiendo un impulso, se colgó rápidamente el estuche para mapas sobre el hombro y se colocó la caja del reloj lunar en el cinturón.

Roth miró hacia abajo, notando un pergamino roto clavado en la parte inferior del caparazón de tortuga. Eran todos espirales, curvas helicoidales y extraños horrores náuticos, muy parecidos a las pinturas que el Gran Cartógrafo solía hacer después de su fatídico último viaje. Había un texto borroso y elaboradas volutas flotaban a través del mapa, y un galimatías curvo serpenteaba en un rechinante vórtice crujiente en su lado derecho.

El capitán sacudió la cabeza en triste desconcierto. Sin duda, se trataba de otra representación del Cementerio de los Galeones. Aún así, el anciano había muerto para protegerlo. Roth lo metió en el estuche que colgada sobre su hombro.

El humo ondulaba debajo de la puerta. Roth sabía que no había forma de que pudiera luchar para regresar al corazón del galeón. Pertenecía a las llamas ahora. Respirando profundamente, regresó a través del estudio con los huesos desparramados e irrumpió en la antesala de detrás, en el comedor. Levantó con cuidado el cuerpo de su hijo por encima del hombro y regresó al estudio, agarrando un puñado de palos de fuego catayanos y una pistola de triple cañón mientras avanzaba.

Aguantando su desesperación, el capitán dejó los cadáveres de sus tres parientes más cercanos contra la pared más alejada. No podía ni mirarlos, así que apretó apresuradamente los palos de fuego contra el ojo de buey más cercano a la puerta. Roth hizo el signo del tridente, y luego el del cometa de dos colas, solo para estar seguro. Tomó la pistola de tres cañones, preparado y listo como lo que estaba seguro de los que iba a ocurrir, y se protegió con el caparazón de tortuga antes de disparar.

El estallido de los palos de fuego generaron una enorme que derribó a Roth y llenó la habitación de polvo y astillas voladoras. Cuando se aclaró la vista, el ojo de buey ya no estaba, junto con una buena parte de la pared del estudio. Con los oídos zumbándole, Roth arrojó los cuerpos de su familia por el agujero humeante, mientras las lágrimas le caían por sus mejillas ante la ignominia de arrojar a sus seres queridos a la calle.

El conde Noctilus iba a pagar.

\*\*\*\*\*

El rojizo sol se alzaba sobre una figura ennegrecida por el hollín y manchada de sangre que cavaba un profundo agujero en la tierra arenosa justo encima de la playa de la Bahía de los Mosquitos.

Horas antes, muy lejos del mar, se había producido el estallido de los disparos de los cañones y el fogonazo de las explosiones. Tomando un breve respiro de sus labores, Roth había usado el catalejo de su padre para ver el desarrollo de la batalla. El dispositivo le había dado al capitán una visión asombrosamente perfecta de la batalla a medida que se desarrollaba, pero estaba demasiado cansado para pensar en ello.

Siendo justos, los buques de guerra de Sartosa que habían llegado al mar habían intentado interceptar a la Flota del Terror, pero lograron poco más que perder cinco de sus naves contra un enemigo claramente superior. La batalla había terminado abruptamente cuando el la Flota del Terror se desvaneció en la niebla.

Con su rostro en una expresión de fría determinación, Roth continuó cavando. Su tripulación, después de haber localizado a su capitán tras la inexplicable retirada del ejército invasor, se mantuvo a una distancia respetuosa. Algunos bebían alcohol, otros fumaban sus pipas o se sentaban en la arena de la playa.

Mientras los cielos ardían rosa y naranja sobre las aguas, el capitán colocó peniques sobre los párpados de los cuerpos de la fosa, y comenzó a llenarla una gruesa manta de tierra arenosa. El agotamiento marcaba sus facciones, pero sus movimientos se volvían cada vez más seguros con cada palada.

-Te lo prometo, sangre de mi sangre- dijo – Desde este momento seré un buen padre para ti, aunque ya sea demasiado tarde. Te juro, Lisabet, mi amor, que apreciaré tu memoria y no huiré de mi deber nuevamente. Te juro, padre, que haré que te sientas orgulloso de mí y desterraré a los demonios que te afligían.-

Detrás de él, su tripulación compartía miradas de preocupación. Algunos comenzaron a regresar a la Guardia de la Noche. El primer oficial de Roth, el gigante calvo que los hombres llamaban Salt Pietr, comenzó a cantar un canto fúnebre para el viaje seguro de los muertos. Uno a uno, el resto de la tripulación se unió al lúgubre y lento requiem.

Ajeno a esto, la furia de Roth creció.

-¡A fe mía que lo haré! En el nombre del Padre del Océano, juro que libraré al mundo de los males que os llevaron. Perseguiré y destruiré aquellos que os mantienen alejados del santo abrazo de Manann.

Las palabras de Roth se volvieron más fuertes, con su ira reemplazando la culpa y la tristeza que lo había perseguido antes del amanecer.

- Sé el nombre de la bestia. Conozco su barco. Conozco las naves de sus aliados, ya sean fantasmas y demonios. Reuniré mis propios aliados y un ejército de asesinos, y cazaré a esa negra bestia hasta el fondo del mar si hace falta. ¡Lo juro!

Su voz se llenó de emoción cuando desenvainó la espada de su padre y la alzó en lo alto, atrapando los primeros rayos del nuevo amanecer con su hoja.

- ¡Lo prometo sobre los cuerpos de mi familia! ¡Lo juro por Manann, por Morr, por Sigmar, por Myrmidia; por todos los dioses del mundo!

Roth se introdujo el mar hasta que le llegó a la cintura, con la espada de su padre en lo alto. Con la cara llena de lágrimas sucias por el hollín y la mugre, salpicó y se tambaleó como si estuviera ebrio por la rabia y la locura.

-¡Conde Noctilus, escúchame!- Gritó, sacudiendo la brillante espada en el nuevo amanecer.- ¡Te encontraré, bestia! ¡Te encontraré y te veré arder!

## **CAPÍTULO 4**

El Reikstemple, muelles de Altdorf

Primer día de Jahrdrung, 2522

El Guardia de la Noche estaba anclado, enclavado entre cientos de naves imperiales que estaban amarradas a lo largo del tramo de una milla del río Reik. La naturaleza pirata del galeón se ocultaba en el interior del casco. En su lugar, ondeaban las banderas de un mercante, y los sartosanos que andaban en sus cubiertas estaban vestidos con túnicas y tabardos que, no hace mucho tiempo, pertenecían a la tripulación de la Pequeña Señora, un próspero mercante de Marienburgo.

A poco más de ciento ochenta metros de el Guardia de la Noche se alzaba el legendario galeón sigmarita, el Heldenhammer. Brillando bajo el sol, el buque insignia era una demente muestra de grandeza, ya que era el buque insignia del propio Gran Teogonista. La gran ambición de su construcción era asombrosa.

El Capitán Roth avanzó a zancadas a lo largo del muelle junto al río hacia el vasto buque de guerra, haciendo todo lo posible por no mirar boquiabierto como un palurdo, aunque no pudo evitar levantar el cuello para ver el tamaño de aquella cosa. La estructura del castillo de popa del Heldenhammer se alzaba incluso por encima de la casa de adoración sobre la que había sido diseñada, y la luz del sol del mediodía se reflejaba con intensidad cegadora en las hileras tras hileras de ojos de buey, cada uno representando una escena de la saga de Sigmar. Había cuatro campanarios cuadrados unidos al Gran Templus de la nave de guerra, cada uno perforado con troneras y divididos con escaleras exteriores. Entre ellos, aves marinas daban vueltas sobre un techo gris pizarra que se elevaba vertiginosamente sobre frisos triunfales que mostraban las victorias del hombre.

La piedra pálida del Templus estaba llena de docenas de nichos, cada uno con un relieve dorado que inmortalizaba a los grandes teogonistas anteriores, con el actual Volkmar el Sombrío, a la cabeza. Las gárgolas con cabeza de águila y los reyes tritones de dos colas se alzaban en cada esquina.

Su enorme estructura albergaba una profusión de grandes cañones distribuidos en cuatro cubiertas. Roth hizo un rápido cálculo mental: contaba con al menos ciento ochenta cañones, y no eran cañones ordinarios; hasta el más pequeño de ellos era dos veces más grande que cualquiera de los treinta y cuatro cañones del Guardia de la Noche. El capitán soltó un silbido bajo. Cada arma estaba montada dentro de su propia alcoba, convirtiendo todo el almacén en una gran hilera de adosados construidos para alojar cañones en lugar de personas.

Sin embargo, cuando Roth se acercaba al frente de la nave insignia, todos los pensamientos sobre los templos y los grandes cañones imperiales quedaron atrás. La Ira de Sigmar era tanto el símbolo como el arma emblemática del Heldenhammer: una estatua de bronce que rivaliza con el Coloso de Altdorf, barbudo y coronado a semejanza del dios guerrero del Imperio. En las manos de la estatua había una réplica titánica del Ghal-Maraz, Rompecraneos, el más poderosos de los martillos de guerra y símbolo del ascendente del Imperio.

La estatua era sostenida verticalmente por grandes cadenas que conducían a una enorme máquina de vapor en el castillo de proa del galeón. Las historias decían que cuando el Heldenhammer embistiera a un barco enemigo soltaría las abrazaderas de vapor que sostenían la Ira de Sigmar, y un centenar de toneladas de bronce bendecido bajarían de la proa del galeón, haciendo que el titánico martillo de guerra de la estatua cayera sobre cubierta de la víctima.

Sería con este poderoso buque de guerra con el que el Capitán Roth intentaría destrozarse la Parca Sangrienta.

Aunque primero solo necesitaba convencer al Gran Teogonista para que se lo prestara.

\*\*\*\*\*



El interior del Reikstemple era opresivamente denso a causa del incienso. En lo que respecta a Roth, todo lo que rodeaba el gran edificio era opresivo: las altas columnatas, la lóbrega luz de las velas, las dolorosas armonías del Unberogeno de Sierck cantadas por devotas hermanas escondidas en las naves del templo.

Alrededor de la parte interior de la cúpula principal del templo se alzaban doce enormes estatuas que sostenían el techo, cada una de las cuales era una representación idealizada de uno de los jefes de Sigmar. La luz de la vela era tan tenue, y el templo tan grande, que Roth apenas podía ver más allá de sus rodillas. En susurro de conversaciones resonaban en las galerías alineadas alrededor de las rendijas de las vidrieras superiores. Tal vez, pensó Roth, deberían haber gastado parte de la riqueza interminable del Imperio en colocar ventanas adecuadas.

A los pies de cada estatua se encontraba un sacerdote guerrero de Sigmar, inclinado reverentemente, con un martillo de guerra en su pecho. Hombres de acción forzados a la pompa y ceremonia formal. Que desperdicio. Roth se sintió un poco incómodo incluso mirándolos.

Sentado en un trono en el corazón de la amplia cámara estaba el gran teogonista Volkmar, un gran patriarca calvo con ojos negros como el carbón. Su trono estaba flanqueado por dos grifos de jade y oro, iluminados desde el interior con velas cuidadosamente colocadas, generando complejas sombras que parpadeaban en el adusto rostro del Teogonista.

Había un hombre arrodillado frente a Volkmar que le suplicaba algún favor u otro, su comportamiento era el de un mendigo, aunque sus ropas eran las de un príncipe. La expresión de Volkmar parecía sugerir que le habían ofrecido excrementos de morsa en lugar de pedirle una bendición. Con un gesto rápido y severo, despidió al desafortunado suplicante, que fue conducido bruscamente por un par de asistentes que parecían poder capaces de enfrentarse contra Salt Pietr y salir de la pelea sonriendo. Eso era algo que Roth podía admirar del Culto de Sigmar; sus predicadores se parecían más a los pugilistas de los muelles que a los esmirriados clérigos. Siete de los doce sacerdotes guerreros tenían la nariz rota y dos tenían graves quemaduras. Roth asintió lentamente para sí mismo. Tal vez había una posibilidad de que lo ayudaran después de todo.

El Gran Teogonista golpeó con una mano enguantada el reposabrazos de su trono, el cual resonó como un trueno mientras miraba directamente a Roth.

- ¡Siguiente!

El capitán se quitó el sombrero emplumado y se dirigió directamente al corazón de la cámara central. Se sentía como si estuviera entrando en una arena de gladiadores. Los sacerdotes Sigmaritas se movieron alrededor del círculo y le cercaron, agarrando con fuerza sus martillos de guerra. Roth suspiró. Cualquiera pensaría que los señores piratas con manos falsas eran visitantes inusuales del santuario interior de su santidad.

- Date prisa, tengo una guerra que ganar- dijo Volkmar. Su voz tenía el tono de alguien nacido para mandar.

- Soy el capitán Jaego Roth, hijo de Indigio Roth, el Gran Cartógrafo de Tilea. He venido a pedir tu ayuda contra las fuerzas de la no muerte.

- ¿Eso es todo?- Respondió el teogonista - Conocí a tu padre una vez. Tengo varias de sus obras en mi santuario. Un gran hombre. Sin duda, un hombre de honor.- El Gran Teogonista hizo una pausa significativa.  
- Aunque no se dice lo mismo sobre su hijo. Y haría bien en dirigirse a mí como corresponde a mi posición, Capitán.

Roth sentía como le hervía la sangre. El cadáver desplomado de su padre se le apareció fugazmente en una visión.

- ¡Al diablo con tu etiqueta y tus juegos!- escupió Roth con la cara enrojeciéndosele- Mi padre está muerto, y la mitad de Sartosa con él. Es la misma historia a lo largo de la costa de Tilea. Tu precioso Imperio será el

siguiente, te lo aseguro. ¡Hay un terror blasfemo en las aguas del mundo, una plaga en el océano, y tengo la intención de hacer algo al respecto!

Se produjo un largo y mortal silencio. Las motas de polvo bailaban en la poca luz que entraba por las vidrieras superiores.

- Ya veo - dijo Volkmar, inclinándose sobre sus guanteletes de acero. Había un brillo divertido en sus ojos, casi oculto entre las sombras. - Habla, Capitán Roth.

- La maldición de los mares- continuó Roth, algo sorprendido de que no hubiera sido golpeado por un relámpago divino después de su arrebato. - Vosotros los sigmaritas deberíais conocerlo. Se apodera de los muertos. Arrebata a todos los que mueren en el mar y les devuelve a la vida como algo repugnante. Mergheists, Marinos de Huesos, llámadlos como gustéis. Solían ser hombres. Hombres que merecían ir junto a sus dioses, no quedar atrapados en una tierra de fantasmas.

Las gotitas de saliva que salían de la boca del capitán brillaban doradas a la luz de las velas.

- Por lo que he oído, sabéis cómo matar a los que pueden engañar a la muerte. Tienes las armas adecuadas para hacerlo. Armas suficientes para matar al peor de ellos, al conocido como Noctilus. Y para hundir su infernal nave de guerra.

El Gran Teogonista permaneció inmóvil como una piedra, mirando fijamente a Roth. La mirada del capitán no se inmutó por un momento.

- Una simple tripulación no lo conseguirá. Necesito hombres - dijo con voz baja y insistente. - Necesito un ejército de hombres valientes y curtidos en batalla. Necesito oro, y en cantidades. Pero lo que más necesito, su santidad, es una forma de matar a los muertos.

- No destruiré únicamente la Parca Sangrienta- continuó Roth. - También pienso hundir a toda su flota. He visto a sus aliados de primera mano. Un galeón fantasma que navega en el viento y un demonio mecánico de las profundidades, todos tentáculos y fría furia. Es por eso que estoy aquí.

Roth respiró profundamente antes de continuar.

- Dicen que las armas de los fieles pueden acabar incluso con los espíritus de los condenados. Voy a perseguirlos y a matarlos a todos, y voy a ver como aquel que los gobierna arder frente a mí. Y tú me vas a ayudar ".

Hubo otra pausa y un profundo silencio. Incluso los cantores de madrigales habían recogido sus hojas de himnos y se habían ido.

- ¿De verdad lo pensáis?

Los ojos del Gran Teogonista se estrecharon, y sus palabras apuñalaron a Roth como carámbanos.

- ¿De verdad lo pensáis, Jaego Roth? ¿A pesar del hecho de que las tribus bárbaras atraviesan Kislev hacia Ostermark y más allá? ¿A pesar del hecho de que la armada de nuestro amado Emperador necesita todas las naves que puede reunir para cazar sus malditas naves de lobo? ¿A pesar de que el futuro del reino está en juego, y a pesar de la muerte de un ejército tras otro en una guerra interminable que amenaza con sofocar el mundo civilizado y reemplazarlo por el Caos?

La última palabra recorrió todo el templo como un viento viviente, con velas ondeando a su paso.

El Gran Teogonista se levantó de su trono, su rostro se contorsionó por la ira, y avanzó hasta que estuvo casi pegado al de Roth. Sus ojos eran terribles y brillantes. Unos ojos que habían visto lugares que volverían loco a un hombre.

El capitán miró hacia otro lado.

- Ahora escúchame, Jaego, hijo de Indigio- siseó Volkmar. - Conozco a los de tu clase, y no me importa que hayas sufrido en las manos de este demonio. Conozco la Maldición de los Mares. Sé del Cementerio de los Galeones, por increíble que te pueda parecer. El verdadero nombre de tu enemigo es el Conde Nyklaus von Carstein, y es un pródigo de la aristocracia vampírica. He conocido a hombres buenos que languidecen en sus garras hasta el día de hoy. Pero prefiero salvar las almas de los vivos que vengar a los muertos.

Volkmar dio un paso atrás, con la barbilla en alto.

- No te daré nada excepto el título que te mereces: pirata. Te llevarás tus venenosas palabras de este lugar santísimo y nunca volverás. Esa es la única condición por la que te dejaré vivir.

Roth se quedó boquiabierto, atónito en silencio. El teogonista regresó a su trono antes de continuar.

- Esto, y solo esto, es lo único que te ofrezco. Marchate ahora, necio, si no quieres que las cosas empeoren.

El círculo de sacerdotes Sigmaritas se había cerrado sin que Roth se diera cuenta. Se pararon a su alrededor en un anillo de acero y férrea resolución, con los martillos de guerra preparados.

Con la furia hirviendo en sus ojos, Roth giró sobre sus talones y se alejó del Reikstemple.

\*\*\*\*\*

Aquella noche, el Heldenhammer zarpó.

Una hora antes de la medianoche, docenas de botes de remo, chalupas y barcas se reunieron a la sombra del Guardia de la Noche. Roth había gastado hasta la última corona de su fortuna reclutando hombres antes de zarpar, y cuando su barco había entrado en el Reik ese mismo día, sus sentinas ya estaban repletas de asesinos ocultos. Los criminales más duros que podían proporcionar las tabernas de Sartosa descendían rápida y silenciosamente hacia la embarcaciones desde las cuerdas colgadas sobre las bordas del galeón.

Cargadas hasta los topes con un pequeño ejército de degolladores, la flotilla de pequeñas naves se había abierto camino río abajo. Bajo la protección de una noche sin luna, ningún barco era lo suficientemente grande como para causar alarma. Avanzaron lentamente, como maderos flotantes, abriéndose camino entre buques de guerra y utilizando almacenes y galeones como cobertura. Uno a uno se reunieron bajo la sombra del Heldenhammer.

Ninguno de los barcos de un solo mástil era lo suficientemente alto como para ser vistos por los centinelas estacionados en las cañoneras que sobresalían por encima de ellos. En las orillas del Reik, los vigilantes nocturnos que normalmente habrían informado de una reunión tan extraña de naves estaban misteriosamente ausentes de sus puestos o se habían desplomado inconscientes junto a una botella de grog de Sartosa.

Tan pronto como aquella armada en miniatura se había reunido, fila de filas de garfios se lanzaron desde cada embarcación. Cientos de piratas vestidos de negro treparon por las cuerdas. Algunos saltaron hábilmente por la borda antes de dispersarse sobre la cubierta del gran barco de guerra, ocultándose en la sombras y fundiéndose bajo aparejos y tela para velas. Cada vez que pasaba un centinela, los marineros tatuados se escabullían de sus escondites y les cortaban la garganta sin hacer ruido, arrastrando rápidamente sus cuerpos hacia la oscuridad y escondiéndolos detrás de barriles y cajas.

Para cuando Roth subió a bordo, la cubierta del nave-templo ya era suya. Esta noche era la fiesta Sigmarita conocida como la Fiesta del Cometa, y la mayoría de la tripulación devota del barco de guerra estaría orando en el Reikstemple. Todavía quedaba un grupo de sigmaritas dentro del Gran Templus, pero una vez que los hombres de Roth cerraron las puertas con un par de robustos tablones, simplemente bastaría con neutralizarlos uno a uno. El capitán se rió para sus adentros. Esto enseñaría a ese capullo pomposo de Volkmar a no subestimar a los sartosanos.

Los asesinos nipones que Roth se había alistado en el Cuenco del Mendigo bajaron del aparejo hacia él, pues hacía tiempo tiempo que se habían asegurado de que los hombres apostados en los puestos de vigía fueran silenciados. Dieron una serie de reverencias mientras pasaban antes de desaparecer debajo de las cubiertas. Siete hombres envueltos en negro se mezclaron en la oscuridad con siniestra facilidad.

Roth sonrió mientras caminaba por la cubierta de su nueva nave de guerra y miró por la borda. Debajo de él, la desvencijada flotilla que estaba abandonada en la línea de flotación del Heldenhammer se alejaba río abajo. Para cuando aquellos botes sin tripulación fueran detectados, sería demasiado tarde.

El capitán asintió con aprobación mientras su ejército de piratas se ocupaba de su trabajo. Los más sanguinarios de aquel grupo habían seguido a los asesinos nipones debajo de las cubiertas para continuar la matanza mientras los artilleros se maravillaban del tamaño y el número de cañones a su disposición.

- Evaluadla y estudiadla lo antes posible, muchachos, y soltad amarras.- dijo Roth, haciendo un gesto a los equipos de aparejo de arriba para que desplegaran las velas. - ¡Mantened el rumbo! Todavía no hemos pasado la tormenta. ¡Burke! - llamó al maestro artillero- ¡Quiero que estos cañones estén preparados y listos, pero díles a tus chicos que guarden sus cerillas. Destriparé personalmente a cualquier que abra fuego sin mi permiso. Pronto tendrán la oportunidad.

Una figura encorvada se deslizó desde las sombras situadas detrás de Roth, con su daga goteando sangre. Se trataba Will de las Olas, un asesino con cara de comadreja que siempre había surcado los océanos.

- Pero capitán...- dijo de manera aduladora - los Sigmaritas nos perseguirán tan pronto nos vean, ¿no? Mira allí, hay grupo de amantes de los peces que vendrán tras esta vieja ballena, ¿eh? Seis según mis cálculos- Le miró con picardía, exponiendo los dientes afilados - Son muchos ¿no es así, capitán?

- Cierra la boca Bill, o te meteré mi hoz en ella. Salty nos cubrirá.

Hubo una serie de chasquidos procedentes de arriba, y varios metros de rica lona roja comenzó a fluir hacia abajo desde los tres grandes mástiles del Heldenhammer. A medida que las velas se desplegaban revelaron los vastos escudos heráldicos estampados sobre ellos: un gigantesco sol ceñudo con la cara de un león, un par de grifos marinos con cabeza de calavera y un cometa de dos colas que planeaba sobre un esqueleto armado con un martillo. Roth había oído que los mástiles eran de Robleferreo del Drakwald, que habían sido talados del bosque frecuentado por monstruos a cambio de un gran coste en vidas. Cada uno tenía un par de puestos de vigía octogonales del tamaño de un santuario, uno a media asta y otro a la vertiginosa cima.

Mientras la tripulación de debajo arreglaba las velas para aprovechar al máximo el viento predominante, las franjas de tela carmesí se hinchaban y se llenaban de aire. Muy lentamente, el Heldenhammer comenzó a alejarse del muelle, mientras las gruesas cadenas que lo mantenían sujeto se enroscaron con total facilidad.

Antes de que el galeón se hubiera alejado unos treinta metros del puerto, se oyó el clamor de las campanas de advertencia desde las casas de los lectores que rodeaban el Reikstemple. El estruendo fue tremendo. Los fieles salieron de su celebración, llenos de furia y blandiendo mazas y brillantes martillos de guerra mientras corrían hacia los buques de guerra que formaban el resto de la flota Sigmarita.

Cuando el Heldenhammer se adentró en el corazón del río Reik, los buques más pequeños y veloces de la flota Sigmarita comenzaron a soltar amarras y se lanzaron en su persecución, ganando velocidad con cada minuto que pasaba. Roth puso los ojos en blanco con desprecio. Eran más rápidos que el Heldenhammer, cierto, pero a pesar de lo ancho que era el río, no había forma de que muchos barcos pudieran luchar eficazmente en tan estrechos confines. Su línea de actuación tenía el concepto "marineros de agua dulce" escrito por todas partes. Malditos santurrones, eran iguales en todo el mundo: todo fuego y nada de delicadeza.

El capitán sacó el catalejo de su padre de la caja del mapa y miró detenidamente las naves sigmaritas. En el puente de mando del buque principal se produjo un alboroto como estuviera a solo unos metros de distancia.

Las cubiertas estaban abarrotadas de locos autoflagelados que buscaban su muerte, incluso si eso significaba apresurar la suya. Al menos en eso, Roth estaría feliz de ayudar.

El capitán volvió a enfocar las lentes de su catalejo para poder ver los astilleros detrás de los buques perseguidores. Efectivamente, la Guardia de la Noche se escabullía de su escondite entre los mercantes y las goletas que se agrupaban en el muelle. Lo lograba con letal elegancia, siguiendo a la flota Sigmarita como un león acechando a una manada de lobos.

- El bueno y viejo Salt- murmuró Roth- Fiel hasta el final.

El capitán sintió un sentimiento de culpabilidad, repentinamente angustiado por haber enviado al gigantesco marinero a su muerte. Y su amado Guardián de la Noche también. Will de las Olas tenía razón: seis buques de guerra no eran fáciles de ignorar, independientemente de su competencia. Aquel pensamiento no era de su agrado. Aun así, pensó Roth, al mirar la increíble arquitectura de la nave-templo, valdría la pena. ¡Pobre el barco que tratase de prohibirles el paso al mar! Ni siquiera la Parca Sangrienta podía aguantar un golpe directo del martillo divino del mascarón de la nave-templo.

Roth dio un involuntario estremecimiento de expectación mientras miraba a los barcos que se acercaban. Los buques de guerra iban a toda vela y ya se habían acercado bastante al alcance de los cañones en la retaguardia del Gran Tempus, pero Roth los quería aún más cerca antes de dar la orden de disparar.

Se vieron cúmulos de humo blanco provenientes de tres de los barcos que les perseguían, y un profundo estruendo resonó en el agua cuando una andanada de balas de cañón se precipitó hacia ellos. Uno dejó un agujero humeante en la vela latina sobre el Tempus, y otro tomó un pedazo del mástil de popa dejando tras de sí una lluvia de astillas.

- Disparan a las velas - dijo Roth.- Interesante. Apuesto a que les han dicho que nos dejen a la deriva, y que recuperen el valioso buque de guerra de Volkmar por el camino difícil. A espadazo limpio.

- Probablemente, señor - dijo Ghow Southman, apareciendo al lado de Roth. Para un hombre tan grueso, el isleño se movía con una velocidad desconcertante. No era muy agradable tenerlo de compañía a causa de sus tatuajes obscenos y su colección de piercings, pero era obediente a su manera, y su costumbre de estar siempre allí cuando Roth lo necesitaba era invaluable. - Parece que teñiremos nuestras espadas, ¿verdad, señor?

- Hoy no, Ghow. Salty y yo tenemos otros planes.

- Salty esto, Salty aquello - murmuró Ghow, pero Roth ya se había acercado al palo de mesana. - ¡Banderines arriba!- Gritó, con la mano ahuecada alrededor de su boca.

Un trío de banderas negras con calaveras y alfanjes cruzados ondeaban en la punta de cada mástil, los colores de Sartosa eran claros para que todos los vieran.

- ¡Ahora todo a babor!- Gritó Roth. - ¡Todo a babor, ajustad las velas y girad!

El Heldenhammer comenzó a girar con un impulso lento pero imparable. La popa de la nave-templo se balanceó hasta que estuvo perpendicular al avance de la flota sigmarita, bloqueando el centro del río. A una distancia media, el Guardia de la Noche respondió a los banderines de señales de Roth al reflejar esta maniobra, usando la corriente del río para girar todo a estribor con una precisión excepcional.

En menos de un minuto, los dos buques de guerra habían atrapado a la flota Sigmarita como las puertas de un matadero que se cerraban sobre un rebaño de ovejas. Diez docenas de cañones fueron colocados apuntando a las naves sigmaritas, perfectamente posicionados a lo largo de la eslora de la nave fugitiva. El enemigo, que había esperando que su presa se limitase a huir y poco más, tenía muy poco espacio para realizar maniobras evasivas.

- Maestro Burke -gritó Roth. - Si es tan amable, enséñeles a esos principiantes como es una verdadera andanada.

- Sí, capitán - respondió gritó Burke, sonriendo ferozmente mientras se volvía hacia sus hombres. -¡Abrid fuego!

La cubierta del Heldenhammer se tambaleó bajo los pies de Roth cuando una monstruosa descarga de balas de cañón se precipitó sobre el Reik. La inesperada fuerza de la andanada casi le derriba, con los oídos pitándoles por el ensordecedor estruendo de las artillería. Tratando de no caerse, Roth se rió a carcajadas y corrió a la borda.

Dos de las naves Sigmaritas estaban humeando, con grandes grietas fragmentando sus cascos. Otra tampoco tenía buena pinta, con el fuego en la cubierta e iluminando la oscuridad. Roth observó con júbilo cómo los postes de dos de los galeones más pequeños se derrumbaban lentamente en el aparejo de los barcos próximos a ellos, enredándose en sus velas pro completo. Claramente, la andanada del Guardia de la Noche también había cobrado un alto precio.

-¡Buen trabajo, Salt!' Gritó Roth, levantando su hoz a modo de saludo.

Los buques sigmaritas en el corazón del Reik giraban confusos. La nube a la deriva de la andanada del Heldenhammer oscureció su visión mientras intentaban frenéticamente colocar sus cañones. Las proas chocaron y las maderas se astillaron cuando el buque llameante viró hacia el galeón contiguo. En ambos extremos de la flota, las dos naves intactas aflojaron sus velas y se quedaron atrás, esperando que el Guardián de la Noche cayera en el fuego cruzado de sus armas. Quizás algunos de ellos si sabían como navegar después de todo. Roth escuchó el sonido de un cañón distante mientras los buques de guerra Sigmaritas descargaban sus frustraciones sobre el Guardián de la Noche, pero poco podía hacer ahora. Salt Pietr les había dado tiempo para escapar. Roth luchó contra el nudo que se le formaba en su garganta, diciéndose a sí mismo que no había forma de que Pietr hubiera querido que desperdiciara su mejor oportunidad de escapar con el Heldenhammer.

- Vamos- gritó Roth, irritado.- A toda vela.

El Heldenhammer comenzó a posicionarse a favor de la corriente, y sus velas se desplegaron al máximo cuando comenzó a superar a sus ocupados perseguidores.

- ¡Oh! ¿Ya está, señor? - suplicó Ghow Southman, sonriendo como un somorgujo mientras caminaba para reunirse con Roth en la borda.- ¿Solo una andanada? Los tenemos atrapados como cerdos en un asador.

- Hay que ahorrar pólvora para el verdadero enemigo, Ghow- dijo Roth. - Estoy seguro de que un primer oficial debería saber eso.

El isleño se rió, realizando un saludo fingido. -Sí, señor, debería saberlo. ¿A dónde no dirigimos ahora? A Sartosa, ¿no?

- Lo creas o no, vamos a Zandri.

- A Zandri ...

- ¿A Zandri, capitán?- Dijo Ghow, tirando de los piercings de su oreja.- Se está quedando conmigo ¿verdad?

Roth solo negó con la cabeza, frunció los labios mientras miraba tristemente hacia el Reik.

- ¡Pero eso está en la costa de Nehekhara! Es un desierto lleno de muertos vivientes ¿No tenemos ya suficientes de esas criaturas de las que preocuparnos?

- ¡Necesitamos oro, Ghow! Cantidades incontables de oro. Todo el mundo sabe que Nehekhara abunda ese metal. Por como se comenta, hasta la pirámide de un mendigo contiene más monedas de las que tú y yo

podríamos ver en toda una vida de saqueos en Sartosa. Entramos, robamos todo lo que podamos, y huimos. A menos que te apetezca volver a Lustria, por supuesto.

Ghow miró a la desaparecida flota Sigmarita con expresión fría.

- Como usted mande, señor.

- Desde Zandri, navegamos hacia el oeste hasta El Khabbath. Un viejo conocido mío es aficionado al lugar, y podríamos usar sus habilidades en asuntos arcanos. Puede que lo recuerdes, Ghow. Es el amigo responsable de mi ojo de cristal y de reemplazar mi mano con... esto.

Roth alzó su hoz de vapor, haciendo girar la hoja para que brillara a la luz del sol.

Las cejas tatuadas de Ghow se juntaron como si fueran orugas en época de apareamiento.

- ¿De verdad, señor? ¿Quieres meter a ese gordo bastardo en esto?

- ¡Oh, por el amor de Manann, Ghow! - protestó Roth desesperado. - ¡Ten algo de fe! No creías que pudiera robar el Heldenhammer, ahora no crees que pueda llevar a cabo una simple incursión o camelar al hombre más arrogante de Arabia.

Roth se giró para encararse a su primer oficial, con sus ojos brillando con el fuego de los viejos tiempos. Parecía más joven de lo que el isleño lo había visto en años.

- Dime, Ghow, ¿Nunca te cansas de que te demuestre que estás equivocado?

## CAPÍTULO 5

El Khabbath, la Costa Pirata, Arabia

10 ° día de Pflugheit, 2522

El Capitán Roth apartó los telares que ocultaban el interior de la cafetería del bullicioso mercado y se aventuró a entrar.

La llamaban la Ciudad Portuaria de los Ocho Vientos, pero Roth solo conocía uno: el siroco que soplaba procedente del interminable desierto de Arabia, el cual formaba grandes remolinos de arena. El Heldenhammer solo había estado atracado durante medio día, pero Roth ya estaba completamente harto de aquel lugar. Tenía arena en su barba, en su cuello, en su boca, entre los delicados mecanismos de sus lentes, obstruyendo los engranajes de su hoz, incluso en la raja de su culo. Casi lo hizo desear las cristalinas aguas sin vida de Nehekbara.

Recuerdos incómodos y vívidos de tumbas piramidales sin luz, arena ensangrentada y la búsqueda incesante de galeras de guerra zandrianas surgieron espontáneamente en la mente de Roth.

Bueno, quizás no.

La cafetería estaba llena de humo narcótico. Tumbados sobre almohadones de seda y cuero había unos gourmets indolentes que se inspiraban en elaboradas cachimbas. El gorgoteo de su agua contaminada humeaba y fluía bajo un baluceo de conversación perezosa. Encima de la cabeza de Roth, el grueso techo de lona de la tienda estaba ingeniosamente doblado para permitir que la luz cayera a través de parches de malla mientras se mantenían fuera los demonios de arena. Las bailarinas veladas bailaban sus redondeadas caderas al ritmo melodioso de la etérea música de flauta, con sus sinuosos cuerpos pasando a través de los rayos de luz con hipnótica lentitud. Un par de cobras azules de tres ojos bailaron erguidas con ellas, limpiando el aire para probar el sudor de Roth. Detrás de ellos, un gibón con una diminuta armadura puntiaguda ejecutaba un ritmo complejo en un tambor hecho a partir del cráneo de un elefante. El enérgico simio captó la mirada de Roth y le sonrió, dejando al descubierto hileras de afilados dientes dorados.

Sin previo aviso, un hombre alto con el físico de un luchador y notables lóbulos de las orejas apareció al lado del capitán. La daga de Roth salió en un instante, pero el hombre solo sonrió ampliamente.

- Adelante, espada de mar- dijo el recién llegado con voz fina y juvenil. - No tengo nada que perder. Tu otra opción es seguirme, si es que prefieres vivir hasta la puesta de sol.

El orejudo levantó una ceja perforada y se dirigió hacia la parte posterior de la tienda. Dio un paso hábilmente entre las figuras desparramadas por el suelo y desapareció en el humo del narcótico. Mareado y parpadeando, Roth lo siguió lo mejor que pudo. Los comerciantes y principitos se rieron de su incomodidad cuando Roth se abrió paso entre ellos. Una de las bailarinas de piel oscura le rozó el cuello con una mano lánguida mientras pasaba, frunciendo sus labios rojos en un exagerado beso.

Roth le lanzó un guiño - Puede que la próxima vez.

El capitán siguió al guardia hasta una antecámara con paredes de lona. El pesado cortinaje de detrás Roth se cerró, sumiéndolos en la oscuridad. Una extraña sensación de movimiento desorientó a Roth por un segundo, haciendo que se le revolviera el estómago. La luz inundó la antesala cuando el guardia abrió una gruesa cortina de terciopelo que conducía a una gran cámara circular.

Roth salió a una gran sala abovedada que era dos veces más grande que la cafetería en la que había entrado. Colgadas de su paredes habían estampados de seda de valor incalculable que representan a los monarcas de los elementos ascendentes. Cada centímetro del piso estaba inundado de cojines, cada uno diferente del otro. Roth sentía nauseas en el aire agridulce. Sabía a caña de azúcar quemada mezclada con especias y sudor fresco.



Justo delante suya estaba un hombre generosamente rollizo envuelto en medio acre de seda nacarada. Sus brazos y piernas estaban abiertos de par en par mientras descansaba contra un cojín que podría haber consumido a un ogro. El humo del narguile se alzaba sobre su rizado bigote negro, formando momentáneamente a un par de mujeres curvilíneas encerradas en el abrazo de un amante antes de disiparse en los pliegues de seda de la tienda. Su piel brillaba tan dorada como los anillos apretados en sus gruesos dedos y, aunque uno de sus ojos estaba oculto detrás de un parche estilizado, el otro miraba con alarmante intensidad.

A su alrededor había cinco muchachas del harén, cada una tatuada con serpientes exóticas y símbolos de fuego, con sus lánguidas extremidades serpenteando unas sobre otras. El hombre dio cuerda una pequeña bailarina de relojería en su mano derecha, para luego dejarla en la bandeja de café junto a él para dejarla girando con un ronroneo metálico.

El Magus Dorado, tan orgulloso y extraño como siempre.

- Capitán Roth. Al menos podrías mostrarnos la cortesía de quitarte esas horribles botas, mi viejo y sucio amigo. Esos cojines son de seda de Ulthuan.

Las muchachas del harén rieron y acariciaron al Magus con aprecio mientras se ajustaba la entrepierna con una sonrisa satisfecha.

- Magus. Que los vientos del desierto te bendigan- dijo Roth con una sonrisa forzada. - Aunque tengo la sensación de que ya tienes suficiente aire caliente con el que divertirme.

- ¡Jo jo, muy buena! Un chascarrillo, y tópico, ¡nada menos! Muy buena, Jaego. Veo que los años no han embotado tu fino ingenio. En cambio, parece que has tenido que esforzarte mucho con tu rostro, y no sin un considerable éxito, todo hay que decirlo.

Roth frunció el ceño.

- Tal vez mi comportamiento sufrió con la reciente muerte de mi familia.

- Ah. Que... desgracia. - dijo el Magus con un profundo suspiro. - Realmente lamento escuchar eso. Una gran pérdida. Tu padre era un buen hombre y tu esposa tenía unos muslos maravillosos.

Un músculo se crispó bajo el párpado de Roth.

- Sí. Una pérdida que pretendo vengar.

El hechicero colocó un par de dedos fuertemente anillados delante de sus labios antes de echar a su harén.

- Marchaos. Vuestro Magus debe hablar ahora de asuntos sombríos. Dejadnos, y mantened vuestras hermosas cabezas inmaculadas de todo relato de violencia y venganza.

Las muchachas del harén hicieron un gran espectáculo de consternación, arrullando y gimiendo, sin embargo se desvanecieron en la oscura antecámara detrás de Roth.

El hechicero levantó su gran mole de los cojines de seda y se dirigió a una hirviente urna de cristal en la parte posterior de la habitación. Una larga espada de hoja curva y un artefacto asombrosamente complejo estaban envainados dentro de la cámara de vidrio, moviéndose y sacudiéndose mientras las burbujas volaban locamente desde su hoja teñida de rojo. El Magus Dorado abrió un grifo en el fondo de la urna, llenando lo que parecía una lámpara de bronce con su decorado pitorro con forma de pez. El aroma espeso de las Semillas de Café de Lustria se mezclaba con el hedor omnipresente de la caña de azúcar. No fue del todo desagradable.

- ¿Algo de beber? Si mal no recuerdo, los encantos de café se desperdician en ti, pero creo que tengo un brandy estaliano por aquí... - El Magus hizo una demostración de entregar por lo menos tres cojines antes de aburrirse y llenar delicadamente una pequeña taza de porcelana con la lámpara de bronce de café.

- Con todo el respeto, viejo amigo, no vine aquí a beber.
- Por supuesto. Viniste aquí para contratar mis servicios en una cruzada vengativa.
- Eres un hombre perspicaz, Magus.
- Así soy. ¿Y podría preguntar quién o qué es el objetivo de esta pequeña aventura?
- El conde Noctilus y los capitanes de la Flota del Terror.
- ¡Jo jo jo! -El Magus atizó sus piernas con deleite. - ¡Que buen chiste! Viejo chacal astuto, esa no la he visto venir. ¡Ja! Me alegra que mis chicas no hayan visto esto, nunca me habrían permitido olvidarlo. Oh, cómo te he extrañado, Jaego, viejo amigo, viejo bribón, viejo canalla. ¡Ja!.. ¡yo!.. ¡Qué divertido!

El Magus se enjugó una lágrima de su ojo, dejando una fina mancha de kohl en su mejilla.

La alegría desapareció de su rostro al ver la expresión enfurecida de Roth.

-¡Ah! Que no era ningún chiste.

El Magus Dorado tomó un sorbo largo de su café, atrapando a su bailarina mecánica justo cuando empezaba a tambalearse. Le volvió a dar cuerda de con una expresión pensativa en su rostro.

- ¿Y supongo que me has traído las joyas de la corona, no solo de Karl Franz, sino también de toda la línea de los Emperadores Grifo a cambio de mi ayuda en esta, denominemosla de manera suave, pequeña incursión que te propones?

- Llévame a la Cimitarra Llameante- dijo Roth en voz baja - Y te las mostraré.

- ¡Ah! -exclamó el magus, casi derramando su kofee. - La Cimitarra Llameante, dice. - El mago apuntó con una uña inmaculada a la hoja curva dentro de la urna hirviendo. - Esa es la Cimitarra Llameante, mi querido amigo. Mi humilde y sencillo palacio flotante simplemente comparte su nombre. ¡Y ahora juegas con mi curiosidad, sabiendo que soy como una esfinge! Verdaderamente, eres un virtuoso del arte conversacional, Jaego, para incitarme así con implicaciones de riqueza inimaginables a un simple príncipe mercader como yo.

- Me alegra que pienses así.- dijo Roth. - ¿Nos vamos ya tu maldita nave de guerra o no?

- Bueno, que así sea. -resopló el Magus, haciendo una mueca herida. - No hay necesidad de ser grosero al respecto. Vamos a visitar la Cimitarra. De hecho, Jaego, en ese aspecto, creo que estoy un paso por delante de ti. Camina de esta manera, y trata de no ensuciar los cojines.

El Magus se deslizó imperiosamente pasando a Roth a la antecámara negra detrás de él. El capitán lo siguió, secretamente esperando llamar la atención de la bailarina de su encuentro anterior. La luz desapareció por un segundo, y el estómago de Roth se sacudió una vez más.

El capitán casi se atragantó cuando salió a la brillante luz del sol e inhaló una bocanada de aire fresco del mar.

En lugar de volver a los estrechos confines de la cafetería, Roth había salido a la cubierta de una inmensa barcaza de recreo. La dorada madera de palma de su construcción era tan inmaculada que prácticamente brillaba. Justo delante de él había dos minaretes de de color púrpura del tamaño del castillo, uno alto y es otro ancho, con sus tejados elaboradamente torneados brillando al sol del atardecer.

Roth se giró confundido, esperando encontrar la gran carpa de lona detrás de él. En cambio, fue confrontado por una bruñida sala de banquetes. Sus paredes de metal estaban perforadas con diseños de mosaico en el

estilo de las cortes de Arabia. Sobre él volaban dos enormes velas triangulares de seda encantada, con los bordes ondulados con llamas estilizadas que ondeaban con la brisa. En la proa de la nave de placer había una estatua dorada que era casi tan grande como la Cólera de Sigmar. Era un djinn dorado en una postura firme, con la hoja de su bracamarte apuntando hacia abajo formando la proa del barco. Roth parpadeó, completamente desconcertado por lo que acababa de pasar.

La Cimitarra Llameante, inexplicablemente, había venido a él.

Recuperando la compostura, Roth se dirigió hacia la borda y miró hacia el muelle de El Khabbath. Efectivamente, sus hombres estaban esperando allí, con sábanas de lona cubriendo los cofres llenos del tesoro de Nehekhar. La tripulación del Magus Dorado ya había extendido una rampa de abordaje hacia el muelle y el hechicero estaba caminando hacia los hombres de Roth, flanqueado por ogros calvos, con el torso desnudo, con más perforaciones que una diana de Stirland. Sus brazos se abrieron de par en par en un gesto de bienvenida magnánima. Roth silbó fuertemente, atrayendo la mirada de Ghow Southman y el Viejo Ruger, y les indicó que trajeran los cofres a bordo.

Cinco minutos más tarde, los tesoros ya se encontraban en la cubierta superior de la Cimitarra Llameante. El Magus estaba a punto de lograr no saltar de un lado a otro con entusiasmo cuando los hombres de Roth quitaron las sábanas.

- Es oro lustriano, ¿Verdad? ¿Lustriano? Es lo suficientemente pesado. Todos sabemos que has estado allí, Jaego. Dicen que los lagartos valoran el oro menos que el arrabio, pero matarían a toda una nación solo para recuperar una placa de piedra. No hay ninguna placas de piedra, ¿verdad, Jaego? Solo oro, ¿eh? ¡Jaja! Y en grandes cantidades, ya que por lo que veo debe haber unos catorce ... no, dieciséis cofres. Oh, Jaego, mejor que no sea una de nuestras pequeñas bromas, o te esperará un tablón con tiburones. Jo Jo, un tablón por una broma. ¡Jaja!

Ghow Southman sacudió la cabeza con un desprecio apenas disimulado, con los piercings tintineando, y ordenó a sus hombres que abrieran los cofres. Realmente contenían joyas de una corona, además de más oro del que la tripulación había visto en su vida.

- Nehekharano, en realidad -dijo Roth, mirando al horizonte. - Zandriano, para ser precisos. Perdí a doscientos veinte hombres y no creo que al Rey de Zandri se alegrase por ello. Envié a media legión para recuperarlo.

Por una vez, el Mago estaba perdido por las palabras.

- Gracias a Manann que los superamos - continuó Roth. - Después de todo, los muertos tienden a ser bastante posesivos, especialmente los reyes de Nehekhar. Locos como un escarabajo, todos ellos. Cazarán a un hombre hasta los confines de la tierra solo por contemplar sus tesoros funerarios, y mucho menos por darles refugio en un barco.

Debajo de su pintura corporal dorada, el Mago palideció. Tocó nerviosamente sus anillos, se los quitó y volvió a ponerlos uno tras otro.

- Oro zandriano. Oro zandriano ¿eh? Además recién robado de Zandria. Aquí, en mi encantador palacio flotante. - Juntó sus rollizos dedos e hizo un pequeño baile extraño. - Parece ser que pertenece al tesoro del rey Amanhotep. Amenhotep el Intolerante; llamemos a esa vieja pasa desecada por su apropiado título. No tengo miedo de nombrar a ese ser tan avaro en la muerte como lo fue en vida. - El hecho de que la mandíbula del Magus temblara desmintió sus palabras.

-En fin, este es un giro interesante de los acontecimientos - dijo el hechicero. - Esto hace que mi decisión sea mucho sencilla ¿eh? Participaré en esta misión hasta su amargo final.- El magus frunció el ceño, luego hizo una mueca y luego sonrió como un cocodrilo. - Guste o no, es matar o ser matado. Ingenioso, Jaego. Es realmente ingenioso.

## CAPÍTULO 6

- Entonces dime, Jaego. Supongo que no solo seremos dos viejos cazando en alta mar ¿verdad?.

El Magus Dorado se había recuperado notablemente bien de su sorpresa inicial por la procedencia del tesoro robado de Roth. El hechicero había pasado varias horas escondido en el interior laberíntico de sus minaretes gemelos, pero finalmente había emergido con una sonrisa radiante, vestido con ropas carmesí y ansioso por mostrarle a Roth las maravillas ocultas de su barco de placer. Sin duda, su harén lo habían ayudado a consolarlo.

- Nada más lejos. Los hombres más peligrosos de Sartosa están navegando con nosotros. Tenemos más de mil en este momento, pero hay espacio para casi el doble de ese número. Esos sigmaritas saben cómo construir un barco, eso al menos se lo reconozco.

- Aja, sí, bastante. Eso no es lo que quise decir, Jaego. Tu adquisición es muy impresionante, no se puede negar. Un poco vulgar, pero no podrías haber escogido un barco más adecuado para este asunto y, aunque Volkmar y su majestad Karl Franz ya se están moviendo para ir a por ti, el océano es lo suficientemente amplio como para evadir sus atenciones. No, lo que deseo averiguar es cuántos otros galeones pretendes llevar contigo. Manann sabe que los necesitarás si tienes la intención de ir a cazar a la Flota del Terror. Dime, pues quien son los rudos e hirsutos capitanes que lucharán a tu lado.

- Todavía estoy trabajando en eso.

- Excelente - dijo el mago hoscamente. - Verdaderamente excelente. No sé si sentirme halagado u horrorizado. No has cambiado mucho, ¿verdad? Actúas primero, actúas con rapidez y luego que Morr se encargue de las consecuencias.

- Bueno, está Malasal. Ella tendrá su precio, como siempre, pero esta vez puedo pagarlo. No tengo idea de cómo encontrarla. Huyó de Sartosa tan pronto como apareció Noctilus.

- La reina de las mareas, ¿eh? Si crees que puedes traer a esa pequeña descarada bajo tu bandera, debes tener algo verdaderamente especial escondido en esos calzones manchados de sangre, oh sí. Pero entonces la conocerías mucho mejor que yo, ¿no es así, Jaego? Si se ha de creer las malas lenguas de los muelles. ¿Has oído lo que dicen sobre ella?

- Sí, sí. Mi tripulación se deleita recordándomelo, que tiene agua de mar por sangre, por así decirlo.

- Eso explicaría mucho. Puede haber verdad en ello, por lo que sabes, ya han sucedido cosas más extrañas.

- Quizás podríamos seguir la aleta de un tiburón - dijo el capitán con el rostro agrio. - Estoy seguro de que nos llevaría a esa zorra sanguinaria tarde o temprano.

- Ah, el bendito laberinto del amor. Si es verdad, puede que no estés muy desatinado. Ella sería un aliada valiosa. Un buque de guerra tan formidable como el Pez Espada podría ser capaz de capear la tormenta que parece decidido a conjurar.

Roth asintió distraídamente, con sus pensamientos en otra parte.

- ¡Guth, escuchame! - gritó el Magus, haciéndole señas a uno de sus guardaespaldas ogros a su lado.

La más grande de aquellas montañas de carne se acercó.

- Suponiendo que no estés demasiado ocupado matando el tiempo, Guth, ¿no te importaría acompañarme para buscar algo dentro de mis santuarios?

El monstruo con pantalones frunció el ceño con perplejidad, rascándose distraídamente su arrugado escarpado. Roth se hubiera reído si no hubiera habido un serio riesgo de que le arrancara la cabeza.

-¿Hacé qué? -Dijo Guth. - ¿Qué mate'l tiempo?- El ogro desenvainó una brillante cimitarra que incluso a Salt le costaría levantar y la alzó en el aire.

Roth saltó hacia atrás, con su mano sobre la empuñadura de su espada.

- No, Guth, no... -dijo el Magus con cansancio, haciendo un gesto para que el bruto dejara su gran espada quieta. - Mira, tú solo ... tú solo sígueme, por favor.

Se volvió hacia Jaego con un suspiro exagerado.

- Culpa mía, la verdad. Sin pasar por ciertos procedimientos, mis minaretes pueden ser bastante peligrosos. Buena suerte para el pirata que intente superar esos intrincados rompecabezas. ¡Podría perder la cabeza en el proceso, Ja ja! Tómate unos minutos para apreciar la paz mientras voy a por una cosa, Jaego, puede que se la última oportunidad que tengas para ello por un tiempo.

El Magus se dirigió hacia el más grande de los dos minaretes, con su guardaespaldas ogro caminando pesadamente detrás de él.

- Y estate atento a las posibles galeras nehekharianas, viejo amigo.

\*\*\*\*\*

Fiel a su palabra, el Mago regresó tras unos minutos. Su guardaespaldas ogro llevaba una urna de cerámica sobredimensionada del color del océano a la luz del sol. Extrañas inscripciones y olas estilizadas corrían a su alrededor en patrones superpuestos. El Magus se acercó a Roth con una sonrisa en su cara ancha.

- Ciertamente me encantaría mostrarte mis últimos escarceos en el campo de la mecánica, Jaego, como en la época de tus muchos, muchos enemigos. No me importa decírte que he avanzado mucho desde que diseñé tu pieza ocular y tu nueva mano. Pero me parece que eres un hombre que prefiere su venganza se sirva por lo menos tibia.

El Magus le hizo un gesto a Guth para que colocara la urna pintada contra la pared pulida de la barcaza, poniéndose de puntillas para examinar mejor un fragmento diminuto en el borde.

- Siendo honestos, la prestidigitación está algo anticuada para mí en estos días. Mis gustos se han desviado hacia áreas más... esotéricas. ¡Ah, el cambio! Esa es la única constante verdadera en el mundo, o de más allá. Aún así, tengo muchas de estas urnas guardadas, de diferentes tamaños y grados de antigüedad. Estoy seguro de que puedo gastar uno, por los viejos tiempos. - Sonrió maliciosamente, como si compartiera una broma privada con Roth. - Oh, sí, algunos tesoros de verdad guardados, esperando su momento. Guth, por favor, trae mi espada de la sala de fumadores.

El ogro regresó en unos minutos, trayendo una cimitarra grande y exóticamente elaborada, una espada ardiente de la que surgían llamas blancas. Guth sostenía el candente artefacto por la empuñadura como si fuera un áspid vivo.

Roth se protegió sus ojos del brillo de la espada, nivelando sus lentes para bloquear lo peor de la luz.

- Impresionante - dijo Roth. - Supongo que nunca te faltará agua caliente.

- ¡Jo Jo, sí! ¡Muy buena, muy buena! - dijo el Magus, poniéndose un pesado guantelete de malla y cuero. - ¡Esta, mi querido Jaego, es la Cimitarra Llameante, la espada de las cien maldiciones ardientes, la espada que arde con el fuego del ultraje! Tenemos una cuantas maldiciones bastante buenas en Arabia, como puedes observar. En realidad, no se debe beber esa agua, pero le da una cierta fuerza al café y es el único método que pude encontrar para guardar esa maldita cosa.

- El Magus se acercó a su guardaespaldas ogro.

- Guth, dame la espada, por favor. ¡No! ¡Por la empuñadura! ¡Por la empuñadura, Guth! ¡Esa es la parte peligrosa!... Bien... Eso está mejor... Con cuidado ahora... ya casi está... Muchas gracias.

Agarrando el artefacto al rojo vivo, el Mago hizo una pequeña reverencia y apartó al ogro.

Se giró hacia Roth y puso una cara de disculpa.

- Los espíritus aprecian un poco de teatro. Tengo que mostrarme dispuesto.

Tras eso, el Magus pateó violentamente la urna de color azul marino contra la borda, rompiéndola en cientos de pedazos y haciendo que el agua de su interior se desparramara por todas partes.

- ¡Álzate, hija de las profundidades! ¡Álzate, ninfa marina, porque pronto serás liberada!

Para el creciente asombro de Roth, el agua de la urna fluía hacia arriba en lugar de hacia abajo. Fue como ver una ánfora siendo vaciada a la inversa. Parecía que había mucha más agua de la que podría haber cabido en el recipiente de cerámica. La salmuera, ya que podía oler el olor a sal marina, se fue aglomerando hasta formar un brillante pilar. Mientras Roth observaba fascinado como la cascada ascendente de agua chispeante crecía hasta ser más grande que el Magus, luego más grande que Guth, luego más grande todavía.

El espíritu elemental empezó a formarse hasta adoptar la irregular forma de una mujer humana. Un menisco ondulante evitaba que la columna humanoide se colapsara, y cuando el espíritu se inclinó hacia el Magus a modo de saludo, gotas de agua de mar cayeron de los mechones de pelo que se arremolinaban alrededor de su cabeza sin rasgos distintivos.

- Una Diablesa de mar -murmuró Roth. - ¿No es una locura? Si decide arrastrarnos al...

- Silencio, Jaego- dijo el Maguso por la comisura de su boca.- Sé lo que hago.

El Magus esculpió un extraño sigilo en el aire con la espada ardiente, y su capa de hechicero ondeaba con las energías invisibles que se arremolinaban a su alrededor. La ninfa del mar retrocedió ante la espada ferozmente brillante hasta que su cuerpo sinuoso describió una media luna perfecta.

- ¡Escucha, gran princesa de las olas! - Gritó el mago mientras levantaba los brazos. - ¡Impongo mi mandato sobre ti! ¡Guíanos a la que los hombres llaman la Reina de las Mareas, sin importar donde esté! ¡Haz lo que te ordeno, y serás libre!

Tan pronto como el Magus terminó su discurso, la imponente ninfa del mar se giró y se tiró sobre la borda, dejando un arco iris de gotas en su estela.

-¡Oh, jo, jo! Es hora de que sueltes amarras, ¿eh, Jaego? ¡Parece que el Magus todavía sabe como tratar con las damas después de todo!

## CAPÍTULO 7

Ensenadas de la Rata, Tilea

13 ° día de Pflugzeit, 2522

- ¡Barco a la vista! - Gritó el vigía en su puesto en los puesto más alto a los que estaban en las cubiertas.  
¡Barco a la vista, capitán! ¡Es el Pez Espada a estribor!

El Heldenhammer navegaba a lo largo de la costa tileana, con todas sus velas esforzándose mientras grandes masas de espuma rugían a cada lado de su amplia popa. Unos cientos de metros más adelante, la Cimitarra Llameante cortaba suavemente el agua. Justo delante de la proa del palacio flotante había una ola de la sobresalía el torso y la cabeza de la diablesa del mar del Magus, que avanzaba de izquierda a derecha como una serpiente marina mientras conducía a los dos grandes buques a su objetivo.

Ciertamente, se podía ver al Pez Espada fondeando en una de las calas abiertas que se extendían por la costa. Negro como el alquitrán y dos veces más desagradable, sus velas acanaladas estaban adornadas con esqueletos de extraños monstruos marinos, y el restallido de sus estilizadas banderolas de algas resonaba en las olas. A lo largo de sus flancos había filas de cañones bien usados intercalados con tallas de navajas y tritones. Los dientes de marfil de los megalodones abatidos formaban una ruda almena a lo largo de su borda.

La proa del barco pirata tenía un gran espolón dentado que había destrozado los cascos de muchos buques a lo largo de los años. Su bauprés estaba formado por el cuerno de una ballena unicornio coronada con el cráneo de un gigante marino. El cuerno en espiral que sobresalía de la proa le daba el aspecto de una mítica bestia híbrida. En cada una de las enormes cuencas de los ojos de la calavera había sendas joyas del tamaño de un barril de pólvora.

Las hazañas del Pez Espada eran legendarias, pero las historias que lo rodeaban no eran nada comparadas con los rumores que se contaban sobre su capitana.

- Oí decir que tiene salmuera en las venas, señor. - dijo Ghow, inclinándose hacia su capitán. - Agua de mar en lugar de sangre.

Roth sonrió tristemente.

-Sí, gracias Ghow por esa perla de la perspicacia.- protegió la vista del sol y escudriñó el horizonte. - Igual tienes razón, ya que nunca la he visto sangrar. Ella es demasiado abyecta para eso.

Burke, el maestro artillero, se le acercó conspiratoriamente.

- Un colega mío -dijo. -Fue atraído a sus aposentos gracias a sus grandes ojos azules. Fue el último error que cometió. Se come sus amantes crudos al igual que el pescado. En cualquier nido de bellacos digno de su nombre se sabe que es medio tiburón, o lo era antes de cortarse la cola. Apuesto a que sus muñones no son producto de ninguna batalla.

- Regresa junto a tus cañones, Burke. -dijo Roth, sacudiendo la cabeza. - A menos que prefieras nadar hasta allí y preguntárselo personalmente.

El galeón de Malasal era demasiado grande para ocultarse fácilmente, pero el capitán tuvo que admitir que había hecho un buen trabajo. Algo le dijo que no estaría contento de tener huéspedes no invitados.

- Acercaos, muchachos -ordenó Roth. -Pero no demasiado cerca. Hay rocas escondidas en esta parte de la costa, y no haré que el Heldenhammer encalle. Quiero que saquen a la enorme y fea nave de la bodega y la metan en el agua, tan rápido como puedas.

El capitán se acercó a Dallard, que miraba distraídamente el cañón de una de sus amadas pistolas.

- Dallard, se te ve animado. Avisá a los muchachos en las almenas del Templus que pronto vamos necesitar que esas poleas en las gárgolas se le de un buen uso. Ghow, ve a por el gran cofre de barba de ballena y dile a los remeros más fuertes que se preparen para salir dentro de poco.

El primer oficial asintió con la cabeza antes de dirigirse a cubierta.

-Y lleva tu mejor sombrero. - le gritó Roth. - ¡Tenemos una dama a la que impresionar!

Dallard resopló burlonamente. Sus hombres ya estaban trabajando duro, ansiosos por abrir las cubiertas con bisagras del Heldenhammer y sacar al agua la curiosa embarcación que se encontraba en su interior.

La nave subsidiaria de la nave-templo, el Alaric, estaba tan fuertemente construida como el buque de guerra principal. Se necesitaron sesenta hombres, usando un complejo sistema de poleas colgadas de las gárgolas del Templus, para sacar la pesada embarcación de su alojamiento. Se gastó una gran cantidad de sudor y fuerza para maniobrar al Alaric por la borda sin volcar la maldita cosa. "Puede que sea impresionante, pero es impracticablemente grande" musitó Roth. "Muy parecido al Heldenhammer". Más adelante, la Cimitarra Lameante estaba desplegando su propia nave auxiliar.

Roth solo esperaba que la Reina de las Mareas no estuviera en uno de sus estados de ánimo legendariamente infames. Si no se daba cuenta de la heráldica Sartosana que había en los banderines ondeantes del Alaric, corría un serio riesgo de volar en pedazos antes de llegar a su buque de guerra.

\*\*\*\*\*

Después de media hora de duro remar, las naves auxiliares del Heldenhammer y la Cimitarra Lameante llegaron junto al casco negro del Pez Espada. El labio de Roth se torció cuando vio que la ensenada estaba llena de ratas de pelaje negro, algunas de las cuales eran tan grandes como cerdos. Había una marea viviente de las cosas escabrosas descendiendo de los acantilados en la parte posterior de la ensenada, surgiendo de un túnel negro y húmedo que solo los dioses sabrían a donde conducía.

Las armas de la gran nave pirata permanecían en silencio cuando se acercaron, para alivio de Roth, pero no así de su capitana.

- ¡Roth! ¿Se puede saber, en nombre de Manann, a crees que estás jugando, viejo simio senil?"

Aranessa Malasal se inclinó desde el castillo de popa del Pez Espada, enrojecida y furiosa.

- Eres demasiado llamativo ¿lo sabías? ¡Algunas tratamos de evitar llamar la atención, no ir a trompicones en alta mar en busca de problemas, maldito idiota!

- Oh, genial - murmuró Roth. - Empezamos con buen pie.

- ¡Eres un desgraciado muerto de hambre, tuerto y con cara de perro! Debería haberos disparado a ti y a tu colega terrestre cuando tuve la oportunidad.

- Madre de perla, señor, no parece muy feliz -s usurró Ghow.

- Bien visto, Ghow. -dijo Roth. - Hay una manera, y una sola, de salir de este embrollo. Abre el cofre y muéstraselo a ella. Y por el bien de Manann, hazlo rápido.

El isleño tatuado desencadenó el baúl de barba de ballena al lado de Roth y abrió la tapa de par en par. En la cubierta superior, los ojos azul hielo de Aranessa se abrieron como respuesta.

- Está bien, Roth, viejo borracho. Estoy interesada. Pero será mejor que traigas esa caja aquí ahora, o todos vosotros seréis comida para las ratas.



Roth y Ghow Southman subieron el cofre con incrustaciones de huesos en la cubierta superior del Pez Espada, mientras el Magus Dorado resoplaba y jadeaba al trepar detrás de ellos. Tan pronto como subieron a bordo, los tres emisarios estaban rodeados por un semicírculo de asesinos de dientes negros, cada uno más curtido y maloliente que el anterior. Roth buscó una cara que reconociera, pero no encontró nada más que acero y desprecio.

Aranessa Malasal saltó de la escalera detrás de ellos, aterrizando en sus piernas de pez sierra con un golpe de percusión. Sostenía su tridente asimétrico a la altura de los ojos, con su dentadas puntas iban y venían entre Roth y el Magus.

- Bien bien. Y yo que pensaba que todas las alimañas en este pequeño escondrijo tenían cola.

- Oh ho - dijo el Mago Dorado – Reconozco que es vivaracha. Mi señora, es un gran placer hacer tu...

- ¡Cállate, barril de grasa! - le interrumpió Aranessa, lanzando su tridente para que quedara a una pulgada del ojo del hechicero. - Ahora estás en mi barco, y hablarás cuando se te permita.

Se giró hacia Roth mientras todavía sostenía su tridente en la cara atónita del Magus.

- Primero, podrías decirme quién se piensa que es este culo gordo dorado y qué diablos está haciendo en mi barco. En segundo lugar, puedes contarme todo sobre este pequeño regalo que me has traído. Tercero, puedes explicarme por qué estás tan interesado en matarme.

Ella miró hacia el mar.

- Hay un maldito y horrible monstruo por ahí, parecido a un leviatán que ha devorado un barco naufragado, y que no funcionó bien para ninguno de los dos. Antes de que me lo preguntes, no tengo ni puñetera idea de lo que es, pero es feo como el pecado, hace un ruido terrible y dispara rayos en lugar de cañonazos.

La mirada de Aranessa no titubeó y se mordió el labio con preocupación.

- Ha estado cazándome desde anoche. Tendría que estar tan ciega como muerta para no haber visto esas fantásticas naves tuyas, lo que significa que seguramente ya estará en camino en este momento.

Frunciendo el ceño, Roth abrió la boca para preguntarle de qué demonios estaba hablando, pero la cerró de nuevo cuando vio la mirada en sus ojos.

Aranessa sacó un catalejo de las bolsas de cuero colgadas de su cintura y se inclinó sobre la borda entre dos cañones con dibujos de percebes.

-Oh no, ahora no, no, no, no... -susurró. - Aquí viene de nuevo. Me ha encontrado.

Roth tragó saliva. Nunca había visto a Aranessa de esa manera.

- ¡Por los testículos de Manann! Esa cosa es enorme. - Comentó, entrecerrando los ojos mientras se volvía para mirar a Roth y al Magus. - Vosotros dos, empezad a hablar, ¡ya!. Si vale la pena, puede que os deje morir luchando en lugar de chillar en el agua mientras las ratas os devoran vivos.

- Muy bien. Apenas hay tiempo, así que iré al grano. - dijo Roth, respirando con fuerza. - Este es el Magus Dorado, me está ayudando a perseguir y destruir la Flota del Terror. Consideré que el Heldenhammer era el barco ideal para el trabajo, así que lo robé. Estoy consiguiendo que me crezcan los enemigos por todas partes, pero también tengo lo suficiente para comprarme a unos pocos amigos. - Roth alzó el arcón de barba de ballena sobre un barril de ron tileano y abrió la tapa. - Esta parte particular del botín, por ejemplo- dijo - es para ti.

El contenido del cofre se reflejaba en sus rostros con una suave luz azul: Tres docenas de brillantes zafiros perfectamente cortados, cada uno del tamaño de un puño.

Aranessa sonrió. Solo por un segundo, las joyas invaluable fueron completamente eclipsadas.

- Bien, bien- dijo Aranessa – parece que recuerdas que siempre me gustaron las joyas azules. Me quedo con todos, si sobrevivimos a esta empresa descabellada ¿no? - Ella parecía atormentada por unos segundos, mirando al mar, mordiéndose el labio hinchado y jugando con uno de los cráneos de pájaro que colgaban de sus trenzas. - Supongo que también seré recordada si sacamos esto adelante. Pero tenemos que ser rápidos.

Roth miró de reojo al Magus, quien arqueó una ceja. El momento fue destrozado por un rugido crepitante cuando un rayo verde negruzco se estrelló contra la pared del acantilado. Los tres se agacharon cuando un montón de escombros cayeron al agua a unos metros de la proa del Pez Espada.

- ¿Qué habías dicho sobre que era capaz de disparar rayos? - Preguntó el Magus con una nota de pánico en su voz. - ¿Es algún tipo de monstruo marino?

- Se nos acaba el tiempo, Nessa. -dijo Roth. - ¿Aceptas o no?

La Reina de las Mareas levantó su catalejo y se inclinó una vez más.

- Tranquilo, Jaego, tranquilo. Acepto. Pero tenemos que irnos ahora mismo.

- Espléndido - dijo el Magus Dorado aplaudiendo con júbilo. Roth y Aranessa lo miraron y su ánimo se desinfló como una vejiga gastada.

Otro rayo de luz oscura fue disparado contra ellos, impactando con fuerza descomunal contra la entrada de la ensenada y enviando rocas incrustadas en percebes volando en todas direcciones. Hubo un estruendo distante cuando el Heldenhammer devolvió el fuego.

- El problema es que primero tenemos que superar eso. -dijo Aranessa.

- Si me permite hablar, su maravillosa majestad -dijo el Magus Dorado esbozando una burlona reverencia. - Ese es un problema que creo que puedo solucionar.

El Alaric avanzó a través de las olas, arrastrado hacia la Cimitarra Llameante por el espíritu de agua del Magus. La nave del hechicero estaba muy cerca. Mientras la embarcación de Roth rodeaba el acantilado de las Ensenadas de las Ratas, pudo ver a la criatura de la que Aranessa le había hablado antes.

Era un monstruo marino, pero uno que claramente que estaba muerto desde hace bastante tiempo. Por su aspecto, se trataba de un leviatán del orbe, un cruce entre una ballena espinosa y uno de esos horrorosos peces linterna de grandes mandíbulas que nadaban en las oscuras profundidades del océano. Las olas se estrellaron contra sus fauces retorcidas mientras se agitaba a través del mar hacia ellos. Sus pálidos flancos blancos se habían combado y desprendido de las costillas, dejando al descubierto masas de andamios y extraños cañones metálicos que crepitaban con energía verde negruzca. En lugar del señuelo que tienen los peces linterna, de su frente sobresalía una enorme verga de madera donde colgaba una brillante campana verde de enorme tamaño.

Un terrible sonido metálico resonó sobre las olas, y la cabeza de Roth palpitó de dolor. Sintió líquido en su bigote y cuello, y extendió la mano para tocarlo, mirándose los dedos. Le salía sangre por la nariz y las orejas.

- ¡Nos largamos, muchachos! ¡Aunque tenga que ser en la Cimitarra! -gritó Roth. - ¡No me gusta el aspecto de esa cosa más de lo que te gusta a ti!

La monstruosa nave se convulsionó, y relámpagos antinaturales crepitaban en la bahía. Dos de ellos atravesaron el flanco del Heldenhammer, estallando por el otro lado como si fuera un pergamino en lugar de robusto roble del Drakwald. La nave-templo devolvió el fuego, rompiendo las espinas de la espalda expuesta del monstruo en una explosión de hueso podrido.

Su campana sobrenatural se iluminó y resonó de manera demencial. Roth sentía como si su cabeza estuviera a punto de reventar, como si hubiese cientos de ratas escarbando dentro de su cráneo y todas estaban desesperadas por salir. Una sola palabra surgió en frente de su torturada mente, un rumor de las alcantarillas de Sartosa.

Skavens. Pocos hombres habían oído hablar de tales criaturas. La mayoría de ellos que se habían negado a creer en absoluto que existieran ratas que caminaban sobre dos piernas como los hombres.

- ¡Garfios! - gritó Roth con toda la fuerza que pudo mientras se tapaba las orejas con las manos. -¡Lanzad ganchos a la Cimitarra!

Los hombres de Ghow que aun conservaban las sensatez se pusieron a obedecer, lanzando sus garfios sobre las bordas de la Cimitarra y tirando de las cuerdas. El capitán se volvió, buscando al Magus Dorado. La nave auxiliar de la Cimitarra atrancó, mientras su maestro era llevado hacia su palacio por una reluciente columna de hielo vivo.

El chillido del interior del cráneo de Roth se estaba volviendo insoportable. Sacudió la cabeza y la golpeó contra el mástil a causa de la agonía, pero era en vano; las voces ratoniles todavía estaban allí. Ya no podía distinguir lo real de lo que era producto de su imaginación. Los hombres que lo rodeaban se retorcían y agitaban de manera incontrolable, mientras sus narices se extendían en largos hocicos y de sus mejillas brotaba pelaje.

Cuando llegó la salvación, lo hizo en una manera inverosímil.

Un trío de tornados salió volando de los minaretes con tejados de oro de la nave arabe, girando y rotando a medida que crecían cada vez más. Las aguas alrededor del Alaric fueron azotadas por un frenesí blanco mientras los vientos vivientes se hinchaban y crecían. Para los torturados sentidos de Roth, parecía que los tornados tomaban la forma de tres gigantes de vientre gordo, con brazos gruesos y musculosos extendidos como si los hubieran mantenido en condiciones de hacinamiento durante demasiado tiempo.

Los demonios del aire se estaban separando, girando en amplios arcos y tomando posiciones detrás del Heldenhammer, el Pez Espada y la Cimitarra. Uno a uno, respiraron profundamente antes de exhalar grandes conos de aire helado.

Al principio avanzaron lentamente, pero luego lo hacían a una velocidad alarmante, los buques fueron girados hasta que lograron salir al mar. Sus velas se llenaron por completo, curvándose mientras aprovechaban los vientos que soplaban a lo largo de la costa. Los demonios del aire se arremolinaron de nuevo hasta quedar a popa de cada buque de guerra, canalizando su aliento tempestuoso hacia las velas.

Otra ráfaga de relámpagos salió de los flancos del leviatán y atravesó el casco del Pez Espada lanzando por los aires trozos de madera y extremidades que se agitaban. La nave se tambaleó, pero continuó navegando, respondiendo al fuego con una andanada de ochenta cañones mientras sus velas protestaban a causa de los poderosos vientos vertidos en ellas.

Impulsados por la fuerza de los vendavales de los demonios del viento, los buques avanzaron a gran velocidad por alta mar. La monstruosa nave fue dejada atrás, disminuyendo en la distancia hasta que no fue más que una mancha pálida en el horizonte.

Roth cayó de rodillas en las sentinas inundadas del Alaric, y dio gracias fervientemente a los dioses cuando su cabeza finalmente se libró de la terrible cacofonía. Sus hombres siguieron su ejemplo, cada uno de ellos era un verdadero creyente después de escapar por los pelos. Estaban exhaustos y asustados, pero, para gran alivio de Roth, definitivamente eran humanos.

“Esto es una locura”, pensó Roth. “Esa espantosa monstruosidad tiene que formar parte de la flota de Noctilus; nadie más tenía el poder de levantar algo tan grande de entre los muertos”.

No había forma de que pudiera luchar contra esos horrores por medios convencionales y no podían darse el lujo de seguir metiéndose ciegamente en la boca del lobo. Roth se maldijo por su precipitación. A causa de la ira, había querido comenzar la cacería lo antes posible. Pero se había vuelto dolorosamente claro que necesitaba conocer a sus enemigos, saber de dónde venían y cómo protegerse de ellos.

Solo podía pensar en una opción con la que podría encontrar las respuestas: la antigua tripulación de su padre, si es que alguno de ellos aún estaba con vida. Y si lo estaban, Roth sabía exactamente dónde encontrarlos.

En las zonas más bajas y roñosas de la miserable Sartosa.

Aunque le irritaba, tenía que regresar.

## CAPÍTULO 8

La Empuñadura del Asesino, Muelle del Contrabandista, Sartosa

3er día de Sigmarzeit, 2522

Desde el incendio, Sartosa se había convertido en un tugurio ennegrecido. Las calles adoquinadas del Muelle del Contrabandista eran oscuras y apestaban, con trozos irregulares de madera quemada que sobresalían de los restos de edificios derrumbados infestados de alimañas. Roth chapoteó a través de una mancha de vómito manchado de sangre mientras acompañaba a Aranessa hacia la decimotava taberna de la noche. Llovía a mares, goteando en los toldos y tamborileando en los bordes de sus sombreros bicornios.

El Magus se había negado cortésmente a acompañarlos en su búsqueda de la antigua tripulación del padre de Roth, insistiendo en que había sido inspirado para crear un regalo para Aranessa. Probablemente estaba más preocupado por no mojar sus ropas, pero después de su escapada en las Ensenadas de las Ratas, Roth no le presionó. Aquel viejo sapo embusteros estaba tan lleno de excusas como siempre. Probablemente estaba retozando con sus muchachas del harén en un mar de cojines de seda en este mismo momento, riéndose mientras Roth se internaba en el barro negro.

Roth murmuró para sí mismo irritado. Aranessa se abrió camino a través de las calles a su lado, también parecía completamente impertérrita.

- ¿Qué te hace pensar que este agujero de miseria será diferente de la última docena? Reclutarlos está muy bien, pero todavía no tenemos respuestas, y a este ritmo puede que te quedes sin monedas.

Roth se detuvo y miró exasperado a su compañera.

- Jessi la Chismosa dijo que uno de los viejos guardia dirige la Empuñadura del Asesino, y ella es demasiado estúpida como para mentir. No iré tras Noctilus sin aprender todo lo que pueda sobre cómo matarlo. Tú sabes las historias. Puedes acabar con uno de esos chupasangres, pero no se quedará muerto por mucho tiempo. Quiero asegurarme de que cuando quemó al bastardo, se quede muerto para siempre.

- Vale, vale. Pero pagas tú.

La Empuñadura del Asesino estaba casi intacta, aunque su tejado cubierto de moho combado y perforado en docenas de lugares. Las ventanas estaban cubiertas por hileras de botellas vacías y huesos parcialmente carcomidos que colgaban goteantes de mástiles destrozados. Incluso bajo la lluvia, Roth podía oler el embriagador hedor de la Raiz Bruja y el tabaco negro.

Un monstruoso conjunto de mandíbulas de tiburón servía de entrada a la taberna, adornada con una variedad de espinas, cuchillas rotas y trozos de madera flotante. Roth se abrió paso entre los talismanes y se aventuró adentro, Aranessa lo seguía de cerca.

La Empuñadura estaba llena de hombres borrachos y desanimados, perdidos en el ambiente viciado por el ron y el humo de pipa. El bajo murmullo de los cotilleos estaba marcado por el plic-plic-plic de un techo agujereado que goteaba en un surtido de calderos de cobre y soperas, y los clientes de la taberna estaban tan absortos en su propia miseria que casi nadie se movió ante la entrada de Roth. Algunas cabezas se volvieron cuando Aranessa pasó a grandes zancadas y una mano mugrienta salió de debajo de una mesa para tocarle las nalgas, pero frunció el ceño al salir y la mano desapareció rápidamente.

Dirigiéndose al otro lado de la taberna, Roth apoyó ambos codos sobre los ataúdes apilados que formaban la barra de la taberna. El tabernero era un hombre achaparrado y pendenciero con una barriga que sobresalía del cinturón por varios centímetros. Estaba de espaldas a ellos, pero Roth reconoció los tatuajes de dragón en su espalda y hombros. Lucas Arcbright, ex capitán del Granuja y, antes de eso, uno de los miembros de la tripulación de su padre.

- Por fin - Dijo Roth.

El camarero se volvió, todavía llenando una pipa con algo que parecía cuero de zapatos.

- ¿Qué quieres, amigo?

- Arcbright, ¿verdad? Soy yo, Jaego Roth. ¿Recuerdas? ¿El hijo de Indigio?

-¿El muchacho de Indigio? Nah, se escapó hace años, cuando yo era de la guardia marina. Lo hizo por su padre, o lo que queda de él.

El tabernero encendió su pipa con una yesca destartalada y echó una calada olorosa.

- Ya no queda nada de él en absoluto - dijo Roth. - Ni tampoco de la Inspiración. Ni de Lisabet ni de Armando.

- ¡Que me aspen, eres tú! Jaego, ¿eh? ¿Tanto tiempo ha pasado? ¿Cuánto ha sido? Dos cifras y diez ¿no?

- Algo así, sí.

- Y tú debes de ser la capitana Malasal, a juzgar por las piernas.

Aranessa inclinó su cabeza, sonriendo débilmente.

- Pensamos que te habías largado con el Guardia de la Noche, para no volver jamás.

- Este lugar siempre te trae de vuelta. Deberías saber eso. Tenemos sed. Dos brandies.

El tabernero levantó la tapa del ataúd detrás de él y sacó una botella negra y opaca envuelta en arpillera. Con una floritura practicada, Arcbright golpeó el recipiente con incrustaciones de hollín en la parte superior de la barra de madera.

- No hay muchos que pidan esto. La botella es tuya por unas monedas.

Cogiendo la botella de la barra, Roth la descorchó con sus dientes y echó un trago largo. Lanzó unas monedas en dirección a Arcbright, aterrizando en la palma abierta del tabernero con un sonido carnoso.

- Lo último que oí fue que el Guardia de la Noche fue hundido en el Reik. Al fondo con toda la tripulación - dijo el camarero, guardándose las monedas.

Roth le pasó la botella medio vacía a Aranessa, quien tomó un largo trago antes de devolvérselo.

- ¿Eso es cierto? - Dijo Roth. - Una pena, aunque nada comparado con tener que reconstruir la ciudad tras el incendio.

- ¡Ah! Una nimiedad con esa cosa navegando por todas partes.

- ¿Te refieres a la Flota del Terror? - Preguntó Roth con voz baja.

- Sí. Lo último que escuché es que continua circunnavegando a lo largo de la costa - El tabernero parecía preocupado. - Y se la razón. No le gusta mucho los intrusos.

- Continúa.

- Bueno, se dice que después de que atacar Sartosa, volvieron a asaltar la costa continental. El único lugar donde todavía no han tocado es Luccini.

- Luccini, ¿eh? - Dijo Roth alzando las cejas. Miró a Aranessa, pero estaba ocupada trazando espirales en un charco de ron. - ¿Los mismos barcos atacaron anteriormente?'

- Sí. El imposible no reconocer la Parca Sangrienta. También estaba a ese cabrón tentaculado, al que llaman el Kraken Negro. Y por supuesto, la cosa fantasmal que acabó con el Castilla.

El tabernero se estremeció e hizo el signo de Manann. Descorchó una jarra de arcilla y se sirvió un vaso de líquido espeso y negro, asfixiándolo con un escalofrío.

- No parecen ser los únicos ahí fuera. Se comenta que ahora hay mas buques que luchan a su lado. Algunos dicen que uno es una galera, un barco de arena de la costa del desierto, mientras que otros juran que hay una ballena que dispara rayos, ¿te lo puedes creer? Ya, y seguro que también dispara fuego por el culo y tal.

- Eso cosa es real como la vida misma - dijo Aranessa con el rostro mortalmente serio. - Hace dos días le hizo un agujero a mi nave".

- Huh. Bueno, no es más extraño que un kraken de acero, la verdad. Francamente, me alegro de haber dejado el Granuja antes de que a tu viejo llevara su inclinación a la exploración un poco demasiado lejos. Todos los que hicieron ese viaje están locos o muertos.

Arcbright puso una mano carnosas por la parte delantera de sus calzones mal ajustados y se rascó, sirviéndose otro trago de grasiento licor negro antes de continuar.

- Escuchas todo tipo de cosas en mi trabajo. Uther un Diente dijo que estranguló a Noctilus con una cuerda. La única criatura chupasangres que ese viejo bastardo enclenque logró matar fue un mosquito, y eso fue en su mejor momento.

El tabernero soltó una carcajada risa fea y mezquina, exponiendo una lengua amarillenta. Roth lo miró fijamente hasta que terminó.

- Necesito encontrar a alguien que estuviera en ese último viaje - dijo Roth con urgencia. - No me importa lo desquiciado que pueda estar, solo que pueda hablar.

- Eso te costará más que un par de monedas, amigo. Son una especie en extinción. Noctilus acabó con muchos.

Roth sacó silenciosamente una moneda ancha de plata sólida y la clavó de manera significativa en la madera manchada de cerveza de la parte superior de la barra. Desapareció rápidamente en el delantal del tabernero.

- ¿El Rojo Hager? ¿Bozetti? ¿Thou el Grande, Jan el Cuchillo, Inky Schultze? ¿Sabes algo de alguno de estos?

Arcbright solo negó con la cabeza, frunciendo los labios.

- Todos han desaparecido, amigo.

Roth continuó, poniendo otra moneda de plata en la barra.

- ¿Dividio? ¿Nils el Negro? ¿Orinoco? ¿Fredricksen? ¿Morgan el Largo?

- Conoces a Fredricksen, ¿verdad? Bueno, pues ya nadie lo llama así. Hoy en día se le conoce como Cuencas Negras.

El tabernero hizo un gesto hacia una trampilla al final del bar.

- Puede que consigas sonsacarle algo con sentido si te recuerda. Ese mugroso sinvergüenza se esconde en el subsuelo. Estas últimas semanas ha estado comiendo ratas crudas y robándome botellas de grog hasta

dejarlas límpidas, pero ha decidido ocultarse por completo. Ha estado escondido en mi sótano desde el ataque. Ahora se niega a salir, ni siquiera a por el ron. Dice que los ahogados lo atraparán.

La expresión del tabernero se oscureció.

- Y tampoco estoy muy seguro de que esté equivocado.

Roth suspiró pesadamente y deslizó una amplia moneda de oro por la barra.

- Entonces, ¿vas a dejar que lo vea o no?'

- Con tus buenos modales, no me voy a negar - dijo Arcbright, agarrando la moneda y mordiéndola por el borde. - Aunque él no te verá. Ya no.

El tabernero deslizó una llave de hierro oxidado sobre la barra. Recogiéndolo, Roth le siguió el gesto que le indicaba la trampilla del sótano. Detrás de él, Arcbright examinó la moneda de oro a la luz de un farol para tormentas antes de guardársela y entregarle el farol a Aranessa.

- Si quieres mi opinión – dijo Arcbright – ese viejo necesita salir de su miseria.

Roth tiró de la trampilla para abrir el sótano del Empuñadura del Asesino, tosiendo mientras el polvo y el moho brotaban del fondo. Se apartó lo peor abanicando su sombrero mientras miraba a la oscuridad. Aranessa se inclinó hacia adelante, iluminando con el farol una escalera desvencijada que conducía a una caverna bien abastecida llena de barriles, cajas y cofres.

Algo se movió en la parte posterior, escondido en un pequeño nido extraño en la esquina. Roth y Aranessa se acercaron cautelosamente bajando la intensidad de la luz para no alarmar a su objetivo.

- Fredricksen, ¿eres tú? ¿Heindal Fredricksen? - Preguntó Roth. - Soy el hijo de Indigio, Jaego. Me recuerdas, ¿verdad? Una vez pescamos un marlín blanco ¿recuerdas?

Había una alimaña escurriéndose en la esquina, pero no hubo respuesta.

- ¿Fredricksen?'

Lo que apareció bajo la luz de la lámpara parecía apenas humano. El cabello ralo y blanco se adhería a una arrugada máscara de dolor y vejez. Dos cuencas de ojos se abrieron en la oscuridad. Una boca débil de encías infectadas se abrió y se cerró como un pez asfixiante.

- ¡Jaego era un niño! - Gritó. - ¡Un niño pequeño!

Aranessa y Roth compartieron una mirada. Ella negó con la cabeza, tristemente, y tiró de su pulgar hacia las escaleras, pero Roth siguió adelante.

- Una vez, hace mucho tiempo - dijo Roth. - Pero los años nos cambian a todos, viejo amigo.

- ¿Ha entrado ahogados?

Era difícil entender lo que el anciano estaba diciendo. Su voz era tan débil y pastosa por la saliva que era poco más que un susurro húmedo.

- No no. Se han marchado hace mucho.

- ¿Han ... han atrapado a Indigio?'

Un momento de silencio pasó en la oscuridad.



- Sí. Tienen a Indigio. Y voy a vengarme.

- ¡No, no! - gritó Cuencas Negras, avanzando lentamente sobre sus rodillas y pateando la paja a los pies de Roth. - Lo empeorarás, muchacho, ¿no lo ves? Él vendrá a por ti. Te encontrará fuera. Te absorberá, chico. La espiral. Puedes huir, puedes esconderte, pero te absorberá ...

Cuencas Negras se balanceaba adelante y atrás en la penumbra, agarrándose a sus huesudas rodillas.

- Necesito saber más, Fredricksen. ¿Qué es la espiral?

- La espiral de calaveras. - dijo Aranessa. - Está viva, ¿verdad?'

- Sí Sí. Ella tiene razón, muchacho. Deberías escucharla.

- ¿Qué? Yo... - dijo Roth, volviéndose inquisitivamente hacia Aranessa.

- Sueños - dijo, encogiéndose de hombros.

- Tu padre nunca escuchó - dijo Cuencas Negras amargamente. - Debería haber escuchado a tu madre, debería haberlo hecho. Las madres siempre saben. Las madres siempre saben.

- Está bien, está bien. - dijo Roth. - Trata de quedarte con nosotros, Fredricksen, y ayudame.

Roth abrió el estuche de mapas en su cintura y sacó el extraño mapa de su padre antes de recordar que el viejo no tenía forma de verlo.

- Esta espiral. ¿Tiene algo que ver con la maldición?

- ¡Es la maldición, chico! El maelstrom. Las Fauces. Se alimenta de los muertos, los atrae, los arrastra desde lo profundo. Barco, marinero, nave, vasallo, los atrae a todos. Los engulle a todos, la enfermedad. La herida del océano. ¡La herida de la tumba!

- ¿Quieres decir que es el ... es el Cementerio de los Galeones?

- Sí, sí, así era como solía llamarlo. No solo hay galeones muertos, muchacho. Lo atrapó al final. También me atraparé a ti y a ti y a ella. Ella también, sí, a pesar de su sangre. No olerás tan bien como un cadáver, niña salada, que baila como un títere a la melodía de un hombre muerto.

Aranessa dio un paso adelante, y Roth oyó el sonido de una espada siendo desenvainada. Extendió una mano y suavemente dirigió el brazo de la espada de Aranessa hacia su costado. Cuencas Negras gimió como un perro golpeado y arañó con fuerza los lugares donde solían estar sus ojos.

- ¿Y allí es de donde proviene la Flota del Terror? ¿Del cementerio?'

El delgado anciano, soltó una risilla susurrante que hizo que los nervios de Roth se crisparan.

- Sí, sí, la guarida de la Sanguijuela. Castillos y muertos y corales de cadáveres. Ellos vienen a través de la tormenta. Es la única manera de entrar. Sin embargo, no se puede matar lo que ya está muerto, muchacho, y él irá a por ti si lo intentas. Él vendrá a buscarte, saliendo de la niebla y la locura... - El viejo se interrumpió, murmurando y gimiendo para sí mismo.

- Fredricksen, escucha. Tienes que decirme cómo llegar allí. - presionó Roth. - Tienes que darme una oportunidad.

- El Reloj Lunar, chico. Tu padre lo tuvo. La luna es la clave, tiempo y lugar. Pero no puedes matar fantasmas, chico. No puedes matarlos. Espino, plata, cortar la cabeza, estaca en el corazón... Ninguna

posibilidad. Solo te entregarás a él, un cadáver hinchado más. Por favor, déjalo en paz. Por favor... solo empeorarás las cosas...

Las sombrías expresiones de Fredricksen se interrumpieron por completo. Comenzó a llorar, se acurrucó en una bola y se puso pedazos de paja sobre su escuálido cuerpo como para protegerse del frío.

- Jaego, esto no está bien - dijo Aranesa - Vámonos.

Roth suspiró pesadamente, con los ojos cerrados. Se quitó su abrigo y cubrió Cuencas Negras lo mejor que pudo, y dejó a mano un frasco de fuerte alcohol estaliano.

- Lo siento, Fredricksen. Haré lo que pueda.

No hubo respuesta salvo un gemido asustado e incoherente. Dos cuencas oculares vacías se volvieron hacia él en la penumbra.

- Por favor ... por favor mátame. No quiero volver allí. Hazlo rápido.

Aranessa avanzó de nuevo, con la mandíbula apretada.

- Nessa, no lo hagas.

Se volvió hacia Roth, su ceño fruncido iluminado desde abajo por la luz de la linterna.

- Debería ser yo - dijo Roth.

Sacudiendo la cabeza con tristeza, el capitán sacó su pistola de tres cañones y disparó al anciano en el corazón.

## **CAPÍTULO 9**

Las Vigilias, Luccini

21° día de Sigmarzeit, 2522

A la medianoche del décimo octavo día de espera, el clamor de las campanas de advertencia resonó en las cubiertas del Heldenhammer.

Roth dejó caer la pata de la mesa que había estado afilando y abrió de golpe la puerta de su habitación, apresurándose a ponerse la casaca mientras corría por el barco. Se metió en la cubierta superior y subió las escaleras.

Fuera del mar, los rayos de un vívido color púrpura iluminaban el cielo, mientras destellos de luz magenta rompían violentamente las aguas hacia ellos.

Subiendo por las empinadas escaleras que conducían a la plataforma de observación detrás de la Cólera de Sigmar, el capitán se llevó el catalejo de su padre a su buen ojo. El epicentro de la distante tempestad quedó de inmediato perfectamente enfocada. Unas velas raídas arruinaban el horizonte, y se proyectaban extrañas siluetas contra el cielo cada vez que estallaba un rayo.

- Parece que finalmente tenemos compañía - dijo Roth, guardando el catalejo y marchando hacia su primer oficial.

- Si señor. Llega justo a tiempo, el Heldenhammer está preparado y los hombres ansiosos por matar algo.

- Pronto tendrán su oportunidad. Es la Flota del Terror. Se dirigen a Luccini. Debe haber un miembro de tripulación del Gran Cartógrafo allí escondido - dijo Roth. - Esto se va animar, Ghow. Alza los colores de la guerra en el palo mayor y haz sonar las alarmas lo más rápido que puedas. Saldremos de las Vigilias en el lado de estribor, y directamente contra lo que salga de la tormenta. También dile a Burke que prepare los cañones.

- Sí, capitán. Ya iba siendo hora de poner a prueba el mascarón de proa.

- Espero fervientemente que así sea. Envía a los muchachos allí inmediatamente. Esta es la mejor oportunidad que tendremos para hundirlo.

- Entonces podremos hundir la Parca, ¿verdad, señor? - Comentó Ghow, jugueteando con sus piercings faciales.

- Tengo cerca de cuatrocientos cañones y un martillo sagrado del tamaño de un edificio que dice que sí. Además - dijo Roth con una sonrisa astuta - tenemos a los dioses de nuestro lado, ¿recuerdas? '

Cuando la tripulación corrió hacia sus posiciones, el Heldenhammer abandonó el refugio de las Vigilias. Navegó a toda velocidad hacia la Flota del Terror, flanqueado por la Cimitarra Llameante y el Pez Espada. Los galeones a los que se aproximaban crecieron con cada minuto que pasaba, con sus velas hechas jirones bañados por la pálida luz de la luna. Un extraño banco de niebla se extendía ante ellos, con zarcillos púrpuras de luz retorciéndose dentro de él.

La Parca Sangrienta lideró una cuña de tres buques de guerra que se dirigía directamente hacia ellos. A estribor cabalgó el Espectro Sombrío, sostenido en lo alto sobre una nube de niebla verde grisácea. A babor había una gigantesca galera de guerra Nehekhariana, flanqueada por cuatro enormes estatuas de jade, obsidiana y oro. La cubierta de la galera estaba coronada con una gran pirámide y su popa estaba curvada como la cola de un escorpión. Una intensa luz blanca quemó la niebla en la punta de la popa.

Los recuerdos de Zandri ardían como el sol del desierto en la mente de Roth.

En las cubiertas de abajo, cientos de hombres corrieron a sus posiciones. El Heldenhammer era un frenesí de actividad de proa a popa. Se recortaron las velas, se juntaron los equipos de abordaje y se transmitieron las órdenes a los equipos de artillería. Los motores de vapor resoplaban y cobraban vida en las salas de máquinas que impulsaban la Cólera de Sigmar.

Directamente por delante de la flota de Roth, La Parca Sangrienta se estrelló contra la costa tileana, con su proa alada levantando muros de espuma cada vez que atravesaba una ola. El castillo que se encontraba sentado sobre el peñasco de la Parca era visible detrás de sus velas, contorneadas por la luz lunar contra las brumas que envolvían la Flota del Terror.

Roth observó a su presa desde el puente. La Parca no había alterado su línea de ataque un grado desde que sus buques de guerra se movieron para interceptarlo. Era como si la flota de Roth no fuera más que un espejismo, o una nube de insectos intrascendentes esperando ser aplastada.

- Arrogancia - dijo Roth, volviéndose hacia su primer oficial. - Puede que tenga el viento a favor, pero es un necio se cree que puede derrotarnos como si nada. Nuestro gran amigo de bronce aquí presente inclinará la balanza.

Ghow no respondió, pero jugueteó con el anillo de oro en su nariz.

Más adelante, los buques de guerra enemigos se estaban dispersando. El Espectro Sombrío y la galera nehekhariana salían de par en par, sin duda tratando de superar a la flota de Roth y destrozarlos fácilmente a disparos.

Efectivamente, se escucharon un conjunto de detonaciones y una andanada de disparos salió de las cubiertas de armas del Espectro Sombrío. La mayor parte de la descarga cayó al mar, levantando grandes columnas de agua, pero dos balas de cañón impactaron contra la proa de la Cimitarra Llameante, rompiendo el mascarón de proa y enviando un estallido de llamas que saltaban a lo largo de los arcos que flanqueaban su casco.

- ¡Recortad velas a babor! ¡Virar y seguir rectos! - bramó Roth, tratando desesperadamente de igualar la velocidad del Espectro mientras la monstruosidad avanzaba. - ¡Curso de interceptación! ¡Prepara la ira!

Los labios de Roth se curvaron cuando imaginó la gigantesca figura decorativa impulsada a vapor proyectada la imagen de su esposa, luego a su hijo y después a su padre. La venganza estaba a pocos minutos de distancia.

A la izquierda del Heldenhammer, el Pez Espada se giraba todo a babor, intentando interceptar el Espectro Sombrío mientras se balanciaba ampliamente. Cuando el galeón de velas negras cerró un camino hacia la fantasmal nave de guerra, los cañones de Aranessa abrieron fuego, disparando a unos metros de la proa del Heldenhammer contra la distante galera nehekhariana que avanzaba hacia la Cimitarra Llameante. La descarga se estrelló con fuerza contra el costado de la nave con forma de estatua, enviando fragmentos de los largos remos volando por los aires.

- Buen disparo, chica - dijo Roth en voz baja.

Solo quedaban poco más de cuatrocientos cincuenta metros entre la Parca Sangrienta y el Heldenhammer. A través de su catalejo, Roth pudo distinguir claramente el extraño promontorio en forma de lengua que se extendía desde el gigantesco cráneo al frente de su escarpada masa central. Saliendo de la cueva que formaba el ojo del cráneo había una pieza de artillería tan grande que un troll de mar podría haber hecho su guarida en su interior. Era un cañón que Roth reconoció como el azote de la costa lustriana: la legendaria Reina Bess.

Les estaba apuntando directamente.

La visión de Roth de la Parca cada vez más cercana quedó repentinamente oscurecida por una gran nube de humo. Una fracción de segundo más tarde, se escuchó un boom, seguido por un crujido ensordecedor cuando una bala de cañón del tamaño de una roca se estrelló directamente a través del mástil sobre su cabeza. Con un crujido terrible y desgarrador, el palo del Heldenhammer se desplomó, desgarrando, astillando y

destrozando el aparejo cuando el gran pilar de roble se derrumbó. Una lluvia de piratas aullantes e indefensos cayó desde el puesto de vigilancia, golpeando la cubierta con una serie de golpes mojados. Roth ni siquiera miró alrededor, rechinando los dientes mientras se preparaba para la inevitable colisión.

El tamaño escarpado de la nave-castillo resultaba totalmente inverosímil. Roth era vagamente consciente del fuego de los cañones a ambos lados, las llamas parpadeaban en su visión periférica. Su mirada se mantuvo fija en la impía mole de la nave insignia de Noctilus mientras tronaba hacia él.

De repente, un trío de tentáculos de metal se alzaron hacia la proa del Heldenhammer en una explosión de agua de mar. Roth apenas tuvo tiempo de gritar alarmado antes de que tres tentáculos más salieran del mar, chocando contra el castillo de proa de su barco-templo y envolviéndose alrededor del mascarón de proa. Roth se apartó del trinquete derribado, y se agachó mientras un miembro gigante de metal se lanzó y destrozó sus restos en astillas. Los gritos de los hombres moribundos llenaron el aire nocturno cuando la tripulación de Roth fue empalada por fragmentos voladores de madera.

La Parca Sangrienta se volvió bruscamente, evitando por poco el Kraken Negro mientras emergía a babor de la nave-templo. El vasto casco de piedra de Reaver chocó contra el flanco del Heldenhammer, arrancando grandes trozos de roble endurecido del Drakwald con un horrible sonido desgarrador. Roth perdió el equilibrio, golpeándose la cabeza contra los gigantescos eslabones metálicos que sostenían la Cólera de Sigmar en posición vertical.

- ¡Fuego! - Gritó Roth con voz estrangulada, mientras caían suciedad aceitosa de las extremidades negras. - ¡En nombre del Padre del Océano, fuego!

Cuatro cubiertas de grandes cañones imperiales escupían lenguas de fuego, golpeando el flanco de la Parca Sangrienta y perforando enormes agujeros en su casco compuesto. Los escombros cayeron por el flanco de la nave-castillo cuando los dos grandes buques de guerra se cruzaron con un crujido ensordecedor. En respuesta, una andanada desgarradora salió volando de los dispersos cañones del flanco de la Parca. Decenas de hombres y docenas de cañones fueron lanzados por los aires en una tormenta de metralla y madera destrozada.

El mascarón del Heldenhammer todavía estaba envuelto en los estrechos zarcillos del Kraken Negro. La cara de Roth se dividió en una sonrisa maníaca; a pesar de los esfuerzos del Kraken, el arma bendecida permanecía intacta. Se tambaleaba mientras trataba de ponerse de pie, con las fosas nasales llenas del hedor sulfuroso del pólvora y la sangre de los moribundos. Un marino de huesos corría hacia él, con la espada desenvainada. El capitán sacó su pistola de tres cañones y disparó a quemarropa contra la cara de la criatura. El disparo le reventó el cráneo y he hizo que el resto del cuerpo se colapsase en la cubierta con un repiqueteo óseo.

Mientras recargaba, Roth miró la furiosa batalla. Los artilleros se retorcían en charcos de su propia sangre en medio de montones de escombros destrozados. Grupos sueltos de espadachines lucharon como demonios para repeler a los marinos de hueso que habían abordado la cubierta del Heldenhammer desde los despeñaderos de la Parca, destrozando cráneos y pateando las costillas mientras hacían retroceder a los invasores.

A estribor, la Cimitarra Llameante rodeaba a la galera nehekhariana. Un puñado de balas de cañón tronó desde los cañones ocultos de la nave de placer e impactaron en la popa de la galera forrada de estatuas, justo cuando un gigante de fuego viviente surgía de los minaretes del Magus Dorado y se lanzaba hacia el buque de guerra enemigo, con una espada ardiente en cada mano.

Justo cuando el Ifrit de Fuego descendía para incinerar a la tripulación esquelética de la galera, la colección de estatuas con cabezas bestiales se alineó junto a los flancos de la galera y cobraron vida. El más destacado de ellos, un gigante de mármol verde con cabeza de chacal, alzó su espada gigantesca, cortando al djinn ígneo mientras pasaba por encima. El espíritu estalló en una bola de fuego del tamaño del Grand Templus, incinerando docenas de seres esqueléticos en las cubiertas de abajo.

La Parca Sangrienta continuó su camino a lo largo del Heldenhammer, abriendo una serie de terribles heridas a lo largo del flanco de la nave-temple. Roth vio una figura en un bicornio rojo que lo miraba desde lo alto de la masa escarpada del corazón de piedra de la Parca. Levantó su pistola de tres cañones y soltó una descarga, una triple bocanada de humo impactó en el acantilado donde Noctilus había estado parado.

- ¡Muere, cabrón! ¡Hombres, disparad a los hechiceros! ¡Matad a todo lo que hable!

Los tiradores en lo alto de los alcázares del Gran Templus dispararon contra las figuras que cantaban en los arcos sombreados de los acantilados centrales de la Parca. Varias figuras con túnicas cayeron en picado por los costados de la nave-castillo para ser aplastadas entre por los restallantes cascos de los dos poderosos buques de guerra.

- ¡Cañones del Templus! - gritaba Roth, señalando frenéticamente a la parte trasera del galeón mientras la Parca continuaba avanzando.

Las cubiertas de armas montadas del castillo de popa del Heldenhammer hicieron sonar su furia, causando una brecha masiva en la fortaleza de la Parca y provocando que un derrumbe de mampostería cayera sobre las bullentes figuras de abajo. A cambio, la Parca disparó a bocajarro contra el Templus, destrozando a los Grandes Teogonistas de rostros impertérritos y enviando gárgolas de cabeza de grifo a las olas.

Roth hizo una mueca, escupiendo juramentos mientras corría a toda velocidad por la cubierta hacia la lucha. Con el Heldenhammer enzarzado en la batalla con el Kraken Negro, la Parca sería libre de rodear su popa y golpear su castillo de popa hasta que fuera poco más que escombros santificados.

Aunque odiaba admitirlo, Noctilus lo había superado por completo.

- ¡Aguantad! - gritó Roth, tratando frenéticamente de recuperar el control. - Cañones de mira, está virando ¡Reventarla a pedazos!

Buscando algo de esperanza, Roth vio algo que se dirigía hacia ellos desde tierra firme. Siete juegos de velas, con el amarillo y rojo de su librea brillando como el oro ala luz del amanecer. La flota tileana. ¡Gracias al Padre del Océano, la flota tileana se estaba acercando!.

Roth se precipitó por las escaleras que conducían al castillo de proa, resbaló, cayó y se enderezó, despachando a un marino de huesos que se interpuso en su camino con un crujido astillado y continuo avanzando torpemente por la cubierta para unirse a la batalla. Con la llegada de los buques de guerra tileanos, la batalla seguramente daría un vuelco.

- ¡Reunios en torno a mi, Reunios en torno a mi! ¡hay que mantener las posiciones! ¡Viene los tileanos! ¡Viene los tileanos!

Un marino de huesos se precipitó hacia él, pero Roth destrozó su alfanje oxidado con su espada, golpeándolo con tanta fuerza con su mano-hoz que su cabeza salió disparada hacia atrás y la criatura cayo como un montón de huesos. Con los ojos clavados en la Parca Sangrienta, Roth corrió por la cubierta con una ira cada vez mayor. Dejaría que Noctilus hiciera lo que pueda. Subiría a los campanarios del Templus, se balancearía sobre la parca desde una cuerda y estrangularía a la escoria no-muerta.

Sin previo aviso, un brillante rayo de luz brotó de la popa enojada de la galera Nehekhara, atravesando las olas hasta alcanzar las velas de seda de la Cimitarra Llameante. Las velas bordadas estallaron en llamas y el genio de las tormentas que las había estado impulsando se dispó con un aullido bajo.

La nave de Nehekhara giró en un arco cerrado, regresando al mar, y la Parca Sangrienta no tardó en tomar el mismo rumbo. A babor, el Espectro Sombrío se separó del Pez Espada, navegando hacia las brumas y dejando al buque de guerra de Aranessa irremediamente a la deriva.

- ¡No! - gritó Roth mientras corría hacia el castillo de proa.

Los tentáculos grasientos del Kraken Negro se estaban desenrollando de los mástiles y liberando su dominio sobre la Cólera de Sigmar antes de volver a hundirse en el mar. La Flota del Terror se estaba retirando, justo cuando parecía que los vientos soplaban a su favor.

- ¡Cobardes! - exclamó Roth con voz ronca por la ira y la frustración. - ¡Cabrones ensuciacaalzones!

El capitán corrió hacia la regala, trepando al marco de madera de un gran cañón para obtener una mejor vista. Efectivamente, las brumas estaban envolviendo a la Parca Sangrienta como una mortaja. Algo se movía a su paso, algo que parecía un círculo deformado de orbes blancos. Roth entrecerró los ojos. No, no era orbes. Eran cráneos, trazando lo que parecía ser una una espiral.

El sabor de la magia crepitaba en el aire. Roth sintió como un hilillo de sangre le caía de la nariz cuando una poderosa ola de presión lo envolvió.

Para cuando Roth volvió a fijar su catalejo en la Parca, la Flota del Terror ya había desaparecido entre las brumas.

## CAPÍTULO 10

El Gran Océano

22º día de Sigmarzeit, 2522

Con la retirada de la Flota del Terror, Roth y sus aliados salieron al mar lo mejor que pudieron. Los una vez poderosos buques de guerra ahora eran harapientas sombras de su antigua gloria. Las velas se agitaron sueltas, arrastrando palos rotos y aparejos enredados. El Pez Espada se llenaba lentamente de agua a causa su casco agujereado por un golpe directo del Espectro Sombrío. Las paredes del Grand Templus habían sido destrozados en una docena de lugares y un sinnúmero de tripulantes habían acabado heridos o muertos. Incluso ahora, los muertos estaban siendo quemados en grandes piras de metal levantadas entre los emplazamientos de los morteros en el centro de la cubierta superior. Por su parte, la Cimitarra Llaveante había perdido sus bellas velas triangulares. El Magus Dorado confiaba en la fuerza de sus diablos marinos para propulsarse cuando su otrora magnífico palacio flotante salió a aguas abiertas.

Cuando amaneció, Roth izó la bandera del parlamento. Antes de que el sol se hubiera levantado por completo, los tres buques de guerra se acercaron unos a otros, torpemente a causa del daño que habían sufrido. Se bajaron botes de remo del Pez Espada y de la Cimitarra, y sus capitanes se dirigieron a la castillo de popa del Heldenhammer. Los restos de la batalla estaban dispersos por todas partes, y el estado de ánimo era sombrío.

La sala de guerra de la nave-templo estaba iluminada por velas parpadeantes y faroles para tormenta que oscilaban suavemente. Rayos de sol ámbar cayeron sobre la mesa de roble a través de ojos de buey coloreados a lo largo del techo. Roth, Aranessa y el Magus Dorado estaban sentados en sillas de respaldo alto talladas en hueso de serpiente alada.

Roth se sentó en silencio, su buen ojo ardiendo bajo una frente arrugada.

- ¿Soy la única que piensa que no salió del todo según lo planeado? - Dijo Aranessa, con sus ojos azul claro mirando desde detrás de una cortina de cabellos trenzados. Estaba encorvada, apática y derrotada, con sus patas de pez sierra sobresaliendo de debajo de la mesa.

El Magus estaba absorto en sus pensamientos, jugando distraídamente con su pequeña bailarina mecánica y colocando el complejo cachivache en la mesa de cartas para que hiciera piruetas perfectas.

- Hemos sobrevivido - dijo. - Y aprendimos más sobre nuestros enemigos

- Para ti es fácil decirlo, culo gordo. ¿Tú qué has perdido? ¿unas pocas docenas de esclavos y un par de tus bonitas velas? Y tus monos de cuerda están aparejando repuestos mientras hablamos. Yo perdí a casi un centenar hombres, destrozados por los cañones o cortados por las espadas de los fantasmas. Fantasmas a lo que no pudimos dañar.

Malasal frunció el ceño ferozmente hacia el Mago, quien le mostró los dientes con algo que no era del todo una sonrisa.

- Roth también perdió a muchos - continuó Aranessa - y estuvo a punto de que le destrozaran su fea embarcación. Nos hicieron quedar como unos patanes de tierra. Y no puedo evitar darme cuenta de que se quedaron el tiempo suficiente antes de recibir demasiados daños.

- Ese es el maldito problema - gritó Roth, golpeando con su puño la mesa de cartas con tanta fuerza que la laca se resquebrajó. - Esta no es forma de combatir en una guerra. Vienen con fuerza y rapidez, pero cada vez que se moviliza una fuerza de resistencia considerable contra ellos, simplemente se esfuman en las brumas. Dime, ¿cómo se supone que voy a matar a ese demonio ahora? ¡Perdimos nuestra mejor oportunidad, maldita sea!

Hubo un silencio incómodo, mientras las motas de polvo bailaban en los rayos de luz ámbar.



- Creo que todos sabemos cómo, ¿no es así? - comentó el Magus Durado de manera lenta y deliberadamente, como si hablara con niños lerdos. - Aunque, comprensiblemente, ninguno de nosotros desea ser el primero en decirlo.

Roth soltó un suspiro estremecido y sacudió la cabeza por un momento antes de ponerse de pie.

- Tienes razón, Magus. Queda una opción. He tenido la intención de mostrarte algo. Algunas cosas, más bien, que mi padre me dejó.

Dirigiéndose hacia el gabinete con frente de barba de ballena en la esquina, Roth sacó su maletín y desplegó el pergamino de su padre en el centro de la mesa, colocando cuidadosamente el exótico reloj lunar sobre él para evitar que los lados se enrollaran.

Aranessa levantó una ceja, pero los ojos del Magus prácticamente se salieron de sus órbitas. Tras calmarse, el hechicero cogió su juguete y lo puso en la esquina opuesta del mapa para hacer de peso.

- Un mapa del Cementerio de los Galeones - dijo el Mago con un aire de indiferencia. - Que inusual.

Roth asintió sombríamente.

- Al menos algo que se le parece. El interior de mi antigua casa estaba cubierto de este tipo de cosas. Mi padre nunca fue el mismo después de ese viaje, el que lo llevó a este lugar. Lo creas o no, esta es su representación más convincente. Y esto -dijo, haciendo un gesto hacia el reloj lunar-, es la clave para que podamos entrar.

Aranessa parecía dudosa, aunque sus ojos todavía se movían entre el mapa y el reloj lunar.

- A mi me parece los garabatos de un loco.

- Es más que eso. Nessa, ¿qué dijiste en el sótano de Burke? - Preguntó Roth. - Algo sobre una espiral ¿no? Bueno, eso es exactamente lo que vi en la estela de Noctilus. Una espiral de calaveras. Era el rastro del maelstrom. Este, aquí mismo.

Roth tocó el remolino de dientes y galimatías que dominaba la mitad derecha del mapa.

- Este remolino es lo que atrae a los que mueren en el mar. Esta es la fuente de la Maldición de los Mares.

El Magus ya estaba estudiando minuciosamente el enloquecido texto del pergamino, con una expresión de extrema concentración en su rostro.

- No solo eso – dijo - pero por su aspecto, ese "remolino", como tan encantadoramente lo denomina el capitán, es la fuente del poder de Noctilus. Es un vórtice de magia al igual que lo es del océano.

El Magus Dorado se levantó de su asiento y se movió alrededor de la esa, siguiendo espirales de texto con el dedo antes de continuar.

- El señor del maelstrom es capaz de usar su poder para pasar de un lado del velo al otro, moviéndose entre los mundos por capricho - alzó la vista hacia Roth. - O al menos eso creía tu padre.

- Y quieres hacer algo al respecto, ¿verdad, Magus? - Dijo Aranessa. - ¿Tú qué sacas de esto?

- Todo lo que quiero es ver a Noctilus arder - interrumpió Roth, mirándola fríamente. - No me importa cómo. Creía que te había dejado esto claro cuando te entregué ese cofre lleno de zafiros.

Ella chasqueó la lengua con irritación, inclinándose sobre el mapa.

- Me parece que ese trato empeora cada día. No me habías dicho que tendría que navegar en el reino de los muertos, navegar en un paisaje de... ¿eso son volcanes? Y montones y montones de naufragios, y mira, hay un monstruo gigante pez vomitando cangrejos...

Se produjo otro silencio incómodo. El rostro de Roth estaba gris de la ira y la frustración.

Aranessa lo miró y su expresión se suavizó un poco. Ella se sentó pesadamente en su silla.

- Mira, Jaego, no me gusta más la Maldición de los Mares que a ti, y si matar a Noctilus es la manera de acabar con esto, entonces puedes contar conmigo. Me encantaría ver a esta espiral desaparecer del mundo. Manann sabe que veo lo suficiente de esa maldita cosa todas las noches. Pero no podemos simplemente lanzarnos allí sin un plan y esperar lo mejor.

- Ella tiene razón - dijo el Magus, al tiempo que ponía a bailar de nuevo su juguete - La magnitud de este fenómeno es tal que no se puede combatir, no verdaderamente, y ciertamente no con las armas del mundo material. Simplemente propongo que lo desequilibremos.

- ¿Que lo desequilibremos? - preguntó Aranessa. - No estoy segura de entenderte.

El Magus sonrió como una hiena.

- Observar.

El hechicero se inclinó y sopló suavemente sobre la bailarina que giraba. La exhalación lo hizo tambalearse, luego girar fuera de control, deslizándose sobre el mapa antes de que se detuviera sobre la representación del remolino dentado.

El Magus se recostó, complacido con su pequeña representación.

- Una bocanada de aire bien colocada provocaría que ese vórtice giratorio se detuviera. Creo que si vamos a perturbar el ímpetu del maelstrom con la aplicación correcta de fuerza mágica, se deshará y Noctilus perderá su poder. La maldición terminará y los océanos ya no estarán contaminados por su corrupción.

- ¿Estás seguro de eso? - preguntó Aranessa con dudosa.

- Pues claro - dijo el magus, extendiendo sus manos y sonriendo ampliamente. - Confía en mí, querida. He estudiado tales cosas por, hum, bastante tiempo. Digamos décadas.

- Y tú vas a ser el que detenga esta cosa, ¿verdad?'

- No exactamente - respondió el Magus. - Aunque creo que tengo algunos artefactos en mi poder que pueden ayudarnos en nuestra más noble misión. Tres grandes urnas que he coleccionado a lo largo de los años, cada una sellada por un hechicero mucho grande que yo. De hecho, el más grande que haya vivido jamás.

El Magus se pavoneó con sus ojos ribeteados de kohl abiertos para un efecto dramático, pero ni Roth ni Malasal mordieron el anzuelo.

- Preferiría que no me pidieras que mencionara su nombre - continuó el mago, rechazando la pregunta a pesar del hecho de que nadie la había hecho- Trae mala suerte hacerlo. Basta con decir que hace que Noctilus sería un mero aprendiz en comparación. Lo que reside dentro de estas urnas es de, digamos, una potencia majestuosa. Oh si. Y, sin embargo, me temo que el contenido de una sola urna no sería lo suficientemente poderoso como para inclinar la balanza.

Cogió de nuevo su bailarina de juguete y la colocó en el centro de la espiral dentada del pergamino. Giraba una y otra vez, ronroneando mientras lo hacía.

- De acuerdo con las notas de tu padre, Jaego, el torbellino no es solo poderoso: es poder en si mismo, una manifestación de energía mágica en bruto. Sin embargo, si el contenido de las tres urnas se liberara en su interior, podríamos desestabilizarlo para que se disuelva. Por supuesto, tendríamos que romperlos en el momento y lugar correcto. -Dirigió un dedo regordete hacia su bailarína giratoria. - Aquí mismo, de hecho.

Recogió su pequeño juguete mecánico al tiempo que detenía su mecanismo y lo besó delicadamente en la cabeza antes de guardarlo en los voluminosos pliegues de su túnica dorada.

- ¿Cómo sabes todo esto? - Preguntó Aranessa, sacudiendo la cabeza con perplejidad.

- No lo sé, querida. Es simplemente una simple conjetura mía, y soy bastante nuevo en esto. No obstante, a veces uno solo tiene que luchar con las herramientas que tenga disponibles, en este caso particular, mis urnas reales. Creo que Jaego me entiende, ya que es un hombre de acción. Lo cual es afortunado, porque será Jaego quien los vaya a liberar.

- ¿Él? - exclamó Aranessa mirando a Roth.

- ¿Yo? - exclamó Roth mirando al Magus.

- Por supuesto - dijo el hechicero. - Yo soy demasiado viejo y gordo para actos heroicos.

- Pero, ¿cómo llegaremos a esa puñetera cosa en primer lugar? - preguntó Aranessa.

El Magus miró expectante a Roth.

- Jaego, viejo amigo. ¿Serías tan amable de dilucidar tus propias teorías con tu amante impecablemente amanerada?

Roth levantó el complejo reloj lunar, mirando al Magus mientras sostenía sus resplandecientes aberturas y fajas hacia la luz.

- El último acto de mi padre fue preservar este mapa, este reloj lunar y este catalejo. Prácticamente todo lo demás que poseía quedó reducido a cenizas, artefactos de valor incalculable que se que eran muy preciados para él. Y, sin embargo, estos tres objetos, objetos que nunca había visto o de los que había oído hablar antes, fueron los que consideraba los más importantes que proteger.

Roth se frotó el ojo por un momento y se ajustó la lente antes de continuar.

- Creo que los protegí por mí. Los salvó para que si alguna vez encontraba su cadáver pudiera vengar su muerte. Esta cosa..- dijo mientras le ofrecía el complejo dispositivo a Aranessa - ...nos mostrará cómo y dónde entrar. Lo he estado estudiando durante la mayor parte de las últimas dos semanas. Las fases de las lunas, representadas aquí ... las diversas secciones coinciden, se superponen en ciertos momentos. Creo que si esperamos en la latitud y longitud correctas en el momento correcto, justo cuando Manrslieb queda completamente oculta por Morrslieb, entonces podemos navegar directamente a través del velo hacia el mundo que está más allá.

Aranessa parpadeó con fuerza.

- Continúa - dijo ella.

- Podríamos tener que superar esa tormenta que vimos para lograrlo, pero creo que fue así como mi padre cruzó la guarida de Noctilus hace tantos años. Al menos, eso es lo que dijo Cuencas Negras. La clave está en Morrslieb, su poder nos ayudará a cruzar. Eso es lo que hace esta cosa. Sigue las fases de la luna del Caos.

- ¡Bien hecho! - Dijo el Magus, aplaudiendo con sus manos llenas de anillos con un brillante repicar – Así es, Jaego, exacto. Estoy seguro de que juntos podemos deducir cómo usarlo. No tengo poca experiencia en

estos asuntos, como bien sabes, y lo que puede parecerse complejo es un juego de niños para un hombre tan inteligente como yo.

- El problema es... - dijo Aranessa lentamente. - El problema es que la Flota del Terror por poco nos derrota, y eso estando en nuestro territorio, no en el suyo. Por lo menos necesitamos reparar las naves.

Roth se dejó caer en su silla.

- Tristemente, ya hemos perdido demasiado tiempo en Tilea, y no creo que tengamos tiempo para reacondicionar barcos de este tamaño en Sartosa.

- Detesto ser quien lo diga, Jaego - dijo el Magus - pero incluso si tuviéramos tiempo de nuestro lado, no estoy del todo seguro de confiar en una guarida de ladrones calcinada para reparar tu nave, mucho menos la mía. - Cogió el reloj lunar de Roth y lo examinó, asintiendo con la cabeza sabiamente. - Además, si mis lecturas son correctas, que por supuesto lo son, entonces la conjunción adecuada se producirá en menos de ocho días. Haríamos bien en estar en su lugar.

El repicar de las campanas de un relevo resonó desde los corredores exteriores, convocando a los capitanes al puente.

- De acuerdo - dijo Roth – es hora de tomar decisiones. Según mis cálculos, tomará al menos media semana para pasar bajo las estrellas a medida que se muestran en esa cosa. Digo que nos dirigamos al sitio de la conjunción y pillemos a Noctilus en su guarida antes de que cruce el velo otra vez. Podemos estudiar este pequeño objeto a medida que avanzamos. Nessa, ¿continúas en esta empresa? Aranessa abrió los ojos de zafiro, exhalando un largo suspiro a través de sus labios fruncidos.

- De acuerdo, continuó. Vamos a hacerlo. Total, iba a terminar en ese sangriento cementerio tarde o temprano, así que por lo menos lo haré con estilo.

\*\*\*\*\*

El Heldenhammer navegó a través de los mares abiertos, con el Pez Espada y la Cimitarra Llameante tras él. Ya se había corrido la voz cuando los capitanes volvieron a sus puestos. Se produjo otro avistamiento, pero no era de ninguna vela o de una tormenta, sino humo.

Roth salió de su habitación y sacó su catalejo mientras subía las largas escaleras hacia la cubierta superior. Apenas a veinte kilómetros de distancia, se podía ver una columna de humo flotando en el horizonte. Se mezclaba con las nubes del amanecer bajo la luz del sol, descendiendo perezosamente hasta que los vientos la dispersaron hasta la nada.

- Ghow - gritó Roth, pero el isleño ya estaba al timón. Roth irrumpió a lo largo de la cubierta hacia su primer oficial.

- Ghow, no estamos cerca de ninguna masa de tierra, ¿verdad?

- Sí, señor, eso es un misterio, así es. Probablemente sea un barco de vapor. Pero incluso estos no generan semejante humareda.

- Puede que sea el Kraken Negro. - dijo Roth. - Debe de estar muy dañado para echar tanto humo. Esto sería una gran noticia para nosotros. Por otra parte, - dijo Roth, mirando hacia el este con una expresión pensativa - Barak Varr no está muy lejos. De acuerdo, Ghow. Todo a estribor a máxima velocidad.

La proa del Heldenhammer se abrió camino a través de una mancha de petróleo de casi dos kilómetros de ancho, la superficie del océano reflejaba la oscura luz del amanecer en una hipnótica exhibición de color. En el centelleante centro de la marea sobresalía una serie de formas metálicas gigantes. Las formas eran irreconocibles al principio, pero a medida que el Heldenhammer se acercaba vio que eran los restos de un buque de guerra blindado de tamaño colosal. Parecía como si hubiera sido destrozado más allá del

reconocimiento por las manos del mismo dios del mar. Aunque las últimas secciones del naufragio se hundían lentamente bajo el agua, las partes más altas del casco seguían ardiendo. Columnas de humo grasiento se elevaron desde la maquinaria que solo se vislumbraba en el interior.

A través de su catalejo, Roth vio grandes surcos donde los tentáculos metálicos habían apretado al asediado barco de vapor.

- Es un acorazado enano, o solía serlo, en cualquier caso. Procedente de Barak Varr, por el emblema. Apuesto a que fue víctima del Kraken.

- ¡Madre de perla! - murmuró Ghow, mirando hacia el acorazado destrozado y luego hacia la Cólera de Sigmar, que tenía varios desperfectos pero aún intacto en gran parte. - Entonces nos libramos de una buena.

- Desde luego - dijo Roth, frunciendo el ceño.

Hubo un grito distante, casi apenas audible. El primer oficial se volvió hacia Roth, desconcertado y con sus rasgos abigarrados.

- ¿Señor? - Dijo Ghow.

- Sí - dijo Roth. - Lo he oído. De echo, puedo verlos. Allí, cerca de las hélices. Supervivientes y son bastantes. Excelente. Si jugamos bien las cartas, Ghow, podríamos obtener su ayuda.

- ¿Cómo, capitán? Quiero decir... aunque sean enanos, solo son una docena. Tal vez sean menos. Incluso si todos se uniesen a nosotros...

- Piensa un poco, hombre. - gritó Roth lo suficientemente alto como para que el resto de la tripulación en el castillo de proa pudiera escuchar. - Barak Varr está a poco más de un día de distancia, y si pescamos a ese grupo, tendremos una forma de entrar. Ingenieros navales enanos, Ghow. Ya sabes lo que se dice sobre ellos. Son unos canallas sin sentido del humor, pero pueden construir barcos como nadie.

Roth bajó la voz para que solo Ghow pudiera escucharlo.

- Además no soportan deberle nada a nadie, especialmente a forasteros, y, según todos los indicios, su alcohol puede mantener a un hombre envalentonado incluso mientras navega hacia las fauces de la muerte. Con viento favorable, estaremos de vuelta para la lucha en poco tiempo.

Roth saltó al cabrestante con la agilidad de un hombre con la mitad de su edad.

- ¡Escuchad, muchachos! ¡Desplegad el Alaric y saquemos a esos amantes de la barba del agua lo más rápido que podamos! ¡Tendremos cerveza enana esta noche!

\*\*\*\*\*

Chorreando y echando maldiciones, el fornido capitán enano del destruido barco de vapor avanzó hacia Roth. Ghow Southman se escabulló corriendo, con los ojos muy abiertos, como si temiera que le clavaran un hacha en la espina dorsal en cualquier momento.

- ¡Oye! - Gritó el iracundo enano detrás de él, de cabellos rojos y aún más rubicundo de cara. Se estrujó su extensa barba en la cubierta, peinándola con los dedos para que quedara más o menos recta. - Tú, el del sombrero emplumado. Supongo que eres capitán de este ridículo armatoste ¿verdad?

Con un suave movimiento, Roth sacó su pistola de triple cañón, la ladeó y apuntó directamente a la ingle del enano.

- Lo soy, y a menos que quieras hacer tu próxima pregunta sea con una fina voz de soprano, te sugiero que te dirijas a mí con un poco más de respeto.

Los dos capitanes se miraron el uno al otro durante un tiempo incómodamente largo, mientras sus hombres se reunían tras de ellos. Después de un minuto, el brazo de Roth comenzó a cansarse de apuntar con la antigua pistola, pero prefería morir antes que mostrar debilidad, especialmente a un perro arrogante como ese.

Eventualmente, la expresión enfurecida del enano se calmó.

- Tienes razón, muchacho. Supongo que también te pediría algo de cortesía si te hubiera sacado a ti del mar.

El enano miró tristemente hacia el mar mientras el último de sus acorazados destrozados se hundía bajo las olas.

La ira ardía bajo las espesas cejas del enano.

- Fuimos atacados desprevenidamente desde el fondo - dijo. - No había mucho que pudiéramos hacer al respecto. Atacarnos sin dejarse ver es una táctica ruin y traicionera. Algo que esperarías de un maldito Grobi.

Maldijo y escupió por la borda con disgusto, lo que Roth pensó que era toda una hazaña dado que estaba a diez metros de distancia.

- Por el hacha sangrienta de Grimnir. - murmuró el enano amargamente. - No ha sido una buena noche.

- Te comprendo. Soy el capitán Jaego Roth. Este ridículo armatoste es El Heldenhammer. Bienvenido a bordo.

- Hum, no pareces un tipo religioso. A pesar de todos tus elegantes adornos, puedo oler que eres un pirata. No peleo contra piratas, muchacho, no me malinterpretes. Tu honor es asunto tuyo. Además, muchos de mi propio pueblo me consideran lo mismo. ¿Has oído hablar de Brokk el Rojo?

- Pues sí – mintió Roth. - Se encuentra en Barak Varr, ¿verdad?

- Eso soy yo, muchacho. Brokk Gunnarsson.

- Gunnarsson, cierto - dijo Roth, sin perder detalle. - Dicen que forjas maravillas. De hecho, he oído que te llamaban el Maestro de las Máquinas en Tilea.

Ghow puso los ojos en blancos, pero la cara de Roth era tan seria como la tumba.

Gunnarsson se enderezó un poco, hinchando su grueso pecho.

- ¿Maestro de las Máquinas, dices? ¿Oís eso, muchachos?

El enano se volvió hacia sus compañeros de tripulación, con los ojos fruncidos en una sonrisa. Algunos de los enanos empapados negaron con la cabeza, murmurando en khazalid, y uno trató de encender una pipa de cuello largo.

- Puede que sean maravillas para vosotros, los humanos - continuó Gunnarsson. - Pero no fueron lo suficientemente maravillosos. Acabo de perder tres buenas naves, sin mencionar la Forja, el primer acorazado en moverse en silencio como un ratón. Destruídos por ese perro traidor y sin honor al mando del Gulgraz Krannak, así asfixie con el humo.

Roth asintió sombríamente como si le entendiera completamente.

- Yo acabo de llevar a varios cientos de hombres a la muerte en un intento por hundir la Parca Sangrienta - dijo Roth. - El demonio al timón mató a mi familia, y pienso destruirlo o moriré en el intento.

- ¿En serio? ¿La Parca? - Dijo el enano desconcertado. Incluyó su cabeza ampliamente hirsuta hacia un lado, mirando a Roth de arriba abajo como si estuviera examinando una pieza de maquinaria.

Roth vio la abertura y navegó hacia ella a toda velocidad.

- Estamos en mal estado. Necesitamos reparaciones, pero no hay ningún puerto cercano que pueda lidiar con buques de guerra de este tamaño.

- Humanos – resopló el enano.

Roth lo tomó como una señal para continuar.

- Ese palacio flotante a babor es la Cimitarra Llameante. No la subestimes, es mucho más peligrosa de lo que parece. Ese a estribor es El Pez Espada, uno de los mejores de Sartosa, y con una diablesa al timón. Pero incluso con tres de los veleros más poderosos en alta mar, no pudimos abatir a nuestra presa. El señor de la flota enemiga, el conde Noctilus, tiene fantasmas y krakens a su disposición. Y luego está la propia Parca Sangrienta.

Las cejas del enano se alzaron ante la mención de los krakens y se rascó su amplia barbilla bajo su magnífica barba rojiza. Herramientas de metal y extraños dispositivos atados al espeso vello facial tintineaban y repiqueteaban bajo sus robustos guanteletes de malla.

- Krakens. Así es como vosotros los humanos conocéis al Krannak, ¿no es así?

- Mi khazalid no es muy bueno - dijo Roth. - ¿Te importaría explicármelo?

- ¿No sería más bien un gigantesco sumergible con aspecto similar al de un monstruo de las profundidades? ¿Con tentáculos de Gromril lo suficientemente fuertes como para aplastar a un acorazado? ¿y una distribución irregular del motor?

- Justo ese. Estaba arrancando trozos de la parte delantera de mi nave no hace menos de doce horas - Roth señaló la devastada madera de la proa - aunque parece que ahorró fuerzas para atacar la tuya.

Roth casualmente apuntó su pistola al mar, revisando las miradas mientras hablaba.

- Voy a volar la cosa en pedazos, tan pronto como hunda la Parca . Los perseguiré hasta su escondrijo si hace falta. Aunque después de las dos últimas batallas me siento como si estuviera caminando con los ojos vendados en una guarida de trolls.

- ¿Hacedlo pedazos? - Dijo el enano. - Tú concéntrate en el Parca, muchacho, ese es tu deber. Deja que yo me encargue del Krannak. Tengo mis propias deudas que cobrar. - dijo mientras alzaba lentamente la cabeza, con su amplio mentón sobresaliendo. - Supongo que eres el tipo de hombre que entendería eso".

El enano miró firmemente al capitán una vez más, sus ojos no se movieron de Roth durante otro largo minuto.

- Hace mucho tiempo – explicó finalmente Gunnarsson - trabajé en la misma forja que el miserable que está al timón del Krannak, un malnacido llamado Hackhart ¡Ojalá se ahogue en la inmundicia de sus propias mentiras! Se hacía llamar el maestro del sumergible. ¡Ja! Lo único que ha dominado es cómo hacer trampas, robar y vender su maldita alma por un pedazo de gloria. Te advierto, Roth, de que no pelea limpio.

El enano se frotó los remaches que le cosían el rostro con el pulgar, y las mejillas se le enrojecieron al igual que su magnífica barba.

- Esa cosa no funciona como un barco de vapor normal, Roth. Hay un poder oscuro en su interior. Habrá hecho algunas clase de pacto oscuro desde que él y su máquina fueron expulsados del Gremio de Ingenieros.

Voy a ser yo quien destruya esa maldita cosa, y también al grobi cobarde que la comanda. Hay un agravio que zanjar.

Gunnarsson frunció el ceño a Roth por un momento antes de compartir una breve conversación en khazalid con el grupo desaliñado de sus compañeros supervivientes, luego volvió su atención a Roth.

- Escucha bien, Capitán Jaego Roth del Heldenhammer. Tú y tus hombres haríais bien en llevarnos a Barak Varr. No te arrepentirás, tienes mi palabra sobre eso, fuerte como Gromril. No somos muy aficionados a la madera o las velas, son demasiado frágiles, pero arreglaremos vuestro atrapavientos herméticos en un día, y también estarán mejor blindados.

El enano sonrió, mostrando sus blanquecinos dientes en el bosque rojizo de su barba.

-Entonces volverás a la caza, muchacho.

Brokk el Rojo se quitó los pesados guanteletes de malla y desenroscó un largo tubo de licor grabado con runas de su vello facial trenzado. Vertió un poco del alcohol humeante en la palma de su mano, escupió y extendió una mano rechoncha y callosa en lo que Roth supuso que era un gesto de amistad.

- Y esta vez, humano - dijo el enano - iré contigo.



## **CAPÍTULO 11**

El Gran Océano

Geheimnisnacht, 2522

Había una galaxia de estrellas dispersas reflejadas en las aguas ecuatoriales alrededor de la flota pirata de Roth.

Pasando junto a ellos estaba el Trueno de Grimnir, el acorazado experimental de Brokk el Rojo. Se trataba de un barco de vapor gigante tan largo como el Pez Espada y el doble de ancho. En lo alto, un dirigible de guerra con proa plateada volaba en vagos círculos por el aire de la noche, listo para regresar a la pista de aterrizaje del Trueno a la primera señal de problemas.

Roth seguía contando sus bendiciones al ganarse al capitán enano para su causa. El maestro ingeniero había cumplido su promesa al llevarlos a Barak Varr y reparando sus naves, antes de aceptar seguir a Roth hacia la guarida de la Flota del Terror, creyendo a Roth de que encontraría al Kraken Negro al lado de Noctilus. Quizás era cierto lo que decían: que los enanos no tenían miedo a nada y que irían a los confines de la tierra en nombre de la venganza.

Los estudios del Magus Dorado sobre el reloj lunar confirmaron las coordenadas de Roth, lo que les condujo a un tramo sin nada destacable del Gran Océano. Las constelaciones encima de ellos eran exactamente como aparecían en la superficie del reloj lunar. Roth sabía en su corazón que estaban en el lugar correcto. Podía saborearlo en el aire, el cual tenía un leve regusto a descomposición, llevado por la brisa del mar. Una bandera de señales verde ondeó desde el trinquete de la Cimitarra Llameante. Todo seguía tranquilo, por el momento al menos. A medida que avanzaba la noche, las lunas que se alzaban en los cielos se acercaban cada vez más al eclipse total.

La medianoche se aproximaba cada vez más. Las ensoñaciones de Roth de las baterías de cañones enanos de carga automática y los cañones lanzallamas montados en torretas se interrumpieron abruptamente por una sonora advertencia procedente de un cuerno situado muy arriba. El dirigible de Brokk volaba constantemente hacia el Trueno, con una runa de color rojo rubí ardiendo debajo de su proa. El capitán no sabría diferenciar un símbolo enano de otro, pero los pelos de la nuca y los brazos se le pusieron de punta. La tensión crepitaba en el aire.

Efectivamente, Roth vio algo en el horizonte, una neblina vaporosa brillante atravesada por finas venas de rayos magenta. Se hizo cada vez más grande y más pronunciado, y los cielos que tenía encima se estaban llenando de amenazantes nubes negras. Roth miró hacia arriba, sosteniendo su sombrero en su cabeza. Morrslieb colgaba baja y enfermiza en el cielo, pero Mannslieb, la luna de la gente de mar, de no se veía por ningún lado.

- ¡Hey! - Gritó Dallard, situado en lo alto del chasis de un gran cañón y mirando hacia el mar. - Venir a ver esto, muchachos, y traed una red si tenéis un poco de hambre.

Una multitud de piratas rodeó rápidamente a Dallard y se asomaron por la borda. Roth se abrió paso a través de la masa maloliente y se asomó por encima para ver qué estaba causando aquella conmoción.

Una sensación de inquietud se deslizó en las entrañas del capitán tan pronto como miró hacia el agua. La superficie del océano estaba inundada de vida marina muerta. Todo, desde espadines hasta tiburones pasando por ballenas, flotaba panza arriba y ojos vidriosos en un cuadro truculento. Los cráneos humanos emergieron en la superficie, y el cuero cabelludo de Roth se erizó cuando se dio cuenta de que cada uno de ellos miraba en su dirección.

Lejos en el horizonte, la extraña tormenta eléctrica se volvió más feroz, cobrando impulso mientras avanzaba hacia ellos.

La pila de peces muertos comenzó a moverse. Lentamente al principio, pero luego a gran velocidad, se arremolinaban en un gran arco, dando vueltas una y otra vez por una corriente en espiral que emanaba de la tempestad que se aproximaba.

La bandera de señales que ondeaba en el trinquete de la Cimitarra Llameante se desprendió a causa de un viento repentino, de un rojo brillante como el de la sangre fresca.

- ¡Allá vamos, muchachos! - Bramó Roth, con cada nervio encendido de anticipación. - ¡Espabilad! ¡Venganza para Sartosa! ¡Venganza por lo de Las Vigilias!

Corrió hasta el castillo de proa y vio a Ghow en la borda.

- Señor Southman, sea amable de desplegar todas las velas de cada mástil. Vamos a entrar – gritó – Mantenga el rumbo. Burke, que los artilleros estén preparados y listos.

La tripulación del Heldenhammer se puso a cumplir las órdenes de Roth con entusiasmo. Lentamente, sin cesar, la gran nave del templo avanzó y viraron hacia la tormenta que se aproximaba. Detrás de él, el Pez Espada, el Trueno de Grimmir y la Cimitarra Llameante lo siguieron.

Al frente, los relámpagos del interior de la tormenta se hicieron más frecuentes, mezclándose con un despliegue pirotécnico de intensidad abrasadora. Roth sintió el sabor de la sangre en su boca. Las olas se estrellaban y estallaban, generando una lluvia helada que caía del cielo en ráfagas repentinas.

Sin desanimarse, los galeones avanzaron hacia la tempestad. El Heldenhammer se zarandeó y meneó, cada vez más acosado a cada minuto que pasaba hasta que Roth se vio obligado a aferrarse a la barandilla solo para mantenerse de pie. Olas de casquete blanco, de la altura del Reikstemple, se alzaba en la distancia, chocando contra ellas mientras los truenos retumbaban y resonaban sobre sus cabezas. Una risa profunda y cruel resonó en la tempestad.

La lluvia se intensificó. Lo que arrojaba desde el cielo ya no era agua, sino un fluido oscuro y grasiento que apestaba a podredumbre marina. Roth gritó a sus hombres que se aferraran, limpiándose el negro barro de sus ojos lo mejor que podían. Los buques de guerra de sus aliados no se veían por ninguna parte.

Con un crujido, parte de la jarcia se soltó a causa de la violencia de los vientos huracanados. Una cuerda densamente alquitranada azotó la cubierta y cogió a un marinero en cuclillas en el cuello, arrojándolo por la borda.

El Heldenhammer zozobraba cada vez que chocaba contra olas más altas que su mástil. Los gritos y alaridos aterrorizados de su tripulación fueron ahogadas por los truenos de la tormenta. Las ráfagas de huesos rotos caían como dagas, ensartando a docenas de marineros que se encontraban en la cubierta.

Las calaveras cubiertas de algas cayeron desde los nubarrones de jade, castañeteando y rechinando mientras rebotaban en el duro roble de la cubierta superior del Heldenhammer. Uno de los cráneos golpeó fuertemente en la nuca del viejo Ruger, dejándolo sin sentido cuando chocó contra el cabrestante. Otro golpeó a Roth en el hombro. Su mandíbula funcionaba mecánicamente mientras giraba en un charco de lodo negro al lado de su bota. Sus cuencas vacías miraron con burlón desafío hasta que Roth lo aplastó.

La luna del Caos se alzaba tan grande que casi llenaba el cielo. Y las olas alrededor del Heldenhammer se volvían cada vez más grandes.

El mundo entero de Roth era un remolino caótico de agua contaminada que hervía como la sangre de los demonios, cegándolo y tratando de bajar por su garganta. Podía distinguir a sus hombres esparcidos por la cubierta, como una alfombra de cuerpos aptos para adornar cualquier campo de batalla.

Apretando los dientes, Roth se aferró a la conciencia por pura fuerza mental, pero incluso él no podía aguantar para siempre.

Mientras la risa cruzaba los cielos y las bestias vivientes de relámpagos morados bailaban sobre la cubierta del Heldenhammer, el Capitán Roth se desmayó.

## CAPÍTULO 12

Roth se despertó a causa de gritos distantes.

El capitán se sentó muy erguido, con su buen ojo engominado con un residuo desconocido. Debajo de él, el buque de guerra apenas se movía. El crujido y el orzar de las velas estaban casi enmascarados por un extraño llanto que venía de la nada y de todas partes a la vez.

Roth tomó cautelosamente una bocanada de aire. El olor a pescado muerto, madera enmohecida y cadáveres podridos estaba por todas partes. Su nariz se arrugó con disgusto. El capitán desencajó la mano-hoz de la cubierta. Había una débil película rosada, vetada de estratos blancos, extendiéndose desde el brazo de su abrigo hasta los tabloneros de abajo. El extraño residuo se estaba reduciendo mientras Roth observaba, derritiéndose en la niebla húmeda de arriba.

Por toda la cubierta del barco, los hombres de Roth estaban recuperando la conciencia. Algunos protestaban o sacaban sus armas. La mayoría simplemente se puso de pie, demasiado aturcidos como para decir algo.

El cielo se enturbiaba de manera enfermiza y en la niebla se podían ver rostros gritando mientras se elevaba hacia arriba, pasando de plateado opaco un minuto a un verde bilis al siguiente. Un rugido de trueno se alejó en la distancia y los relámpagos magenta parpadearon y bailaron en el horizonte de popa a popa.

Roth sacudió la cabeza y clamó una orden para llamar la atención, convocando una multitud de hombres a su lado. Arrastró la sólida curva de su mano-hoz contra la superficie de un cañón cercano varias veces, generando un sonido áspero pero familiar que atraía a los hombres desde todos los rincones de la nave. La cubierta pronto se llenó con cientos de sucios marineros, cada uno de ellos desconcertado, asustado o enojado.

- Aquí estamos - gritó Roth, subiendo las escaleras hasta el castillo de proa para que sus hombres pudieran verlo. - Mirad a vuestro alrededor. Todo esto es obra de Noctilus. Estamos en la guarida de la bestia, muchachos. Lo logramos ".

- Sí, pero... ¿cómo volveremos? - Gritó Dallard, estirando sus brazos al máximo - Estamos en el Cementerio, de acuerdo. Hasta un ciego puede ver eso. Pero, ¿dónde están los otros? ¿Todavía están vivos? ¿Todavía estamos vivos?

- Sí, ¿dónde están los otros? - Repitió Will de las Olas, el siempre adulator de Dallard.

Roth se dirigió más arriba por las escaleras al costado de la cubierta donde estaban los cañones y miró hacia lo que tenía delante. Montones de huesos retorcidos sobresalían de la sucia agua azul grisácea, miles de esqueletos fusionados en picos dispersos que ascendían por toda la superficie, forzados a formar un grotesco arrecife de coral por alguna clase de alquimia de la otra vida.

Sin embargo, no había señal alguna del resto de buques.

- No lo sé - dijo Roth.

Se produjo una gran conmoción en las cubiertas cuando sus hombres arengaron, protestaron y gritaron.

- ¡Eres igual que tu padre! - gritó Oath, el segundo oficial.

- ¿Dónde está el viento? - Protestó Freier, el aparejador. - ¡Sin viento y sin barco de vapor, estamos atrapados! ¡Seremos presa fácil!

- ¿Y qué hay del Pez Espada, señor? - pregunto Ghow, con el miedo grabado en su rostro.

- Eso ¿dónde está el Pez Espada? - replicó Burke. - ¡No nos digas que somos los únicos que sobrevivimos!

Dallard se adelantó al frente de la multitud.

- ¡Maldito estúpido viejo! - gritó con el rostro contraído de ira. - ¡Nos has condenado a todos!

El pistolero subió las escaleras hacia el capitán. Los hombres gritaron en apoyo, avanzando con malicia en sus ojos. La mano de Dallard desapareció dentro de su abrigo, y Roth oyó el pequeño "clic" de una pistola de chispa.

Antes de que Dallard pudiera desenfundar su arma, Roth sacó su propia pistola y le disparó en la cara, rociando sangre y materia cerebral a los que estaban al pie de la escalera. Antes de que el cuerpo cayera, el capitán se abalanzó hacia adelante, lo atrapó con su hoz y lo arrojó con fuerza por la borda del barco. Se produjo un viento repentino y las velas sobre él se rasgaron con un sonido bajo. Roth miró imperiosamente a sus hombres, con el abrigo ondeando.

- Escuchadme todos – gritó. - Hemos llegado hasta aquí, y por los dientes de Manann que seguiremos en esto hasta el final. Venganza, ¿recordáis? Vinimos aquí para castigar a ese cabrón de Noctilus en nombre de nuestros amigos. De nuestras familias. Hemos superado multitud de obstáculos. ¿Preferís que nos matemos y termine así?

Señaló hacia el arrecife más cercano. El cuerpo sin cabeza de Dallard se había arrastrado fuera del agua y trepado a la protuberancia. Su carne se desprendió, y su cuerpo comenzó a fusionarse con los esqueletos que tachonaban sus lados. Sus manos se convirtieron en garras cuando el músculo se desprendió de ellos. A su lado, un centenar de brazos huesudos ondeaban y arañaban el cielo.

- Nah - dijo Will de las Olas hoscamente. - Nos basta con matarte a tí.

Roth le miró fijamente a los ojos con el ceño fruncido y después de un segundo el marinero con cara de comadreja apartó la mirada.

- Soy vuestra mejor esperanza para salir de aquí - siseó Roth. - Vuestro corazones os dice que es verdad. Necesitamos encontrar a los demás, hacer lo que vinimos a hacer, y lograr que el Magus trabaje su magia. Luego saquearemos los galeones más grandes que encontremos y regresaremos a mar abierto, más rico que Grasiensus. Esta travesía hará que lo de Zandri parezca una nimiedad. Ya veréis.

Al mencionar el botín, el estado de ánimo cambió. Se produjo conversaciones susurrantes entre la multitud. Las incursiones de Roth siempre tuvieron la reputación de ser peligrosas, pero extremadamente rentables, al menos para los que lograban sobrevivir.

La tensión fue repentinamente desgarrada por una serie de estallidos distantes. Una ráfaga de balas de cañón pasó zumbando por encima, una falta de Roth por menos de un metro. Comenzando de nuevo alarmado, Roth vio una familiar silueta con cresta de castillo flotando a través de la bruma al otro lado del cadáver: el arrecife de coral. Gruñó y señaló con el dedo la señal de tres dedos del tridente en su dirección.

- ¡Ja! - Exultó a Roth. - Así que ese bastardo viene personalmente. ¡Espabilad, muchachos!

Golpeó con su mano-hoz el cañón que tenía debajo, con el borde aún húmedo con la sangre de Dallard. Muy por encima, las campanas del Grand Templus retomaron el ritmo de la batalla.

- Preparaos, canallas. Ghow, lleva a tus hombres a las bodegas, límpiame el barro de los ojos y pide velas. El resto de vosotros, a vuestros puestos. Maestros artilleros, cien doblones al primero cuyo equipo alcance a esa cosa. Vamos a hundir a ese demonio y acabar con esto.

La multitud de piratas sobre las cubiertas se dispersó como ratas a la luz de las antorchas mientras se apresuraban a ganar la recompensa de Roth.

El capitán regresó al timón con una sonrisa sombría en su rostro.

A Noctilus le esperaba una sorpresa.

Inclinándose sobre el castillo de proa, Roth hizo una mueca, succionando aire entre sus dientes. La niebla se había espesado con una velocidad antinatural, una espesa niebla empalagosa con gas de los cadáveres que ocultaba los mortales promontorios del arrecife. Una decisión equivocada y la gran nave-templo se iría a pique a causa de los escollos, convirtiéndose en un blanco fácil para los cañones de la Parca. El capitán le rezó a Sigmar para que los que se encontraban en los puestos de vigilancia estuvieran sobrios.

El Heldenhammer levantó su gran volumen, evitando por poco una verga rocosa apiñada con los restos de los ahogados. En algún lugar al otro lado del arrecife estaba la Parca Sangrienta, una bestia depredadora esperando en la niebla. Roth se llevó su catalejo al ojo. La forma irregular del monstruoso buque apareció en el objetivo, se desvaneció y luego apareció más cerca que nunca. Marineros de huesos treparon desde criptas y nichos a través de su núcleo rocoso.

- A babor, ahora - vino un grito agudo desde el puesto superior del mástil. - a no más de dos grados.

El Heldenhammer cambió de rumbo, su casco raspó con fuerza contra un arrecife de hueso con un crujido nauseabundo.

- Seguid de frente - gritó el timonel. - ¡Ahora tres grados de estribor!

- Por el asqueroso culo de Manann, lo maneja como una ballena preñada. - murmuró Roth. - Esto no va a ser fácil.

- Cinco grados a babor - gritó desde arriba. - ¡Ya está! ¡Ahora enderezadla!

Otro estallido se produjo entre las brumas, y una andanada de balas de cañón destrozó un cadavérico coral, enviando un gran rocío de huesos y algas marinas hacia la cubierta de la nave-templo. Solo una bala de cañón consiguió impactar, estrellándose contra el Gran Templus y derribando una estatua desnarigada del Gran Teogonista Esmer de cabeza al mar.

Los marineros en la cubierta junto a Roth se estremecieron, agarrando talismanes y amuletos. Los arcabuceros se alinearon en las cubiertas, mirando atentamente a través de la niebla en busca de cualquier señal de la Parca.

Los ojos de Roth se abrieron de par en par y corrió hacia las escaleras. No había disparo claro contra el enemigo, pero con tantas armas a su disposición, no era necesario.

- Culebrinas de estribor, destruid el coral - gritó a las cubiertas de abajo. - Burke, que los grandes cañones se preparen para disparar a través de la brecha. Baterías de mortero, elevación máxima, carga completa. Sabemos que él está en el otro lado, la niebla maldita sea. ¡Hacedlo!

Tan pronto como Roth llegó a la cubierta, las culebrinas de la base del Gran Templus dispararon. Las balas de cañón perforaban el arrecife con cada chupinazo, reventando grandes trozos de roca y hueso progresivamente. Lentamente, impacto tras impacto, se formó una enorme abertura en el arrecife cubierto de huesos que estaba entre el Heldenhammer y la Parca.

- Burke, ¿qué estás esperando? ¡Que las baterías disparen!.

Las tablas bajo los pies de Roth se sacudieron cuando el flanco de estribor del Heldenhammer cañoneó el aire, puente tras puente de grandes cañones mecían el barco de guerra en el agua a causa de las ondas expansivas de enorme potencia. La primera batería terminó lo que la Parca había comenzado, reduciendo toda la protuberancia de hueso calcificado a polvo. La segunda y la tercera batería dispararon sus proyectiles directamente a través del espacio en el arrecife, precipitándose hacia la Parca que estaba al otro lado merodeando.

Uno de los muros del de la temida nave de guerra fue derruido, y la gran vela en su mesana cayó.

-¡Sí! - gritó Roth. - ¡Cómete esa, bestia!

El estallido de letales explosiones de mortero llevó a Roth a mover su catalejo sobre el casco de la nave-castillo. Efectivamente, nubes de humo blanco florecieron a lo largo de su pedregosa proa. Los cadáveres muertos vivientes se lanzaron en todas direcciones allí donde los proyectiles de mortero impactaran.

La Parca Sangrienta se alejó del Heldenhammer y sus armas mortales.

- ¡Así es, cabrón, escapa!

Roth fue de artillero a artillero, estrechando manos y dando palmadas en la espalda.

- Bien hecho, muchachos, buen disparo. Cada uno recibiréis el doble de Brandy. Segunda y tercera batería de estribor, dividid el oro con las cuadrillas de los morteros. No, cancelad esa orden... cien doblones a cada equipo.

Una gran ovación surgió de la tripulación sartosana, enterrando cualquier pensamientos de motines con la emoción de la batalla y el atractivo del oro.

El corazón de Roth cantó. Estaba varado en el reino de los condenados, pero no se había sentido así de vivo en años.

## CAPÍTULO 13

Roth se mantuvo firme al timón de su buque, con todos los nervios al máximo por la frustración. Habían pasado horas desde su duelo en la niebla, y la pista se enfriaba por minutos. Roth había ordenado completo silencio en la cubierta en caso de que un grito interrumpiera una orden vital de los puestos de los vigías. La tensión era alta y la euforia de la tripulación por lo de la Parca se había evaporado.

De vez en cuando, Ghow pedía una corrección de curso desde su punto de observación en el puesto de vigía. La fatiga en su voz era dolorosamente obvia.

A Roth le pareció que el arrecife formaba una especie de foso inverso que rodeaba el Cementerio de los Galeones, una barrera protectora que podía hundir a un buque incauto con más seguridad que cualquier cañón. Ningún arrecife natural se formó en un arco tan denso como este, ni en ningún mapa que Roth hubiera visto jamás. Todo tenía que haber sido creado por un ritual nigromántico. Sin duda, Noctilus estaría usando en estos momentos aquella misma magia extraña para reconstruir el flanco dañado de su galeón.

Roth miró hacia la Cólera de Sigmar. Su rostro era tan severo e impasible como siempre.

- La próxima vez, debemos presionar el ataque - dijo el capitán. - Preferiblemente cuando la ruta de escape de la Parca esté cortada por completo.

- ¡Vela a la vista! - grito una voz exultante encima de su cabeza - ¡Vela a la vista!

Roth salió de su ensoñación y fue corriendo hacia el punto más prominente de la proa. Sobre él, otros centinelas gritaban hasta que los cinco puestos galeón vociferando con júbilo.

- Decidme - les gritó Roth - ¿Qué vela?

- Es el Pez Espada, señor. - gritó Ghow desde el puesto de vigía sobre las baterías de mortero. - Justo delante. Está a sotavento a una especie de fortaleza.

Efectivamente, el Pez Espada estaba delante. Roth se echó a reír, lanzando su pistola de tres cañones al aire en celebración.

- Sabía que sobreviviría. Ella no se muere así como así.

La embarcación de Aranessa había encallado en una gran meseta insular, con todos los lados escarpados y rocas irregulares, y sus velas acanaladas estaban inclinadas hacia un acantilado rocoso teñido de negro. Sus lados empinados habían sido tallados con lascivos rostros de la muerte. Las murallas de una fortaleza almenada rodeaba su cima, construida con el mismo estilo que el castillo sylvano de la Parca Sangrienta. Una tosca escalera había sido excavada en el acantilado, ascendiendo por la improvisada litera del Pez Espada hasta lo que parecía una puerta del castillo. Más allá de las murallas sobresalía una ciudadela, con sus puntiagudos capiteles perforando el cielo.

A Roth, aquel lugar le resultaba inquietantemente familiar. La isla, las murallas y la ciudadela interior habían aparecido prominentemente en las pinturas al óleo que estaban en las paredes y los techos de la Inspiración. Roth siempre había pensado en ella como la ciudadela prohibida, cuando no una simple fantasía.

Y ahí estaba, tan real como los tablonos bajo sus pies.

- ¿Qué demonios está haciendo? - Preguntó Roth, con su alegría convirtiéndose en intranquilidad por la quietud de la escena. - Parece como si la moza estuviera a punto de desembarcar, independientemente del peligro.

Un grito inquietante atravesó el aire.



- ¡Maldición! No podemos quedarnos aquí. Por lo que sabemos, podría estar a merced de algún monstruo no muerto. Vamos a entrar, y preparad la Colera.

- ¡Pero capitán, aún no hemos salido del arrecife! - protestó Ghow, - ¡No podemos lanzarnos así, sin más, y esperar lo mejor!

- En realidad - sonrió Roth, - eso es exactamente lo que vamos a hacer. Estás tan ansioso como yo de ver a nuestro amigo Sigmar aquí presente entrar en acción. Ella está viva, puedo sentirlo, y vamos a sacarla de ahí, aunque solo sea para poder retorcerle el cuello a esa zorra personalmente.

Las grandes velas heráldicas del Heldenhammer se expandieron y la nave-templo cobró velocidad mientras viraba hacia la isla. Roth se encontraba en el punto más avanzado de su buque de guerra, con los dientes al descubierto y apoyándose sobre la barandilla como si aumentara la velocidad del galeón por pura fuerza de voluntad.

- Acercaos – gritó – Preparad el...

Un estruendo resonante cortó la orden de Roth mientras la artillería montada sobre las almenas de la ciudadela disparaba contra ellos. Tres balas de cañón atravesaron directamente el sol con la cara del león sobre el trinquete del Heldenhammer, desgarrando uno de los grifo marinos con cabeza de calavera que se alzaba detrás de él y se estrellaba contra los fachada del Gran Tempus en una lluvia de escombros. Los agujeros donde las balas de cañón habían perforado las velas ardían y humeaban cuando las llamas verdes comenzaron a ascender desde sus bordes. Roth maldijo con frustración mientras olía el aroma del fuego mágico.

- ¡Apagad eso inmediatamente! - gritó Roth. - ¡Echad lo que sea para apagarlo, aunque tengáis que usar la cerveza!.

En verdad, Roth no tenía paciencia para ponerse a la defensiva. El Heldenhammer avanzaba hacia la isla con un impulso imparable, apartando a un lado las protuberancias esqueléticas que arañaban débilmente el casco al pasar. La nave-templo era tan grande que el martillo del gigantesco mascarón llegó al nivel de las murallas de la fortaleza de la isla.

- ¡Ahora! - gritó el capitán, golpeando la borda. - ¡Liberad la Cólera!

La proa del buque de guerra se estremeció cuando su quilla trituró los corales cadavéricos en la base de la isla. A cada lado de Roth, el ruido de cadenas de dos metros de espesor llenaba el aire cuando se soltaban los cabrestantes de vapor que sostenían el gigantesco mascarón.

Con un chillido metálico, la enorme escultura de bronce de Sigmar se balanceó hacia abajo en su pivote, acelerando con un estallido vertiginoso de velocidad. Su martillo se estrelló contra la pared de la fortaleza con la fuerza de un meteoro, aplastando una sección entera de las murallas de la ciudadela y dejando un espacio lleno de escombros del tamaño de un casa.

Cientos de cadáveres hinchados salieron de la brecha como gusanos de una herida supurante. Agitándose y arañando, se arrojaron sobre la gran figura decorativa que yacía incrustada entre los escombros del muro del castillo. Los gimientes cadáveres que estaban debajo se agarraron a la estructura, trepando hacia ellos sobre el gigantesco Ghal Maraz de imitación.

- ¡Otra vez! - Gritó Roth, avisando urgentemente al castillo de proa. - ¡Alzarlo de nuevo y volver a soltarlo!

Guardando la espada de su padre detrás de él, el capitán giró sobre la balastrada hacia el pistón de vapor en la parte trasera de la estatua. Corrió hábilmente sobre él y saltó sobre la espalda de la efigie de bronce. El fuego del cañón resonaba desde la ciudadela sobre la cabeza de Roth, pero no le prestó atención. Corrió entre las enormes cadenas colocadas en los omóplatos de la estatua, chocando frontalmente contra los cadáveres hinchados que trepaban sobre su coronilla coronada.

Mientras gritaba como un toro a la carga, Roth desenvainó su espada catayana y arremetió violentamente, cortando extremidades con cada golpe. Una marea de carne muerta subió hacia él, usándose unos a otros para escalar. Negras manos le tiraban de la chaqueta y torsos distendidos rociaban bilis podrida en sus botas mientras cortaba y pateaba. Fueron contra él de manera implacable. El brazo de la espada de Roth comenzó a cansarse, y su pecho se llenó con el ácido del esfuerzo. Una de las criaturas le agarró las piernas mientras otra mordía su bota. Roth apuñaló al primero en la cabeza y lo apartó de un puntapié, sacando su pistola para reventarle la cara al segundo. El cuerpo sin cabeza de la criatura muerta se desplomó de un extremo a otro y estalló con un chasquido húmedo contra las rocas irregulares de abajo.

La estatua debajo de sus pies se sacudió y comenzó a alzarse hacia atrás. El ruido de los grandes cabrestantes en el castillo de proa llenó a Roth de pánico y esperanza a partes iguales. Avanzando sobre la gran melena de cabello de la estatua, pateó al último de los ahogados de su posición y clavó la punta de su mano-hoz en la parte superior de la cabeza del dios-guerrero, ascendiendo por la efigie hasta que por encima de la muralla almenada de la fortaleza. Cientos más de los ahogados se surgieron a través de la brecha, gimiendo y arañando con impotencia a Roth en su elevada posición. Asegurando su agarre, Roth apoyó los pies en la corona de la estatua.

- Eso es, escoria - dijo Roth. - Manteneos bien juntitos y apretados.

Con un crujido de protesta, el martillo gigantesco cayó con fuerza.

El hombro de Roth casi le fue arrancado cuando decenas de los ahogados fueron pulverizados por el gigantesco martillo de bronce, aunque apenas sintió el dolor, con su corazón latiendo fuertemente. La sangre fluía por sus venas mientras se retorció su mano-hoz libre de la cabeza de la estatua y se estabilizaba.

- Perdón por esto, Sigmar - dijo Roth, apoyado en la estatua mientras recargaba apresuradamente su pistola. - pero tú habrías hecho lo mismo.

Procedente de las almenas se oyó una severa maldición, y los ojos de Roth se agrandaron al ver los cuerpos que caían agitándose desde ellas hacia los acantilados de abajo. La silueta que resaltaba en los cielos verdes era una figura inequívocamente femenina, con sus trenzas azotando desde su cabeza mientras apuñalaba y golpeaba con un tridente afilado. Estaba cubierta de pies a cabeza con sangre carmesí, pero era imposible no reconocer a Aranessa Malasal. Nadie más podía maldecir de aquella manera.

El tridente apuñalaba y ensartaba, golpeando a los ahogados que se acercaron demasiado y lanzándolos sobre las almenas. Docenas más se abalanzaron sobre ella, y aunque por el momento parecía mantener la situación, Roth pudo ver que se estaba cansando rápidamente.

Roth sacó un largo rollo de fina cuerda catayana de su cinturón y quiso que sus dedos no temblaran mientras lo introducía a través del mecanismo de su hoz.

- Será mejor que esto funcione, Magus - se dijo, sacando una palanca de bronce de la parte de atrás de su mano-hoz y girándola lo más rápido posible.

Apuntando el artilugio hacia las paredes de la ciudadela, Roth presionó la palanca de liberación. Con un fuerte estallido, la hoz salió disparada de su alojamiento de bronce y navegó por el aire, arrastrando la cuerda consigo mientras se desprendía de la muñeca de Roth. La hoz se estrelló contra uno de los ahogados mientras avanzaba pesadamente hacia Aranessa, lanzándola al patio de abajo.

- ¡Sal de ahí, Nessa! - Gritó Roth, señalando frenéticamente a la cuerda que colgaba a unos pocos metros de ella.

Ella estaba demasiado ocupada luchando por su vida, defendiéndose de un par de ahogados usando ambos extremos de su tridente., mientras más de estas criaturas se acercaban a presionar.

Un tirador de la parte superior del Pez Espada alcanzó a una de las pálidas criaturas, lanzándola más allá de los muros justo cuando Aranessa atravesó del pecho de otra con su lanza marina a. Retrocediendo como

pudo, agarró la cuerda de Roth, colocó rápidamente la hoz por el otro extremo y la hizo girar alrededor de su cabeza. Docenas más de los ahogados se tambalearon hacia ella, con los brazos extendidos.

El corazón de Roth se sacudió violentamente cuando Aranessa se lanzó desde las murallas con un gran salto, lanzando la hoz como un gancho mientras lo hacía. Tratando de atraparla con sus manos muertas, decenas de ahogados se derramaron desde las almenas en sus ansias por hundir sus garras en su carne.

La mano-hoz navegó por el aire y atrapó el mástil del Pez Espada donde se encontró con la cofa. El rápido salto de Aranessa hacia las crueles rocas se convirtió rápidamente en un arco elegante cuando la cuerda se tensó. Dio la vuelta a la proa del Pez Espada en una parábola y se dejó caer en el momento perfecto, de modo que las sierras gemelas de sus piernas atravesaron la cubierta del castillo de proa con un golpe acartonado. Roth sacudió la cabeza con asombro. Aquel impacto le habría roto los dos tobillos. Escuchó el júbilo de agradecimiento de Aranessa por encima del chocar de las olas y lanzó un saludo exagerado en su dirección cuando la cabeza del Heldenhammer se apartó de la fisura.

La alegría de Roth se le atascó en la garganta cuando la estatua lo levantó aun más alto. La Parca Sangrienta se alzaba en el extremo opuesto de la isla, sorprendentemente cerca. Lejos, a babor, una gran cuchilla curva estaba atravesando las brumas. La galera de guerra nehekhariana con la que habían luchado en la batalla de las Vigilias estaba cortando la ruta de escape del Pez Espada.

- ¡Soltar amarras, arriad velas y larguémonos! - gritó Roth, saltando sobre el pistón de vapor detrás de la espalda de Sigmar mientras levantaba la estatua completamente en posición vertical.

En su corazón, sabía que una maniobra tan evasiva era casi imposible de realizar en estas condiciones. Había dejado al Heldenhammer encallado en sus prisas por rescatar a Aranessa. No había forma de que pudieran ganar mar abierto mientras estuvieran bajo fuego de la ciudadela, y ciertamente no con la Parca dispuesta abalanzarse sobre ellos. Roth los había condenado a todos a una muerte ignominiosa.

Con los ojos abiertos de par en par, el capitán se arrastró por los tejados de pizarra hasta las cañoneras más cercana del castillo de proa y se abrió paso a través de uno de las troneras. No fue una hazaña fácil sin una de sus manos, pero lo logró.

- ¿Cómo estáis, muchachos? - dijo Roth, luchando por superar la masa masiva del cañón. Los artilleros manchados de hollín parpadearon de sorpresa mientras subía las escaleras corriendo.

El capitán irrumpió en el castillo de proa detrás de la Cólera de Sigmar. Un grito de consternación se le escapó cuando la Parca sangrienta se posicionó fuera de alcance del Heldenhammer, con los cañones en posición.

Las distantes explosiones resonaron desde los corales de cadáveres cuando las armas de la Parca tronaron, alcanzando la proa de la nave templo. Una de las torres de combate almenadas fue volada en pedazos, lanzándose al mar en una confusión de ladrillos y cuerpos destrozados. Más balas de cañón alcanzaron las cubiertas inferiores bajo los pies de Roth, y generando violentas explosiones cuando los proyectiles hicieron estallar los barriles de pólvora. Los artilleros a los que Roth tuvo que evitar en su regreso a la nave de guerra probablemente hubieran muerto en la explosión, o habrían acabado en una situación lo suficientemente similar como para que no importara.

- ¡Morteros! - gritó Roth, con el rostro de un rojo lívido. - Elevación máxima hacia adelante y hacer que esa cosa pruebe el sabor de nuestro fuego.

A pesar de su ira, sabía que era inútil. Por más formidables que fueran, las baterías de mortero de Heldenhammer no podían contener a todo un galeón, especialmente a uno del tamaño del buque insignia de Noctilus. Otros pocos impactos como los de antes y serían aplastados.

Estaba claro, que la Parca Sangrienta los tenía entre sus garras

Roth corrió hacia la borda y contempló al Pez Espada. A lo largo de toda su longitud, hombres con largas varas intentaban empujar la nave de guerra lejos de los acantilados rocosos, pero no tenían más éxito que la tripulación de Roth.

La galera de Nehekhara se estaba acercando lentamente desde el otro lado de la isla, tan inexorable como la muerte. Los remos se alzaban y caían en perfecta armonía cuando cientos de esclavos esqueléticos hacían avanzar al nave a través de las olas. Con un estallido crepitante, un grueso rayo de luz cegadora surgió de la pirámide en el corazón de la galera de guerra y en la enorme joya contenida dentro de su popa curva. El rayo abrasador salió de la gigantesca piedra preciosa y atravesó la cubierta del Pez Espada con la intensidad del fuego de un dragón, convirtiendo a docenas de tripulantes en cenizas a su paso.

Roth solo podía distinguir a Aranessa arrodillada en la cubierta, con la cabeza inclinada y las manos juntas. Los cadáveres ennegrecidos de sus hombres yacían a su alrededor.

- ¿Qué demonios estás haciendo, mujer? - Gritó Roth. - ¡Muevete!

Justo cuando Roth pensó que la situación no podía empeorar, las aguas lejos del puerto aumentaron. Tres cuchillas titánicas brotaron de las olas, cada una lo suficientemente grande como para atravesar a la propia Morrslieb. Picadas y antiguas, las cuchillas avanzaron hacia arriba con atronadora lentitud. El agua caía en cascada de ellas mientras avanzaban hacia los cielos como las agujas de una antigua civilización que se elevaba desde las profundidades.

Estas ascendentes hojas marinas agitaron las mareas, y su repentina fuerza golpeó las cubiertas de la galera Nehekhariana y la Parca Sangrienta y las alejaron de la isla en el proceso. Roth observó con asombro cómo la Parca levantaba su proa con un chasquido de su vela mayor, aprovechando el impulso de la erupción de la marea y escapando a la niebla lejana a toda velocidad.

Momentos más tarde, las enormes olas se abatieron sobre el Heldenhammer y el Pez Espada.

- ¡Resistid, muchachos! - Gritó Roth. - ¡Por el amor de Sigmar, resistid!

Cientos de toneladas de agua se estrellaron contra ellos con una fuerza terrible. Tanto la nave-templo como el galeón pirata fueron expulsados de la isla, y decenas de hombres fueron arrastrados por la borda mientras un diluvio caía en cascada sobre la cubierta.

A medida que disminuía el poder de las olas, el capitán se asombró al darse cuenta de que todavía estaba vivo y que su nave de guerra aún estaba a flote. Mejor aún, tanto el Heldenhammer como el Pez Espada fueron liberados del agarre escarpado de la isla y el enemigo no estaba a la vista.

Roth no entendía completamente lo que acababa de suceder, pero tampoco le importaba. Estaban vivos, y eso era lo importante.

- ¡De pie, muchachos! - Gritó Roth mientras se levantaba. - ¡Deprisa! No desperdiciéis este golpe de suerte.

El capitán fue a golpear el cañón más cercano con el reverso de su mano-hoz antes de darse cuenta de que le faltaba. Y también su mejor sombrero, dicho sea de paso.

- Maldita sea - se rió Roth, sacudiendo la cabeza mientras el alivio inundaba su cuerpo. Tenía una creciente sensación de que la situación se le escapaba de las manos, aunque no lo admitiría mientras respirase. También se aseguraría de que Noctilus muriera primero.

- A toda vela, Ghow - dijo Roth, caminando confiadamente frente Will de las Olas como si gigantescos tridentes salieran de las aguas cada semana. - Billy, haz algo que valga la pena por una vez en tu vida y trae a los cirujanos. El resto de vosotros, volved a vuestros puestos.

Roth se volvió hacia su primer oficial y le lanzó una sonrisa torcida a través de la bulliciosa cubierta.

- ¿No me has oído? ¡Tenemos que ganar una guerra!

## **CAPÍTULO 14**

Al cabo de una hora, los vigías de Roth habían avistado la Cimitarra Llameante abriéndose paso a través de una cadena de islas volcánicas hacia el norte. Cuando el Heldenhammer cambió de rumbo para dirigirse hacia él, los vigías en los puestos superiores vieron que los penachos gemelos que habían creído provenir de una Cimitarra dañada en realidad provenían de los motores del Trueno de Grimnir. La noticia de que la nave de guerra enana navegaba junto a la barcaza de Magus fue un gran alivio. Pronto, la flota de Roth volvería a estar junta, maltrecha, pero desafiante.

La euforia del capitán al localizar el resto de su flota se vio atenuada por el hecho de que la Flota del Terror llevaba tiempo sin aparecer. Incluso en su propia guarida, Noctilus había tenido cuidado de ser precavido.

- No es de extrañar que haya sobrevivido durante décadas – se dijo Roth, mirando con pesar la Cólera de Sigmar. - Es tan escurridizo como una anguila engrasada. Está jugando a una partida muy larga. Intercambia unos cuantos cañonazos, desaparece, y regresa una vez que haya recuperado sus fuerzas.

- ¿Qué dices, capitán? - preguntó el viejo Ruger, con la cara arrugada llena de ansiedad.

- Nada, nada - dijo Roth. - Solo mantén la boca cerrada y los ojos abiertos. Queremos velocidad, no un casco agujereado. Ya hemos recibido demasiados daños.

Más adelante, el Trueno de Grimnir y la Cimitarra Llameante habían convergido. Los sonidos de la carpintería llegaron del barco de guerra de Magus y una bandera azul brillante de parlamento ondeaba desde el palo mayor de la barcaza de placer. El Pez espada estaba anclado, no muy lejos de un atolón formado por la caldera de algún volcán extinto.

Por encima de ellos, la aeronave enana comenzó a maniobrar lentamente hacia la pista de aterrizaje del Trueno, con el sonido de sus cadenas de carga sonando en la cúspide de la audición. Justo cuando Roth se dio la vuelta, una runa roja parpadeó en la proa de la aeronave.

- Bien, Ghow - dijo Roth. - Me parece que tenemos una reunión. Noctilus se ha retirado y necesitamos un plan de acción antes de que vuelva a aparecer. Una forma de acorralarlo para que no pueda escapar, eso es lo que necesitamos.

La respuesta de Ghow fue cortada por el sonido de un disparo de cañón distante. Roth se dio la vuelta y corrió hacia la borda. Una aguja de fuego cobró vida en las brumas que se avecinaban.

El capitán miró a su alrededor, pero todos sus aliados estaban cerca.

- Todo el mundo está aquí - dijo Roth. - Entonces, ¿quién está disparando?

- No sabría decirlo - dijo Ghow, encogiéndose de hombros mientras acariciaba el pie de gaviota que le atravesaba el lóbulo de su oreja. - Espero que quienquiera que sea les dé una paliza antes de que sean aplastados.

Otra fina llamarada de fuego iluminó las brumas en la distancia. Las sombras se movieron en la niebla y el estruendo de una andanada lejana hizo eco.

- El enemigo de mi enemigo es mi amigo - dijo Roth - Olvídate de la conversación, esta es una oportunidad demasiado buena para dejarla escapar. Ayudemos a nuestro nuevo compañero a enviar estos perros al fondo del mar.

- ¡Haced sonar las campanas! - Gritó Roth, saludando a los hombres en el Templus antes de volverse hacia su primer oficial. El ceño de Ghow hablaba por sí solo.

- Con cada hora que pasamos en este lugar, Ghow, Noctilus se fortalece y nosotros nos debilitamos. Cualquier posibilidad que se aparezca para poder enviar a la Parca al fondo del océano es una oportunidad que tengo la intención de aprovechar. Lo entiendes ¿no?

- Tiene razón, señor - dijo Ghow, aunque su tono de voz sugería que pensaba de manera bastante diferente.

Con las velas llenas, el Heldenhammer atravesó las olas entre el Trueno y el Pez Espada, con sus campanas sonando a través del agua. Roth casi podía distinguir a Aranessa haciendo gestos obscenos y gritando maldiciones en su dirección.

Lejos del puerto, la Cimitarra Llameante había comenzado a navegar detrás del Heldenhammer. Roth estaba seguro de que Aranessa los seguiría, a pesar de sus protestas. Había seguridad en los números, después de todo.

Solo un loco se adentraría en el Cementerio de los Galeones por su cuenta y riesgo.

Las nieblas disminuyeron cuando Roth y sus aliados avanzaron hacia los sonidos de la batalla. Efectivamente, había una embarcación extranjera en la distancia, con elegantes velas latinas de un azul vivo que contrastaban con el intenso carmesí del agua alrededor de las islas volcánicas. La elegante curva de la proa de marfil y las esbeltas torres de su cubierta eran inconfundibles para un marinero veterano como Roth.

Se volvió hacia su primer oficial, con un brillo en los ojos.

- Ghow, mira. Es una nave de guerra élfica. Da menos que un buque insignia de la marina de Ulthuan - dijo Roth, inclinándose sobre el borde de la proa. - Hacía quince años que no veía uno de estos.

La blanca nave se había refugiado en una de las grandes calderas que salpicaban aquella zona, con los barcos de la Flota del Terror rodeandola. A los ojos de Roth, parecía como si el capitán de la nave élfica utilizara la caldera como una muralla improvisada contra el enemigo, pero todavía era vulnerable a los disparos precisos.

Mientras Roth observaba, uno de los masteleros de la nave élfica fue destruido por una descarga de la Parca, llevándose consigo una de sus nueve velas triangulares. Detrás de la nave de Ulthuan, el leviatán skaven de las calas de ratas crujía con una energía funesta, listo para descargar una tormenta de rayos negros tan pronto como tuviera un disparo claro.

Justo cuando el leviatán se colocó en posición, un dragón de escamas marfileñas del tamaño de un bergantín salió de la niebla, lanzando una ardiente llamarada desde sus fauces. Incluso mientras el dragón se desplazaba, se retorció en el aire de modo que su aliento flamígero se concentraba en una de las esferas de bronce que sobresalían del flanco de la nave ballena.

Una explosión hizo eco a través de las aguas cuando la esfera detonó, causando una gran herida en el flanco del monstruo no muerto. Roth se aferró a la borda mientras un dragón del color de un atardecer otoñal descendía desde las nubes hacia la caldera. Lanzando una gran bola de fuego, hizo retroceder a la galera nehekhariana que intentaba abrirse paso a través de los huecos en la pared del atolón.

- Parece que el elfo necesita un poco de ayuda - rió Roth. - Apuesto a que no tardará mucho en sucumbir frente a Noctilus, incluso con la ayuda de sus mascotas. Necesitamos hacer sentir nuestra presencia, y tal vez atraer a parte de la Flota del Terror hacia nosotros.

- Todo a babor - ordenó Roth, caminando hacia las escaleras. - Todo a babor y preparad armas de estribor.

Lentamente al principio, pero aumentando progresivamente la velocidad, el Heldenhammer dio la vuelta en las aguas carmesíes, presentando su flanco a la Flota del Terror mientras las velas se recortaban artísticamente para aprovechar al máximo los fuertes vientos.

- Burke, fuego a discreción - gruñó Roth, con una satisfacción feroz en su voz.

La nave-templo tembló cuando decenas de grandes cañones escupieron columnas de llamas de su flanco. A ambos lados del Heldenhammer, el Pez Espada y la Cimitarra Llameante siguieron el ejemplo de Roth, agregando su poder de fuego a la descarga.

La amplia propagación de los disparos se estrelló contra la escarpada masa central de la Parca Sangrienta, haciendo que las rocas cubiertas de algas cayeran al mar y abrieran un panal de sepulcros y criptas. Los disparos del Pez Espada se estrellaron contra la galera nehekhariana, abollando las dorada hoja curvada que sobresalía de su proa y arrancó el brazo del mascarón con garras de escorpión que se alzaba sobre ella.

Cuando Roth hizo un balance de la situación a través de su catalejo, la Flota del Terror reaccionó ante su presencia, desistiendo en sus acosos de la nave elfa herida para evitar ser superado por el enemigo que se aproximaba. El Kraken Negro abandonó sus intentos de agarrar al buque de guerra elfo y se hundió burbujeando bajo las encarnadas aguas, mientras que el leviatán skaven y la galera de guerra de Nehekhara se alejaron.

La nave éfica hizo uso del indulto, y las ocho de sus restantes velas latinas giraron en perfecta armonía para capturar el viento. Se abrió paso a través de un hueco en la caldera hundida de una manera que Roth nunca podría haber esperado lograr, ni siquiera con la Guardia de la Noche. Según Roth, el espacio entre el casco de alabastro del buque de guerra y las rocas irregulares a ambos lados era apenas más ancho que el torso de un hombre.

- Esos elfos saben cómo manejar un buque de guerra - dijo Roth. - Dudo que incluso el Stiletto haya podido realizar esa pequeña maniobra, ¿eh, Ghow?

El primer oficial asintió con la cabeza tatuada.

- Sí, muy inteligente, señor. Debe ser unos genios para ser rodeados de esa manera.

Inclinándose, el capitán gritó sobre la balastrada a los artilleros que se apresuraban en las cubiertas de abajo.

- Morteros, fuego a discreción. Haced que nuestros nuevos amigos ganen algunos minutos.

Desde su posición ventajosa en el castillo de proa, Roth pudo ver que las aguas hervían en los cráteres que salpicaban el paisaje. Algo estaba causando la erupción de los volcanes submarinos que hacían implosionar el agua. Géiseres de fluido rojo estallaron hacia el aire, con algunos de ellos peligrosamente cerca de los buques de guerra aliados.

-¡Moved el culo, muchachos! - Gritó Roth, con un tono de amenaza en su voz.

Más adelante, las velas de la Cimitarra Llameante estuvieron a punto de rasgarse cuando un Genio de la Tormenta salió del minarete más grande e impulsó la barcaza de placer lejos de las hirvientes aguas con su aliento huracanado.

El avance de la nave se detuvo repentinamente cuando gruesos tentáculos mecánicos salieron de las aguas y se clavaron en su popa en un rocío de agua rojiza. Las extremidades de metal atravesaron la cubierta de la cimitarra, matando a docenas de guerreros vestidos de seda en el espacio de un latido del corazón. El Genio de la Tormenta que estaba sobre ellos explotó en una nube de vapor cuando el Kraken lo atacó con un tentáculo de púas. Dos miembros mecánicos más se enroscaron alrededor de los minaretes cuando la nave kraken salió del agua, casi volcando la barcaza de placer con todo su peso.

Los tentáculos aceitosos apretaron con fuerza las estructuras de la nave el Magus. Las maderas pintadas se astillaron y gimieron cuando los minaretes empezaron a ceder. Roth gritó, incapaz de hacer otra cosa que ver como su única esperanza de romper la maldición de Noctilus fue aplastada por la monstruosidad mecánica.



A medida que el abrazo del Kraken se estrechaba, varias de las urnas atadas a las paredes del minarete se rompieron, liberando un estallido de agua reluciente. Roth solo pudo distinguir la forma rechoncha del Magus Dorado que se tambalea a lo largo de la cubierta inferior hacia las olas mágicas. La delgada curva de la espada ardiente del hechicero dejó extraños sigilos colgando en el aire detrás de él.

Bruscamente, las aguas que se derramaban sobre la cubierta de la Cimitarra invirtieron su flujo, cayendo en cascada hacia arriba y cristalizándose en la forma de un gigantesco demonio marino que se alzaba sobre los minaretes. En esa ocasión no se trataba de una ninfa, sino una doncella guerrera de hielo endurecido. El espíritu acuático agarró los tentáculos de sus manos y, con la fuerza paciente de un glaciar, los alejó lentamente de los minaretes. Golpeando sus miembros, el Kraken comenzó a retirarse hacia el mar, obligado a alejarse de la cubierta de la Cimitarra por la masa congelada del espíritu marino.

Un destello de esperanza estalló en el pecho de Roth cuando el Kraken cambió de táctica, liberando los tentáculos restantes de la Cimitarra y envolviéndolos alrededor de la doncella glacial. Fragmentos de hielo destrozado cayeron desde los anchos hombros y brazos de la mujer guerrera, pero aún así continuó luchando. Con una sacudida repentina de su puño de iceberg, arrancó uno de los tentáculos del Kraken, sosteniendo el apéndice que se retorció en el aire como si fuera un trofeo.

Un grito antinatural hizo eco en las aguas, perforando la agitación de la batalla. Roth gritó mado, alzando la espada de su padre en alto.

La Cimitarra Llameante, libre ahora del abrazo metálico del Kraken, se lanzó hacia adelante como un rayo. El Kraken Negro se estrelló contra las aguas a su paso, todavía luchando contra el espíritu del Magus. Envuelta en ardiente espuma, la doncella glacial tenía pocas posibilidades contra el poder del sumergible. Se disolvió con un gemido bajo, convertida en pedazos, que luego se derritieron hasta no quedar nada en las hirvientes aguas.

Cuando la Cimitarra Llameante escapó de la nave sumergible, la nave de guerra élfica se alejó a toda velocidad del resto de la Flota del Terror. Las descargas de los buques aliados habían roto el acoso que sufría la esbelta nave de Ulthuan, pero todavía estaba en graves problemas.

A estribor, la galera nehekhariana daba la vuelta para interceptarlo, con los remos subiendo y bajando a una velocidad y precisión que ningún galera humana podría esperar igualar. Afilados proyectiles de hueso de dos metros y medio eran disparados desde los ojos de buey triangulares dispuestos en sus costados, impactando en la cubierta de la nave en fuga, mientras enormes catapultas de hueso, alineadas a lo largo de la cubierta de la nave pirámide, lanzando proyectiles llameantes contra el buque de guerra de Ulthuan, agujereando las velas y eliminando filas enteras de tripulantes elfos con tormentas de fuego encantadas. Roth bufó cuando la punta de la popa de la galera se volvió dolorosamente refulgente, con la gran joya que formaba su aguijón brillando crepitantemente de pura energía mágica.

La nave de guerra élfica dio vueltas en el agua una, dos y hasta tres veces en rápida sucesión, siguiendo una maniobra evasiva que dejó a Roth parpadeando con admiración. El barco- pirámide disparó un rayo de energía destructiva desde la popa hacia donde debería haber estado la nave de Ulthuan, pero lo único que consiguió fue un siseante surco en las aguas burbujeantes.

La galera de Nehekhara avanzaba a través de las olas hacia el Heldenhammer, mientras la Parca se preparaba para disparar contra los aliados que se aproximaban.

- ¡Fuego a discreción a estribor, canallas! - gritó Roth. - Los de Nehekhara han venido a por su oro. ¡Enseñarle a ese viejo chacal lo que sabéis hacer!

Avivados por la idea de perder su recompensa duramente ganada, los artilleros de Heldenhammer se pudieron en acción, girando sus cañones hacia la nave de guerra enemiga. Apenas a cien metros de ellos, el Trueno de Grimnir cambió de rumbo para que las baterías de sus armas apuntaran directamente a la galera de guerra que se aproximaba.

Los buques de guerra aliados dispararon al unísono, atrapando a la galera Nehekhariana en un fuego cruzado devastador, destrozando dos de las estatuas gigantes que se alzaban en sus flancos. Varias de las catapultas de su cubierta quedaron reducidas a huesos astillado cuando el cañón de carga automática del Trueno disparó una descarga tras otra en la cubierta.

Pero Brokk el Rojo aún no había terminado. La torreta montada sobre el acorazado giró, con su enorme cañón lanzallamas lanzando un penacho de llamas. Aquel infierno barrió la cubierta de la galera, reduciendo a los guerreros esqueléticos que estaban allí agrupados a nubes de ceniza ennegrecidas. De las cubiertas de la galera salió un humo negro asqueroso.

La nave de guerra de los elfos atravesó las aguas hirvientes a una velocidad increíble, con oleadas de espuma rojiza alzándose a su paso. Detrás, los dragones se turnaban para asaltar a los tripulantes del leviatán skaven y la Parca Sangrienta. Tan intrépidos como elegantes, los grandes dragones se abalanzaron sobre los barcos de guerra enemigos, escupiendo fuego de sus fauces.

El dragón de color marfil se abalanzó sobre la Parca, y cuando estuvo lo suficientemente cerca, un tornado de color carmesí surgió de las almenas del barco vampiro. Roth observó con horror cómo miles de alados peces carnívoros envolvían a la majestuosa bestia en una nube giratoria. Lo estaban devorando vivo, aferrándose a él y arrancando trozos de carne escamosa a una velocidad frenética.

El dragón aulló, con sus huesos expuestos al aire húmedo. Cayó precipitadamente desde los cielos, estrellándose sobre las rocas de la distante caldera en un halo de sangre oscura.

La elegante nave de guerra blanca superó al Heldenhammer en un arco elegante, interponiendo la nave del templo entre él y la Parca Sangrienta. A su popa, los cañones de la nave vampírica rugieron, pero solo una única bala de cañón atravesó el sólido roble del casco del Heldenhammer.

- ¿Eso es lo mejor que puedes hacer? - Canturreó Roth, alzando dos dedos hacia arriba formando el signo del cometa de dos colas.

A la Parca le tomaría un tiempo recargar, y mientras tanto, los aliados tenían la ardiente galera Zandriana a su merced. Roth se apresuró hacia la borda de babor. El Trueno estaba persiguiendo a la abatida nave de guerra Nehekhariana que cojeaba, con su cañón lanzallamas lanzando boicanadas.

-¡Tras él! - gritó Roth. - Hay que destruirlo. Todo a estribor y a toda vela. Quiero acabar con él de una vez por todas .

Aranessa evidentemente tuvo la misma idea. El Pez Espada había alterado su curso para cortar la huida del buque Zandriano. Los cañones del galeón pirata dispararon en cuanto llegó. Más de la mitad de la andanada oblicua impactó contra el lejano leviatán Skavens, lanzando toda una cubierta de crepitantes cañones de energía al mar, y obligando a la repugnante criatura a retirarse detrás de la caldera. Carente de apoyo, la galera de Nehekhara no tuvo más remedio que seguir trastabillando hacia la cadena de islas.

Roth se rió con malicia.

- A toda velocidad, Ghow. Parece que Aranessa también está a la caza. Usaremos la táctica de La lanza de Manann, con Aranessa como la punta de babor y nosotros la de estribor. Pronto hundiremos a ese bastardo.

- Sí, señor, creo que podríamos hacerlo - dijo Ghow, cabeceando hacia babor - Parece que tu compañero de orejas puntiagudas también decidió unirse a nosotros, ahora la batalla está casi ganada.

Roth estaba de tan buen humor que aceptó el comentario de Ghow. Ciertamente, el viento estaba con ellos, aunque no sabía si esto era debido a algún teje maneje del Magus Dorado o solo a la buena fortuna. Sea como fuese, era algo que apenas le importaba. Finalmente, uno de los miembros de la Flota del Terror fue separado de sus compañeros, y con Noctilus y sus amigos atrapados, pudieron asestar un golpe decisivo a la flota de la Parca.

El Pez Espada se abrió paso a babor, acompañado por la Cimitarra Llameante, mientras Roth llegó desde estribor. Se estaban aproximando a la galera en llamas, ya que trastabillaba en una extensión de islas dispersas.

Roth extendió su catalejo y lo dirigió hacia la cubierta humeante de la nave de guerra Nehekhariana. A través de las lentes, Roth pudo ver una figura alta y majestuosa de pie junto a la embarcación en llamas, con sus esqueléticos tripulantes yendo de un lado a otro a sus espaldas.

La figura estaba vestida con los ropajes de un antiguo monarca, aunque sus rasgos eran los de un cadáver. Su mandíbula se movía en una pobre imitación de lenguaje mientras señalaba al cielo con una mano, y la otra arrojaba arena brillante sobre el costado de la nave de guerra. Las finas partículas dejaban un rastro de luz al espolvorear las olas del mar.

Roth frunció el ceño.

- No me gusta lo que veo - dijo en voz baja. - Podríamos tener que lidiar con algo de magia, Ghow.

Le llegó un agudo grito desde arriba.

- ¡A babor! ¡Todo a babor, capitán, o quedaremos encallados!

- ¡Timonel! ¡A babor! ¡De la vuelta! - gritó Roth, mirando las cofas de los centinelas mientras el Heldenhammer cambiaba su curso.

- Será mejor que esto sea bueno. - gritó con las manos ahuecadas.

- Están surgiendo rocas por todas partes - fue la única respuesta.

- ¿Qué? - Gritó Roth, abriéndose paso entre sus hombres hacia la proa de la nave – En el nombre de Sigmar ¿De qué estás hablando?

Efectivamente, los islotes dispersos a lo largo de este tramo de agua se convirtieron en picos brillantes a causa de un limo rojizo. Varios colmilludos arrecifes rasgaron la superficie del agua mientras Roth observaba alarmado. La quilla del Heldenhammer tembló y el capitán se vio obligado a agarrarse a la balastrada para no caerse a las aguas rojizas.

Le llegó con una sacudida. No era que los picos se elevaban, sino que en realidad eran las aguas las que retrocedían, drenándose a una velocidad alarmante para exponer los mortales dientes de roca que ocultaban.

- ¡Arriad velas! ¡Tenemos que detenernos! - gritó Roth, con el rostro pálido a causa de la alarma y la frustración.

- Pero señor, ¿y la persecución? - dijo Ghow. - Si nos demoramos ahora, perderemos una gran oportunidad. Estamos a punto de hundirlos.

- ¡Haz lo que ordeno, Ghow! - Gritó Roth. - Hazlo o volveremos a quedarnos encallados. Maldita sea, quiere que le persigamos para hacernos caer en una trampa.

Inclinándose torpemente a un lado, luego al otro, el Heldenhammer se detuvo, con su casco raspando con fuerza sobre los picos rocosos de debajo. A babor, el Pez Espada disparó una andanada hacia la galera de guerra en retirada, pero la mayoría de las balas se estrellaron contra los promontorios que sobresalían al aire por todas partes.

Donde antes había una gran extensión marina ahora era una red montañosa de picos y valles, con apenas agua de mar corriendo entre ellos para mantener a flote los buques de guerra aliados. Habría significado un desastre asegurado para un galeón de gran calado como el Heldenhammer el continuar la persecución bajo estas condiciones.

Roth lanzó una colección de diatribas mientras golpeaba su puño contra la balaustrada.

- ¡Maldito seas hasta el fin de los tiempos, bastardo cadavérico! ¡Te juro que esta me la pagas!

Después de que la tempestad de coloridas injurias hubiera pasado, Ghow finalmente reunió el coraje suficiente para acercarse a Roth.

- ¿Sus órdenes, señor?"

- Al infierno con todo, Ghow, estamos aquí atascados como idiotas. Atrapados hasta que regresen las mareas... Enarbola la bandera de parlamento, ya que vamos estar aquí un buen rato aprovechemos la espera. Trae a los demás aquí, amarrá a sus auxiliares y reúne a los capitanes en el Santuario del Templo.

Ghow alzo una ceja fuertemente perforada.

- Sí, incluido el elfo - dijo Roth. - Esto está lejos de terminar. Por la sangre de mi familia, esto no ha terminado todavía aún no ha acabado.

## CAPÍTULO 15

El vaho del incienso sigmarita aún permanecía en el santuario interior del Gran Templus del Heldenhammer. Roth se sentó erguido en el trono de mando del Teogonista, el más grande de doce asientos de madera con respaldo alto dispuestos alrededor de una mesa larga hecha de jade pulido. En la cúpula abovedada en lo alto, encima de él, se encontraban los restos rotos de doce vidrieras, todas ellas una de las cuales había sido destrozada por la furia de la batalla. Trozos irregulares crujían bajo los pies y fragmentos de inestimable iconografía yacían esparcidos por la mesa y el suelo. Solo quedaba una ventana intacta: un vitral que representaba la victoria de Sigmar sobre el Gran Nigromante.

Descansando en el asiento a la izquierda de Roth estaba Aranessa Malasal, más pálida que nunca a la luz de las velas del santuario. Una tira de tela ennegrecida por el hollín se enrollaba con fuerza alrededor de su cuello. Había besado a Roth apasionadamente cuando había subido a bordo, pero apenas le había dicho una palabra desde entonces. Su comportamiento contradictorio no había hecho nada para mejorar el mal humor de Roth.

Por el contrario, el Magus Dorado estaba prácticamente saltando en su asiento.

- Créeme Jaego, no hay nada como mirar al borde de la muerte para que un hombre se sienta realmente vivo, ¿verdad? El más dorado de los Magos estaba a unos segundos de caer. Pero, por supuesto, un viejo perro como tú habría considerado algo tan trivial. Ah, noble aventura. El sabor de la victoria. ¿Puedes probarlo, mis valientes escultores de la fortuna? Se acerca un cambio en los mares. Seguramente estamos a pocas horas de la inmortalidad... Figurativamente hablando, por supuesto.

Aranessa frunció el ceño y abrió la boca para hacer un comentario espinoso, pero fue interrumpida por la gruesa puerta de roble del santuario cuando fue abierta de golpe, causando una vibración que se sintieron en las estanterías vacías alineadas alrededor de las paredes.

Un elfo sorprendentemente alto y delgado estaba parado en el arco abovedado. Su melena de pelo rojo plateado brillaba a la luz de las velas, y los fuegos bailaban en sus ojos negros.

Ghow Southman observaba detrás de los estilizados hombros del elfo con una mueca de disculpa. Su cara perforada contrastaba con los rasgos finos del recién llegado.

El elfo contempló sin parpadear el santuario cubierto de vidrio. Su incómoda e intensa mirada cayó sobre cada uno de los capitanes piratas a su vez. Brokk el Rojo se enojó bajo el escrutinio del comandante de Ulthuan. Se había negado a tomar un asiento cuando escuchó que un elfo venía a bordo, murmurando que prefería estar de pie en caso de una traición de elfos.

- Bien hallado, dadas las circunstancias. - dijo el elfo, levantando la barbilla. - Un breve respiro en el que compartir consejo. ¿A quién pertenece este notable buque?

Roth se puso de pie y se inclinó, lanzando al extraño recién llegado una mirada inquebrantable.

- Encantado. Pertenece al gran teogonista Volkmar - dijo Roth, indicándole a Ghow que se fuera - pero yo estoy al mando. Vamos, pues, a prescindir de las formalidades. Esto no es la Corte del Fénix.

- No, la verdad- dijo el elfo, con una leve burla en sus finos labios. Se deslizó con fluidez hacia el asiento que estaba más alejado del enano e inclinó la cabeza hacia Roth. Al capitán le recordó a un águila que esperaba el momento adecuado para abalanzarse con sus garras sobre su presa desprevenida.

- Continúe, por favor - dijo en su voz musical. - Algunas introducciones están en orden, creo".

- Soy el capitán Jaego Roth - respondió el capitán. - Este es el Magus Dorado, un viejo amigo mío de El Khabbath. La capitana a mi izquierda es Aranessa Malasal, conocida por los hombres como la Reina de las Mareas, y el hosco caballero que se encuentra frente a usted es Brokk Gunnarsson, un maestro ingeniero de Barak Varr.

- Una reunión bastante interesante. - suspiró el elfo. - Les conozco a todos por su reputación, salvo el enano, por supuesto. Mi señora - dijo el elfo, inclinándose hacia Aranessa. - Es un honor. Tu padre ha sido favorable conmigo a lo largo de los años.

Roth y el Magus Dorado compartieron una breve mirada mientras el elfo continuaba su introducción.

- Soy el Príncipe Yrellian, primogénito del Rey Fénix Finubar. Siendo honestos, mis orígenes carecen de importancia aquí en el Uluthain. Por lo tanto, respetaré los deseos del buen capitán y me uniré a su causa.

- Me vale. - refunfuñó el enano, con los ojos entrecerrados. - Siempre hay que estar preparados en lo que concierne a los elfos.

- Parece que compartimos una causa común - continuó el elfo, ignorando la fina amenaza del maestro ingeniero. - Acabar con el mal que ha reclamado a nuestros familiares perdidos.

- Estoy aquí para cortarle la cabeza a Noctilus después de que le arranque el corazón – exclamó Roth. - Pero sí, supongo que equivalen a lo mismo.

- No del todo, Jaego, no del todo. - intervino el Magus Dorado, agitando un dedo enrojecido. El elfo miró al hechicero por un largo momento antes de continuar.

- Es el destino de mi pueblo sacrificarse por el bien del mundo. Aenarion y Caledor nos enseñaron esto. Pero el martirio se desperdicia sin consecuencias. - El elfo agachó la cabeza una vez más. - Así que les estoy agradecido a todo ustedes. Me temo que sin su oportuna intervención, todo habría se habría perdido.

Aranessa cerró los ojos con fuerza, frotándose el puente de la nariz con el pulgar y el índice.

- Mira, claramente sabes como moverte en un buque de guerra, - dijo, - y francamente necesitamos toda la ayuda que podamos obtener. Tú también estás vivo, lo que es algo positivo en este lugar. Pero no nos vas a impresionar con bonitas palabras y cabello sospechosamente immaculado. Estamos aquí para matar.

Ella lo apuñaló con un dedo largo como un cuchillo.

- Solo dinos la verdad. Si estuvieras aquí con la armada del viejo Finubar, habría muchos más orejas puntiagudas, ¿no?

Brokk el Rojo rió y se inclinó hacia Roth.

- Ahora veo por qué te gusta, Jaego. - susurró en voz alta.

El elfo miró atónito a la interjección de Aranessa. Las emociones fluían a través de sus finos rasgos como las nubes a través del sol: primero la indignación, luego el dolor amargo, y luego una culpa tan profunda que era difícil de contemplar. Respiró hondo y agachó la cabeza.

- Como supones, estoy aquí sin el consentimiento del Rey Fénix. En realidad, he estado ausente de su corte por más de una docena de lunas.

- Entonces, ¿qué estás haciendo aquí? - Preguntó Aranessa. - ¿Pretendías acabar con Noctilus y sus títeres con solo un barco de guerra y un par de lagartijas gigantes? ¿Es que sabes a lo qué te enfrentas? "

- Es una cuestión de honor. Debo redimirme.

Ante esto, la cabeza de Brokk el Rojo se alzó lentamente. Guardando el aceites burel que estaba usando para urgarse sus dientes, se acercó a una silla. Sus ojos nunca dejaron al elfo cuando se unió a los capitanes en la mesa.

- El alma de mi hermano está aquí, en alguna parte. - continuó el príncipe elfo, con su rostro formando una máscara de dolor. - Está atrapada en este reino sombrío. Bel-Alhor el Dorado, la juventud y la esperanza encarnadas. Arrebatado por un Sierpe de Sangre hace unas catorce lunas.

Se produjo un silencio respetuoso. El elfo cerró sus ojos almendrados.

- Fue culpa mía. - susurró.

La confesión quedó en el aire. Las velas de sebo sobre la mesa parpadearon y chisporrotearon. El enano miró fijamente al elfo, con una expresión extraña en su cara llena de remaches.

Tras componerse, Yrellian continuó su relato, con los ojos aún cerrados.

- Tenía la esperanza de encontrarlo aquí. Pensé que podía sacarlo de las garras del vampiro y, al traerlo de vuelta a Ulthuan, obtener perdón. Comandé el Dragón Marino, joya de mi flota, y conmigo volaban mis hermanos dragones Symiel y Aragnir. ¿Cómo podría fallar? - Dijo con amargura.

Su voz se endureció en un monótono resuelto.

- Ahora me doy cuenta de lo imposible de mi tarea. Este lugar ha reclamado mil veces mil espíritus, almas perdidas que se han convertido en poco más que niebla. Ahora el poderoso Symiel yace muerto sobre las rocas, otro de mis hermanos muertos a causa de mi orgullo.

El elfo abrió los ojos.

- He aprendido mi lección, aunque el precio ha sido muy elevado. Ahora busco un objetivo diferente: acabar con la maldición del propio Uluthain.

- Habla claro, elfo - dijo Gunnarsson con brusquedad. - Como te dijo la doncella del mar.

- Soy menos que eso, Brokk - dijo Aranessa, con una navaja entre sus dedos. - Soy tan mortal como tú.

- Se refiere al Cementerio de los Galeones - dijo Roth, haciendo un gesto a Aranessa para que guardara la hoja. - Los elfos lo llaman el Uluthain. Continúa, amigo Yrellian.

- Este reino en el que nos hemos aventurado - continuó el príncipe elfo, - no es del plano mortal. Más bien, existe en el umbral del Caos puro. Está tan saturado de magia que todos los mares del mundo están en su poder. El que lo controla tiene a su disposición un depósito de energía casi ilimitado.

El elfo se detuvo por un segundo, dejando que la gravedad de su declaración se asentara antes de continuar.

- Usando los antiguos rituales del Gran Nigromante, al que llamáis Noctilus ha trasladado su castillo a este lugar, lejos de las luchas de poder de sus hermanos vampíricos. Ha forjado una visión de la no muerte que rivalizar con la del propio Nagash. Como el señor de este reino, puede ir de aquí a los océanos de nuestro mundo y viceversa.

- Pero, ¿cómo lo matamos? - preguntó Roth.

- No se le puede matar de verdad, al menos en el reino mortal. Todos los que mueren en el mar son arrastrados al Uluthain para resucitar como muertos vivientes. Si la criatura que una vez fue Nyklaus von Carstein muriera, sería atraído de vuelta aquí y se le daría vida una vez más por la magia de este lugar".

- Entonces, ¿qué debemos hacer? - dijo Roth. - Cada vez que lo tengo bajo mis armas simplemente se escabulle.

El elfo abrió sus manos con la palma hacia arriba, como si revelara un raro pétalo de la verdad.

- Debemos acabar con la maldición que azota estas aguas y se derrama en los océanos que amamos. Solo eso evitará su renacimiento. Debe ser expulsado de su castillo, pues un tirano solo arriesgará su trono cuando alguien trata de arrebatarlo. Si fuera asesinado dentro de este reino con la maldición anulada, entonces Nyklaus encontraría con su muerte definitiva.

El Magus Dorado se inclinó hacia adelante, con sus oscuros ojos mirando por encima de una aguja de dedos anillados.

- Las urnas, Jaego.

- Sí, sí – exclamó Roth, distraídamente. - Traerlas aquí de inmediato.

El hechicero volvió a sentarse en su trono.

- Ya esta hecho.'

- Entonces, esta maldición - dijo Aranessa. - Es el maelstrom, ¿verdad? ¿La espiral? '

- Sí - dijo el elfo, asintiendo lentamente. - Esa es la mácula.

- Atrae a los muertos.

- Lo hace, al igual que su contraparte al oeste de Catai atrae a la vida".

El Magus asintió a sabiendas como este último comentario, pero por una vez se mantuvo en silencio.

- Está bien. - dijo Aranessa. - Eso coincide con muchas cosas, al menos para mí. Te creo, príncipe Yrellian. Recuérdame, Magus, ¿cómo se supone que vamos a matar esta cosa otra vez?

La atención del elfo se dirigió repentina y completamente hacia el hechicero, quien palideció visiblemente.

- Bueno, no tengo poca habilidad en las artes místicas. - dijo el Magus. - Es decir, he puesto a mis servicios poderes que tienen la capacidad de interrumpir, cuando no destruir, el Maelstrom. - Sonrió nerviosamente antes de continuar. - Aunque mis estudios indican que una alteración crítica sería suficiente, ya que, como nos enseñó Al Razhed, un vórtice al que se le niega su impulso circular se disipará a causa la fuerza de sus propias energías".

Ignorando las expresiones en las caras de sus compañeros, el Magus continuó.

- Hace mucho tiempo que adquirí los medios para efectuar tal cambio, y me he tomado la libertad de transferir los artefactos en cuestión a la cubierta exterior. Protegidos, por supuesto.

Las cejas de Yrellian se habían alzado tanto que estaban a punto de fusionarse con su impecable cabellera.

- Supongo de que deben contener un gran hechizo de algún tipo.

- Ajá - dijo el Magus. - Pides las claves de mi secreto más importante, aunque tu conjetura no está muy lejos de la verdad. La solución que tengo en mente es de naturaleza elemental, no simplemente caótica. Muy elemental, de hecho. Seguramente habrás visto cómo despaché el Kraken antes de que nos viéramos obligados a entrar en nuestro pequeño punto muerto.

- ¿Que lo despachaste? - interrumpió Brokk el Rojo – Hace falta algo más que un poco de agua acuosa arracándole uno de los tentáculos para acabar con el Gulgraz Krannak". - El enano le mostró los dientes con ira. - Tordrek Hackhart, maldita sea su negra alma. Ese maldito cobarde traidor debe sufrir el mismo destino que Noctilus. Pero tengo que ser yo quien termine con su despreciable vida de alguna manera. Un enano que intenta asesinar a sus propios hermanos tiene que morir, así de simple.



- Traicionado por tu propia especie, ¿eh? - Refunfuñó Aranessa. - Sé lo que se siente. Al menos no te tiraron de un acantilado cuando eras un niño, solo por ser diferente.

- Tal vez, mi amigo enano - dijo el Príncipe Yrellian, - al igual que con el vampiro, uno debe adentrarse en el dominio de la bestia para destruirla. No basta simplemente con atacarle insistentemente.

- Sí, sí, lo sé - dijo Brokk con impaciencia. - El Trueno es el acorazado más revolucionario que se haya visto en Barak Varr, pero la construí para que permanezca por encima del agua, por Grimmir, no bajo ella. Y como los enanos no podemos respirar salmuera, atacar los tentáculos del Krannak es la única forma que tengo para dañarlo.

- Eso me recuerda, querida Aranessa - dijo el Mago Dorado, inclinándose hacia la capitana. - que he terminado mi pequeño proyecto. Hay un regalo esperándote en una caja en tu proa; algo para devolverte a tu antigua gloria ".

- ¿Tú ... has hecho algo para mí? - dijo Aranessa confusa - ¿De Verdad?'

- Espero que no me consideres demasiado lanzado, es solo que existe una clara posibilidad de que puedas encontrarlo bastante útil. Nunca se sabe, después de todo, los destinos pueden ser muy inconstantes. Especialmente si...-

Roth golpeó bruscamente sumano-hoz contra la mesa. Nessa se la había recuperado cuando llegó a bordo, limpia de toda sangre y como nueva.

- ¡Ya basta, Magus! ¡No tenemos tiempo para tópicos y charloteos! Estamos aquí para destruir a Noctilus, ¿recuerdas? Necesitamos sacarlo. Eso significa acercarse al centro del maelstrom mientras evitamos ser absorbidos.

Roth sacó la representación de su padre del Cementerio de los Galeones, la extendió sobre la mesa y sostuvo sus extremos con las dos mitades del estuche del mapa.

- Según mis cálculos, nos encontramos aquí, justo al otro lado del cinturón volcánico. - dijo Roth, señalando en el centro del mapa la punta de su hoz. - Cuando las mareas vuelvan a subir, podemos atravesar este campo de naufragios y salir por el otro lado. Entonces iremos a través de este estrecho círculo de islas hasta el maelstrom que hay más allá. Es denso, pero encontraremos un camino, incluso si tenemos que pasar por la Puerta de los Remeros.

- ¿La Puerta de los Remeros? - preguntó Brokk el Rojo.

- Es lo más lejos que llegó mi padre antes de regresar a la tormenta, la puerta de entrada al interior de los dominios de Noctilus. Siempre lo describió como un par de cráneos gigantes con dientes rechinantes. No puedo culparlo por no continuar si el maelstrom se encuentra más allá de ese muro.

- ¿Y crees que el vampiro irá a por nosotros para impedir que entremos? - Dijo Aranessa.

- Eso quiero creer. - dijo Roth, mirando a Yrellian. - Somos una amenaza para la fuente de su poder, y hará todo lo posible para garantizar que no vayamos más lejos. Una vez que se comprometa a salir a nuestro encuentro... -

Roth sonrió sin humor, golpeando el dorso de su mano-hoz en la palma de la otra con una fuerte bofetada.

- Dudo que vaya a ser tan fácil. - dijo Aranessa con cautela. - ¿Alguna vez has visto a una de esas cosas pelear? Una vez vi a Luthor Harkon acabar con todo un galeón bretoniano, al este de Lustria. No pude dormir durante una semana.

- Únicamente debes proporcionarme una ruta clara hacia la Parca. - dijo Roth. - Eso es todo.

- Eso es fácil de decir, - insistió, - pero, con el resto de ellos pegados a Noctilus como un percebe al culo de una ballena, no será tan sencillo de lograr. Sin embargo, haremos todo lo posible para mantenerlos alejados de ti. Lástima que no hayamos acabado ese monstruo Zandriano cuando tuvimos la oportunidad.

- Usó magia. No había mucho que pudieras hacer al respecto. - murmuró Roth. - Al menos tenemos algunos hechiceros. Esa estructura en lo alto de su cubierta, es la misma pirámide que saqué en Nehekhara, reconstruida piedra por piedra. Toda la nave de guerra es una maldición, una maldición para nosotros y para mi en particular.

- Sí, bueno, maldito o no, esa condenada cosa puede arder - dijo Brokk.

- Así que quemalo - dijo Roth.

- Al menos sabemos que podemos dañarlo - dijo Aranessa. - Cuando embestí el Espectro Sombrío en las Vigilias, fue más niebla que madera.

- No lo hemos visto desde Tilea. - dijo Roth.

- Eso no significa que no ande ahí fuera. Dijiste que Noctilus nos lanzará todo lo que pueda si amenazamos la fuente de su poder. La idea de una batalla contra algo que no podemos herir no es atractiva.

- Sólo la magia puede matar lo que existe entre los mundos. - irrumpió el Príncipe Yrellian.

La nave templo se movió y las dos mitades de la caja del mapa se deslizaron fuera del borde de la mesa. El príncipe Yrellian los atrapó a ambos antes de que golpearan el suelo y se los devolvió a Roth con una reverencia. El Heldenhammer se enderezó, y el gemido de las maderas se filtró desde el casco exterior.

- Gracias - dijo Roth mientras miraba el candelabro que se balanceaba sobre ellos. - Parece que la marea está cambiando.

- Déjame ver pensar haber si lo tengo claro. - dijo Aranessa. - Nos abrimos paso a través del corazón de la guarida del vampiro y obtenemos el tiempo necesario para que Roth se adentre en el maelstrom. Una vez allí, él y el Magus usarán la magia para malograr la espiral. Si Noctilus muere en el proceso, entonces mucho mejor. ¿Es cierto, caballeros? '

- Cierto, - coincidió Roth - y pobre del que se interponga en mi camino".

- El viejo Jaego de siempre - dijo el Magus Dorado, sonriendo ampliamente. - Aunque esta vez parece que tengas un plan. Te debes estar haciendo viejo-

Una risa silenciosa sonó alrededor de la mesa. Incluso Roth rió entre dientes.

- Tenemos un buen plan, - dijo Gunnarsson, "y una gran alianza para llevarla a cabo.

- La Gran Alianza. - dijo Roth con orgullo. - Me gusta como suena. Nosotros cinco formamos una especie de flota. Debería ser suficiente.

- Espero que sí, querido Jaego, - dijo Aranessa, sonriendo tristemente. - Realmente lo espero.

- ¿A los barcos, entonces? - preguntó Yrellian.

- Sí, a los barcos - convino Gunnarsson. - Es hora de acabar con esto.

Los capitanes se levantaron de sus sillas y salieron del santuario. El último en irse, Roth levantó la vista hacia el solitario vitral que tenía encima. Hizo el signo del cometa sobre su corazón por un segundo, y cerró la pesada puerta de roble detrás de él con un ruido sordo.

## CAPÍTULO 16

La Gran Alianza siguió avanzando a través de las brumas, sin que ningún timonel se atreviera a que su nave fuera más rápida que a unos pocos nudos. A su alrededor estaban los pecios dispersos de galeones rotos, con sus estructuras podridas sobresaliendo del agua salpicada de rocas como las cajas torácicas de los monstruos marinos titánicos. A través del aire rancio llegaron bramidos y gruñidos amenazadores, un bombardeo intermitente y confuso que significaba que las órdenes tenían que ser transferidas de hombre a hombre. Los barcos de guerra aliados avanzaban lentamente mientras serpenteaban y zigzagueaban en una sola línea a través del laberinto. Decir que eran vulnerables a una emboscada sería quedarse muy corto, pero era la única forma que tenían para avanzar a través de la mortal niebla blanca.

El Heldenhammer abrió el camino, con Roth impertérrito en la proa. A pesar de la espesa niebla que los rodeaba, la visión a través del catalejo era completamente clara, lo que le permitió trazar un camino a través del laberinto de embarcaciones podridas sin encallar. Vieron a una ciudadela desmoronada a babor, con su amenazadora silueta negra coincidiendo con el lugar que marcado en el mapa de su padre, asegurándole a Roth que iban por el buen camino, pero fue difícil. Los restos de mil naufragios se dispersaron alrededor, cada uno reducido a poco más que su propia lápida. Roth estaba seguro de que reconoció a varios. A un par de ellos habían sido hundidos por el mismo.

Roth se arriesgó a inspeccionar las aguas detrás de él por un momento. Efectivamente, los buques de la Gran Alianza estaban allí, siguiéndolo a través de las brumas. Al pensar en las palabras del elfo en el santuario del barco, Roth se estremeció involuntariamente. Cada velo de niebla era un alma sin cuerpo atrapada en el limbo, con sus restos mortales unidos al reino de Noctilus. Si las cosas no iban como deseaban, era muy probable que sus propias almas inmortales sufrieran el mismo destino.

La respiración de Roth comenzó a congelarse en el aire. Temblando, el capitán volvió su mirada hacia arriba. Una delgada franja blanca se arrastraba a través de las maltratadas y hundidas velas que se elevaban en las nieblas sobre el punto de vista de Roth en el castillo de proa.

Velas que ya no estaban llenas de viento.

- Cuidado al frente, capitán, - dijo un grito desde arriba. - Tenemos...

El rugido vibrante de un costado resonó el aire cuando una descarga de balas de cañón atravesó la niebla. Varios se estrellaron contra la proa del Heldenhammer, abriendo agujeros en los gruesos paneles de roble y tronaron a través de las cubiertas de armas debajo.

Roth casi cae derribado cuando una serie de explosiones retumbó dentro del vientre de la nave-templo. Los cuerpos de los desafortunados vigilantes cayeron desde los puestos para aterrizar con fuerza en la cubierta superior.

Roth se levantó y la sangre se filtró por una zona donde una astilla de madera que le había cortado la mejilla.

Sólo por un segundo, la niebla al frente se abrió, revelando la esquelética carcasa de una nave de guerra que brillaba suavemente como si estuviera suspendida en el aire. Debajo de su quilla se arrastraba una maraña de cadenas oxidadas y vegetación podrida. Aranessa había tenido razón. El Espectro Sombrío, tan pacientes como la muerte, habían estado esperando hasta que se encontraran en el momento más vulnerable.

Sin viento en sus velas, el Heldenhammer se estaba deteniendo lentamente. El Pez Espada y la Cimitarra Llameante intentaban usar su impulso para navegar alrededor de sus flancos, pero sin viento estaban tan varados como la nave-templo. Lo único que lograron fue presentar sus popas al Espectro Sombrío, dejándolos vulnerables al mismo fuego que había alcanzado al Heldenhammer. Detrás de ellos, el Trueno de Grimnir estaba cambiando de rumbo, pero estaba atrapado entre los barcos de vela y los restos naufragios agrupados a su alrededor. Eran patos de feria.

Más adelante, el espantoso brillo del Espectro Sombrío se desvaneció, solo para iluminar las nieblas una vez más cuando avanzó.

- ¡Preparaos! -Gritó Roth, pero su voz fue ahogada por los burlones aullidos de los espíritus que flotaban y daban vueltas alrededor de sus mástiles.

- Muertos - gritaban, cada vez que Roth abría la boca para dar una orden. - Muertos, muertos.

Un estallido ensordecedor retumbó en el aire mientras más balas de cañón atravesaban la niebla espiritual hacia ellos. La mitad de la descarga del galeón volador causó grandes heridas en el casco de madera blanca del Dragón Marino. La nave élfica se inclinó a un lado, con sus orgullosas velas azules colgando flojas mientras el viento se desvanecía por completo.

La otra mitad de la descarga se estrelló contra las salas de máquinas de la Ira de Sigmar con un ruido metálico ensordecedor. Un enorme engranaje de latón estalló desde la parte trasera del castillo de proa, desplomándose sobre al cubierta y dando vueltas por ella como si de una piedra de molino rodante se tratase antes de detenerse.

Por encima de Roth, los cañones del Heldenhammer dispararon al Espectro Sombrío desde las posiciones de combate, pero sus disparos hicieron poco más que arrancar unas cuantas volutas de humo de las costillas esqueléticas del galeón fantasmal.

Roth observó horrorizado mientras el buque de guerra enemigo se alejaba con gracia a través de las nieblas. Por el resplandor de su rastro, estaba dando la vuelta para soltar otra descarga por babor. A este ritmo, serían destruidos en cuestión de minutos.

Algo atravesó las brumas hacia la nave de guerra enemiga, una línea roja de escamas y músculos seguidos por un djinn de orondo vientre. La mitad inferior del espíritu dejaba tras de sí una columna de aire, una espiral de almas en su estela.

El dragón del príncipe Yrellian se abalanzó sobre el lejano Espectro Sombrío, deteniéndose en el último momento para lanzar una llamarada a través de las cubiertas del barco fantasma. El fuego ondeaba sobre y a través del casco acanalado del Espectro Sombrío, pero las llamas no prendieron. El galeón fantasma era impermeable a las llamas también. Roth gruñó de frustración y golpeó su puño contra las maderas. Podía sentir su destino se desvanecía, segundo tras segundo tortuosamente.

El Genio de la Tormenta, después de haberse posicionado hacia el lado más alejado del Espectro durante el ataque del dragón, inhaló gran parte de la espiritual niebla que envolvía al barco fantasma que los gritos inquietantes desaparecieron. Más adelante, el brillante galeón quedó desnudo y expuesto mientras el genio exhalaba con la fuerza de un huracán.

El Espectro Sombrío fue impulsado hacia el Heldenhammer a gran velocidad, empujado por los fuertes vientos generados por el poderoso aliento del djinn. Insustancial como la niebla, el galeón fantasmal no tuvo forma de detener su progreso. Roth gritó de júbilo al darse cuenta de que la nave de guerra resplandeciente se dirigía hacia la Ira de Sigmar.

- ¡Soltad los tornos! - Gritó Roth por encima de los gemidos en la niebla. - ¡Liberad la Ira! ¡Golpead esa cosa y golpéadla fuerte!

- ¡Sí, señor! - dijo el grito procedente las salas de máquinas de proa.

El Espectro Sombrío estaba tan cerca que casi podían tocarlo, bloqueando la vista de Roth con una pared de relucientes maderas blancas y el miasma de almas podridas atrapadas en su interior.

Desde las salas de máquinas llegó un gran ruido, seguido de un golpe sordo y final. La Ira de Sigmar descendió unos pocos metros, con el martillo de guerra en equilibrio, antes de detenerse por completo.

Con los ojos irritados por lágrimas de frustración, el capitán corrió por las escaleras de caracol que conducían a los puestos de combate. Al emerger en las galerías superiores donde se estaban recargando los

dos cañones restantes, Roth luchó por recuperar el aliento. Podía escuchar los gritos de los condenados que emanaban desde el interior del Espectro Sombrío cuando sus cañones les apuntaron para una devastadora descarga a corta distancia. Las salas de máquinas no sobrevivirían a otro golpe directo.

Roth se lanzó hacia el primero de los cañones, gritando para hacerse oír. La tripulación se limitó a sacudir la cabeza, estupefactos y temblando mientras en sus barbas y pestañas se formaba escarcha. Con un gran esfuerzo, el capitán posicionó el cañón y apuntó hacia el castillo de proa del Heldenhammer. Sus hombres balbuceaban y aullaban, pero todo lo que salía de sus bocas eran los lastimosos gritos de los espíritus.

- ¡Muertos! ¡Muertos!

Roth agarró el botafuegos de uno de los braseros situados detrás del primer cañón y la empujó con fuerza por el oído del cañón. Fue recompensado con un destello cegador, un estruendo ensordecedor, y el puesto de combate llenándose de humo negro. Una de las cadenas que sostenía la Ira de Sigmar en posición vertical se rompió cuando fue alcanzado por bala de cañón.

Un tripulante agarró a Roth, pensando que se había vuelto loco. El capitán le dio un codazo en la barbilla con tanta fuerza que lo dejó inconsciente y se abrió paso entre los demás con los dientes al descubierto. Todavía sujetando el botafuegos, Roth se abalanzó hacia el otro cañón y se estrelló contra el cilindro cañón. Introdujo el encendedor con fuerza en el agujero cebado de pólvora.

El cañón reculó con fuerza al disparar, enviando su proyectil hacia la otra cadena que sostenía la Ira de Sigmar en posición vertical. Los eslabones se fracturaron con un chasquido sordo cuando el disparo se estrelló contra el castillo de proa, causando aún más daño a la destrozada proa de la nave-templo. Con pitidos en los oídos y la cara negra por el hollín, Roth murmuró una oración y se asomó desde la cañonera.

Con un chasquido, las cadenas que sujetaban la Ira de Sigmar cedieron, y la gigantesca estatua se balanceó hacia abajo con la fuerza imparable de un edificio derrumbándose. El santo martillo de guerra que tenía en sus manos cayó hacia el centro del Espectro Sombrío con resultados devastadores. Se abrió paso a través del galeón fantasmal en una tormenta de luz dorada, destrozándole las cubiertas, aplastándole el casco que parecía una caja torácica y rompiendo su quilla por la mitad.

Con un aullido desesperado, el Espectro Sombrío se disipó en miles de remolinos de luz. El Genio de las Tormentas de ondeaba detrás suyo inhaló, succionando el ectoplasma del barco derrotado en su interior. Respiró con tanta fuerza que su pecho y vientre se expandieron hasta que dejó de ser humanoide y se convirtió en una perfecta esfera brillante. La bola de luz se expandió frenéticamente, quemando las nieblas a su alrededor antes de disminuir de tamaño y atravesar el aire de regreso a la cubierta de la Cimitarra Llameante.

Fascinado, Roth se asomó por el agujero de disparo en la parte posterior de la puesto de combate superior. Ahora que las nieblas había sido dispersadas, era sencillo seguir con la mirada a la brillante esfera mientras se enrollaba y descendía hacia una pequeña figura que estaba de pie en la cubierta de proa de la barcaza de placer con los brazos levantados.

Roth apoyó su catalejo en el alféizar, y lo enfocó justo en el momento para ver como el Magus Dorado abría una botella de vidrio adornada. Encogiéndose aún más a medida que descendía, la esfera resplandeciente se desvaneció en su interior, y el hechicero tapó hábilmente la botella con un cono de plata. Roth solo pudo distinguir el pequeño galeón brillante atrapado en su interior antes de que el recipiente fuera guardado bajo la túnica del Magus.

A pesar de la distancia que había entre ellos, el hechicero miró directamente a Roth y le hizo una elaborada reverencia. Roth sintió que los pelos de sus brazos se erguían. El Magus Dorado estaba sonriendo, pero sus ojos eran tan fríos como la muerte.

## CAPÍTULO 17

Con las mortales nieblas disipadas, los vientos arreciaron y la Gran Alianza avanzó a buen ritmo hacia la Puerta de los Remeros. El Heldenhammer los lideró a lo largo del resto de tramos cubiertos de naufragios, con la Ira de Sigmar colgando en su proa.

Aunque habían ganado la batalla contra el Espectro Sombrío, no había manera de reforjar las cadenas que el Capitán Roth había destrozado cuando abrió fuego contra su propia nave. Como resultado, el dañado mascarón de proa había sido despojado de su majestad, y la moral de muchos de los tripulantes del Heldenhammer también estaba dañado a causa de eso.

Roth, por su parte, estaba consternado.

- ¡Madre de perla, señor, fue su arrojo lo que acabó con aquella maldita cosa! - Protestó Ghow Southman mientras luchaba por mantenerse al día con el ritmo constante de Roth. - Si no fuera por usted, la mayoría de nosotros ya seríamos cadáveres en estas aguas.

- Pasas por alto lo más importante. - gruñó Roth, con los ojos fijos en el horizonte. - Esa arma era mi única oportunidad de acabar con la Parca. Las balas de cañón no son suficientes. Lo sabemos por amarga experiencia.

- No hay problema que no se pueda resolver si le disparas las suficientes balas de cañón. - dijo el isleño, jugueteando con los anillos plateados de su barbilla. - Un antiguo colega llamado Jaego Roth me dijo eso años atrás. Te hubiera gustado, pues era todo un luchador y nunca se rendía.

El primer oficial entrecerró los ojos.

- Aunque podía ser un autentico cabrón con cabeza de cerdo cuando se lo proponía. Y dicen que hacía de tripas corazón justo cuando más importaba.

Roth exhaló un largo suspiro.

- Ghow, puede que parezcas un simplón, pero sé que dentro de esa cabeza gorda se esconde un cerebro avisado. Ahórrame el acto de conciencia. Esto es diferente y lo sabes.

La muralla montañosa de islas que formaban la fortaleza interna del reino de Noctilus se alzaba en la distancia, una espina rota de roca negra con cuevas como cuencas de ojos salpicadas a lo largo de su longitud. A ambos lados del saliente había dos grandes acantilados frente a frente, con un conjunto de rocas irregulares que sobresalían del agua como si fueran dientes. Un acantilado estaba coronado por un círculo de piedras, muy parecidas a las de la antiguo Albión, y su superficie estaba tallada a semejanza de un cráneo titánico. La Puerta de los Remeros, justo como el Gran Cartógrafo lo había representado en las paredes de la Inspiración, y apenas a media milla de distancia.

A pesar del hecho de que el viento había disminuido a poco más que un céfiro, el Heldenhammer estaba ganando velocidad.

- Bueno, capitán, a mi parecer, vamos atravesar esa brecha nos guste o no. Es casi como si nos estuviera impulsando a continuar.

- No es nada comparado con la atracción que ejerce sobre los muertos. - suspiró Roth. Echó un vistazo a las tres grandes urnas que el Magus le había confiado a su cuidado, cada una atada firmemente al castillo de proa.

- Supongo que es posible que todavía podamos desestabilizar el maelstrom, incluso si destruir la Parca fuera imposible.

- Señor, - dijo Ghow. - Con todo el debido respeto, tú nos trajiste aquí, y parece que no volveremos a salir. Si vas a atravesar esos acantilados con las semillas del fracaso en tu corazón, entonces fracasarás, tan seguro como que los peces apestan al sol. Ese bastardo chpasangres ya mató a cientos de los nuestros. ¿Y sabes qué, señor? Todo apunta a que también nos matará, así que ponámosle las cosas difíciles, ¿vale?

Roth asintió, con los labios fruncidos.

- Sí. Sí, Ghow, hagamos eso.

Uno por uno, los barcos de la Gran Alianza se dirigieron hacia la llamada del maelstrom. No tenían más remedio que avanzar hacia la brecha que había entre los acantilados con cara de calavera; cualquier otro curso resultaría en su encallado contra las rocas irregulares que se alineaban en la parte inferior de cada pico.

En lo alto, el dragón de Yrellian y el dirigible del acorazado enano patrullaban los cielos. Roth habría dado cualquier cosa por haber avisado con antelación de lo que había detrás de la puerta, pero había aprendido a confiar en su propia intuición hacía mucho tiempo. Sus instintos le advirtieron que no navegara entre las dos siniestras cabezas de la muerte que permanecían vigilantes fuera de la maldita guarida de Noctilus, pero era la única brecha en los picos de las montañas lo suficientemente grande como para que un barco del tamaño del Heldenhammer pudiera avanzar.

El dirigible dio la vuelta en el aire, y una runa roja que Roth reconocía como el signo enano de peligro parpadeaba en su proa. Cuernos distantes sonaban cuando la nave volaba de regreso a al barco principal. En respuesta, el Trueno de Grimmir arrojó dos columnas de humo negro y avanzó con sus motores a plena potencia. A medida que aumentaba el ritmo, a su paso dejaba espuma blanca en la turbia agua azul, dejando atrás a los buques propulsados por velas.

- Es extraño. - dijo Roth, extendiendo su catalejo. - Los Enanos no suelen correr precipitadamente hacia la batalla, a menos que haya honor en juego. Apostaría a que el Kraken está el otro lado de esa brecha.

- Sí, señor. - dijo Ghow, pareciendo preocupado.

- Aún así, preferiría que el enano se llevara la peor parte de lo que está esperando allí. Sigmar sabe que nosotros ya hemos sufrido suficiente daño.

A medida que el acorazado enano avanzaba hacia el paso, las caras del acantilado empezaron a temblar. Un relámpago púrpura jugueteaba entre las piedras alzadas que había sobre el peñasco de más a la izquierda, y el aire se llenaba con el distintivo sabor mágico. Varias cayeron en una serie de pequeños desprendimientos desde los empinados lados.

Cuando el Trueno se metió bajo su sombra, los picos empezaron a gemir como si protestaran contra las fuerzas que los sacudían a la vida. Los acantilados empezaron a sacudirse entre ellos, las aguas golpeaban contra sus dientes dentados, formando una espuma que recordaba a la saliva de un perro rabioso. Las uñas de Roth se clavaron en la balastrada mientras deseaba que el acorazado fuera más rápido. El humo brotó de las chimeneas situadas sobre la popa del Trueno mientras el acorazado aceleraba, intentando superar aquella amenaza antes de que los riscos se cerraran sobre su casco.

A ojos de Roth, parecía que podría lograrlo. Mejor aún, al acercarse a la nave de guerra enana, los dos picos escarpados habían dejado grandes huecos detrás de ellos. Brechas lo suficientemente amplias como para que pudiera navegar un buque insignia.

- ¡Ja! - Gritó Roth. - ¡Todo a estribor, y dirigios a esa brecha! - Señaló frenéticamente en la abertura a su derecha. - ¡La corriente nos llevará allí tan bien como el viento, puede que incluso mejor!

- ¡Sí, capitán! - Fue la respuesta desde el cabrestante del timón. - ¡Cambiamos rumbo!

Justo cuando el Trueno comenzó a emerger de entre las dos mitades de la Puerta de los Remeros, un monstruo de aspecto flácido y de carne blanca apareció al otro lado. El leviatán skaven, con relámpagos de

luz dolorosamente brillantes centelleando entre sus costillas expuestas, estaba bloqueando la puerta que se cerraba rápidamente.

Roth gritaba mientras el monstruoso ser enviaba gruesos rayos de energía diabólica en grandes arcos que se conectaban uno tras otro sobre el casco metálico del Trueno. Las agobiantes energías explotaron y crearon un gran agujero humeante en la sala de máquinas del acorazado, al tiempo que provocaron un derrumbamiento de rocas desde los acantilados que se encontraban cada vez más cerca a ambos lados. Con un gemido, las paletas de vapor del Trueno de Grimnir se quedaron silenciadas, dejando al acorazado a merced de los escarpados acantilados.

Las dos mitades de la Puerta de los Remeros se cerraron sobre el acorazado con fuerza tectónica. Los chillidos de metal torturado resonaron en el aire cuando el Trueno de Grimnir empezó a ceder y a doblarse, su indomable casco era aplastado lenta y fatalmente entre las fauces de los acantilados con cara de calavera. Roth se vio obligado a observar cómo se producían explosiones secundarias en las cubiertas de armas de la nave enana. Por encima del agonizante acorazado, el dirigible hacía todo lo posible por ahuyentar al monstruo, con dos cañones dobles escupiendo en la cabeza del behemoth de piel pálida.

Los Ingenieros enanos se lanzaron al agua desde los arcos abovedados que bordeaban los lados del Trueno, pero el leviatán skaven todavía no había acabado con ellos. La pálida bestia se retorció y contorsionó, mientras estallidos de electricidad surgieron desde los globos de latón situados en sus flancos. Alrededor de la línea de flotación del acorazado, los cuerpos ennegrecidos de los posibles fugitivos flotaban y se balanceaban como peces muertos.

Mientras el Heldenhammer y sus aliados dirigían su nave hacia los dos huecos dejados por la desastrosa carga del acorazado, Roth buscó desesperadamente un atisbo de Brokk el Rojo. Las lentes de su catalejo se desdibujaron por un momento antes de enfocarse en el maestro ingeniero, quien se estaba desnudando de cintura para arriba apresuradamente. Su brillante cabello rojo había sido moldeado en un gran cresta de la que goteaba grasa de motor, y con un par de hachas atadas alrededor de su cuello como un yugo.

Roth sacudió la cabeza con consternación. Si lo que sabía sobre la cultura enana era cierto, Brokk el Rojo ya estaba muerto. Un enano que había sufrido una humillación insoportable tomaría el voto de los matadores e intentaría encontrar una muerte digna en la batalla; una muerte tan gloriosa que borrara la mancha de su vergüenza para siempre. Perder dos barcos a manos de la Flota del Terror era mucho más de lo que el maestro ingeniero podía soportar.

El dirigible enano volaba cada vez más cerca, con sus cadenas de carga colgando al alcance de un brazo. Una chispa de esperanza estalló en el pecho de Roth cuando vio a Brokk agarrar una de las cadenas con fuerza.

El dirigible ascendió cada vez más arriba, pero en lugar de escapar de la batalla, Brokk se lanzó hacia atrás desde la balastrada del Trueno y saltó desde su destrozada nave de guerra, para luego balancearse como un péndulo. Soltó la cadena en el vértice de su amplio arco, volando por el aire hacia el leviatán skaven como un proyectil viviente.

Como era de esperar de un ingeniero maestro, Gunnarsson había juzgado perfectamente su trayectoria. Roth vio que el enano desataba las hachas de fuego de alrededor de su cuello a mitad del vuelo, y justo cuando alcanzaba el flanco carnoso de la bestia, hizo agujeros sangrientos en la flácida y arrugada carne del leviatán. Era una muestra impresionante de furia, pero por todo el daño que le estaba haciendo, bien podría haber intentado derribar una montaña con un pico.

- ¡Ve por los motores, Brokk! - Gritó Roth, aunque sabía que no podía ser escuchado a causa del estruendo de la batalla. - ¡Destrózalo desde el interior!

El enano enloquecido se alejó, logrando poco más que cubrirse de la cabeza a los pies de sangre y pus podrido. La carne adormecida del monstruo marino se estaba volviendo cada vez más difícil de dañar, y el tenue punto de apoyo del enano en sus pliegues de flácida piel se desprendió de él más de una vez.



Mientras Roth observaba, una veintena de virotes élficos, cada uno del tamaño de una lanza, golpeó el flanco de la bestia. El Dragón Marino estaba navegando alrededor del frente de la Puerta de los Remeros, con sus enormes lanzavirotes añadiendo su precisión milimétrica a la lucha.

- Buen intento, principito, - murmuró el capitán, - pero se necesitará algo más que eso para matarlo.

Fue entonces cuando se dio cuenta la intención. Los virotes no pretendían matar a la monstruosidad no muerta, sino más bien dar al enano una última oportunidad de retribución. Los virotes estaban perfectamente posicionados, formando peldaños que iban desde la posición de Brokk el Rojo en el flanco de la bestia hasta el andamio que conducían a sus cubiertas de artillería.

Brokk se aferró al regalo que el elfo le había enviado, meciéndose hasta el proyectil más cercano y saltando torpemente hacia el siguiente. Media docena de hombres rata no muertos salieron de los andamios, saltando hacia él a través de los virotes con cuchillas oxidadas en sus mandíbulas descarnadas.

Otra andana de virotes blancos fueron disparados por el aire, impactando peligrosamente cerca del matador crestado. Cinco de los guerreros skavens fueron ensartados al costado de su monstruoso buque de guerra, agitándose como insectos atrapados antes de deshacerse en una confusión de huesos podridos. Rugiendo de sed de sangre, Brokk acabó con el último de ellos con el borde de su hacha de fuego antes de trepar a lo largo de los peldaños blancos que brotaban del flanco abierto del monstruo, adentrándose después en el andamio.

Uno de los amenazantes acantilados bloqueó repentinamente la vista de la cruzada de un solo hombre cuando el Heldenhammer atravesó a uno de los huecos dejados por el paso del Trueno. Deseando que el enano tuviera éxito, Roth se volvió hacia el buque de guerra y vio algo que lo dejó sin aliento.

Un gran vórtice en espiral se extendió por el horizonte, increíblemente grande, canalizándose hacia abajo y hacia un vacío negro sin fondo. Colmillos afilados de roca blanca giraban en su interior, recordándole al capitán la boca de un tiburón. Miles de diminutos puntos blancos infestaron sus profundidades. “Cráneos humanos” pensó Roth, mientras la piel se le erizaba.

El bramido del vórtice sacudió a Roth hasta los huesos. Su mente nadaba en su gran magnitud. Con los ojos entrecerrados, solo pudo distinguir unas velas irregulares de color negro púrpura que se dirigían hacia ellos a través de la niebla en su borde.

El Maelstrom. Y todo lo que se interponía entre Roth y la hambrienta garganta era el señor de la Flota del Terror.

Un haz de luz cegador se estrelló contra el palo de trinquete del Heldenhammer con la fuerza de un rayo. El refuerzo de hierro del mástil se redujo a cenizas en un instante por el calor abrasador del rayo. Roth fue derribado a la cubierta cuando los remanentes del mástil cayeron al agua, formando una maraña de aparejos que arrastraban a docenas de tripulantes que gritaban hacia sus muertes. El aroma de la madera quemada se mezclaba con el efluvio cobrizo de la sangre.

Roth se levantó de un salto y corrió hacia el costado de la nave de guerra. La galera de Nehekhara los estaba atacando con una terrible inevitabilidad. Ningún remero mortal podía esperar luchar contra la corriente del Maelstrom y ganar, pero el buque zandriano era propulsado por los muertos, y su amo tenía a su presa frente a él. El Heldenhammer, gravemente dañado y a merced de las corrientes, tendría pocas posibilidades contra la galera si sus estatuas con cabeza de bestia empleaban sus alabardas.

Sin previo aviso, el Pez Espada atravesó las olas en el borde del remolino titánico, curvando alrededor del flanco del Heldenhammer y lanzándose a interceptarlo. Un grueso haz de energía brotó de la gigantesca gema en la popa de la galera de guerra, abriéndose paso a través del casco del Pez Espada. En unos instantes, toda la mitad delantera de la nave de guerra estaba envuelta en una brillante llama blanca.

Mientras avanzaba hacia su enemigo, el Pez Espada fue alzado en lo alto se un ondulante muro de agua, que se abalanzó con intención mortal con el serrado espolón de la nave al frente. La nave de guerra se estrelló contra la cubierta de la galera como si fuera una lanza, y su espolón de hueso endurecido destrozó el flanco

del buque de Nehekhara, atravesando hacia el interior del casco. Cientos de tripulantes esqueléticos fueron lanzados por la borda por el impacto de la ola. Cuando la marejada disminuyó, las dos poderosas naves de guerra estaban unidas por la fuerza de la colisión, con el espolón serrado del Pez Espada empalado hasta el final.

- ¡Sí! - Gritó Roth. ¡Aranessa, eres un ángel!

Riéndose, Roth se obligó a concentrarse en la Parca mientras se abalanzaba sobre ellos. Su antigua amante le había dado la oportunidad que él necesitaba, aunque era muy probable que ella se hubiera condenado a sí misma en el proceso.

\*\*\*\*\*

La capitana Malasal giró la rueda del Pez Espada tan fuerte como pudo para virar hacia el frente, empleando para ello todo su peso para mover el timón hacia un lado. Casi logró convencerse a sí misma de que era el timón el que estaba guiándolos hacia la galera de guerra que estaba abajo, pero en su corazón, sabía que había algo más que eso.

El buque de guerra de casco negro embistió contra el costado de la galera Nehekhariana. El Pez Espada se estremeció como una bestia frenética cuando enterró profundamente su espolón dentada en el cuerpo de su enemigo. Aranessa cantó triunfante. Eso había sido mejor que dar muerte con la espada, mucho mejor.

Las dos poderosas naves se tambalearon en el agua, unidas por las púas del espolón del barco pirata. Una sombra cayó sobre el rostro de Aranessa por un segundo, y ella saltó hacia atrás cuando una alabarda del tamaño de un árbol se estrelló contra la cubierta donde había estado parada. La estatua con cabeza de cocodrilo que había alineado el flanco de la galera de guerra la estaba mirando fijamente. De repente, estar tan cerca del barco de Nehekhara no le parecía tan buena idea.

Caminando por el eje de la enorme alabarda había una figura con túnica brillando con una extraña luz. A pesar de su majestuosidad y la brillante corona sobre su cuero cabelludo, la criatura era la cosa más fea y más arrugada que Aranessa había visto nunca. Su piel apergaminada le colgaba en pliegues secos de un cráneo hundido, y una mandíbula desdentada se movía hacia arriba y hacia abajo cuando las sílabas guturales se derramaban en una lengua antigua. Extendió una garra nudosa y desde sus dedos huesudos cayó arenisca reluciente. Allí donde caía la arena, los maderos del Pez Espada se petrificaron y se convirtieron en polvo.

El mismo rey Amanhotep el Intolerante había venido a vengarse de la pérdida de su nave.

Aranessa siempre se había enorgullecido de saber cuándo luchar y cuándo correr. Agarró su tridente situado en la parte superior de la bitácora y saltó sobre un cañón caído, poniendo toda la distancia posible entre ella y aquel odioso ser. El cántico aún resonaba en sus oídos, a pesar de que ella no podía entender una palabra.

Disminuyendo la marcha, se acercó a la proa, con sus pensamientos nublados con imágenes de polvo, arena y muerte. Retrocedió lo mejor que pudo mientras la cosa caminaba sin prisas por la escalera hacia ella, pero sus miembros se sentían como si estuvieran hechos de barro. Las cuchillas de la parte inferior de las piernas de Aranessa chocaron contra un largo y ancho baúl de madera árabe.

El regalo del Magus.

- Será mejor que esto sea algo bueno, culo gordo – dijo Aranessa mientras martilleaba el cofre con los puños. No se abría.

El ser antiguo se acercaba, acechándola con la paciencia malévolas de quien sabe que su presa no puede escapar.

A punto de entrar en pánico, Aranessa empleó su tridente como palaca para abrir la tapa del cofre marino y tiró hasta que sus dedos estaban rojos por la sangre. La cerradura del cofre finalmente cedió con un fuerte chasquido, y un artilugio de correas, escamas y grandes medialunas de metal cayó sobre la cubierta. Se

quedó boquiabierta. Aquel artefacto se parecía mucho a una cola, para ser exacto una cola de pez hecha de metal y engranajes.

El dolor en sus dedos dieron paso a la niebla de sílabas en nehekhara que zumbaban en su cabeza como escarabajos enojados, y luchó duramente para evitar que las partes racionales de su mente fueran ahogadas por el miedo primordial de la cosa eterna que la perseguía en la cubierta.

Aranessa sacó su navaja y cortó las correas que mantenían las espadas de pez sierra atadas a los tocones de sus piernas, deslizando sus muslos en las correas del artefacto del Magus. Se revolvió torpemente para apretar la incómoda cosa de su cintura y se levantó para sentarse en la borda al mismo tiempo, pero la niebla en su cabeza se estaba volviendo más grueso con cada paso que daba la miserable criatura. La arena se desplegó por el aire hacia ella, reduciendo el cofre del Magus en polvo. Una mota de las cosas brillantes aterrizó en su mejilla, y un trozo de su cara se desprendió. Riéndose horriblemente, el antiguo rey alzó una garra lisiada y reseca hacia ella.

Se produjo una explosión apocalíptica, y una capa de rayos negros rugió a través de las olas con tal fuerza que los ojos hundidos del Zandriano se alzaron. La cabeza de Aranessa se aclaró, y su pánico le dio fuerza. Recogió su tridente y se subió a la borda, cojeando con los extremos del artilugio del Magus hasta que estuvo al borde del abismo. Pudo vislumbrar como la silueta del leviatán skaven se inmolaba antes de acabar desintegrado por completo en una tormenta de rayos de disformidad.

El rey funerario Amanhotep se abalanzó sobre su garganta, pero Aranessa dejó que la gravedad la tirara hacia atrás, cayendo de cabeza en las frías y amargas aguas del Cementerio de los Galeones.

\*\*\*\*\*

El Heldenhammer estaba ganando velocidad, siendo arrastrado hacia adelante por el vasto embudo de agua marina que bajaba por el vacío en el corazón del Maelstrom. Una lluvia poco saludable había comenzado a caer, haciendo que las cubiertas de la nave-templo fueran resbaladizas y reduciendo la visibilidad aún más.

Lejos a babor, la Cimitarra Llameante estaba en lo alto de la periferia del vórtice, con un puñado de helados demonios de sal que lo retenían de la mortal atracción del torbellino con sus anchos y musculosos hombros. Frente a él, la Parca Sangrienta avanzaba, buscando activamente un curso de colisión ahora que la Ira de Sigmar había quedado inutilizada en la proa de la nave-templo.

El capitán Roth estaba a la sombra de la cofa, con la espada desenvainada. Su muerte estaba cerca, podía saborearla. La Parca Sangrienta se alzaba cada vez más, con sus velas destrozadas agitándose mientras su espolón con forma de ala de murciélago avanzaba hacia él. El maelstrom impulsaba a la nave del vampiro contra la corriente, pues el control sobrenatural de Noctilus sobre el torbellino convertía al colosal edificio en un proyectil irregular de roca y madera fosilizada.

La reina Bess, el enorme cañón montado en uno de los agujeros de la proa con forma de cráneo de la Parca, resonó por encima del estruendo del remolino. Una gigantesca bala de cañón destrozó la parte delantera del Grand Templus, y su gloriosa fachada cayó sobre los dispersos piratas que se encontraban debajo. Roth se arriesgó a mirar hacia atrás. Con una lentitud desgarradora, todo el templo comenzó a colapsarse sobre sí mismo, la mampostería caía sobre la cubierta como una avalancha que aplastó a decenas de hombres que se encontraban a la sombra del gigantesco edificio.

Roth rugió de miedo e ira mientras el espolón de la Parca se dirigía hacia ellos, preparado para asestar el golpe mortal.

La gigantesca estatua de bronce en la proa de Heldenhammer se alzó lentamente hacia arriba, con las cadenas colgando de sus hombros. Su interior brillaba suavemente, con una luz blanca que se derramaba por las grietas en su almacén de bronce allí donde el metal se había combado. Roth gritó de júbilo y se arrodilló, alentando a la estatua como si estuviera viva.

El imponente estructura se elevó a su máxima altura, con el brillante y bronceado dios de la guerra chisporroteando por la energía mientras era azotado por la espesa lluvia. Majestuosamente serena por un segundo, la estatua retrocedió con una velocidad sorprendente, golpeando la proa de la nave del vampiro como si fuera el puño de un dios enojado.

El Ghal-Maraz aplastó la proa de la Parca con tal fuerza que rompió el promontorio rocoso de la masa central de la nave de guerra, la proa con alas de murciélago y el resto. La nave vampírica reculó en el agua como si se hubiera topado con una montaña. El castillo en su parte trasera se balanceaba mientras la titánica onda de choque sacudía su núcleo. Cientos de Marineros de Hueso y ahogados cayeron a tropel desde las almenas y salientes hacia los embravecidos mares.

Aún así, la Parca fue impulsada por las corrientes de debajo de las aguas. La Ira se alzó una vez más, levantando su divino martillo con una pesada lentitud antes de volver a descender. Esta vez el arma del tamaño de una torre golpeó la sección media de la nave vampírica. Una explosión de luz explotó desde el punto de su impacto, y la mitad delantera de la Parca se derrumbó en una confusión de escombros. La sección de popa del oscuro navío, el cual ya no estaba en equilibrio por el rocoso promontorio frontal, comenzó a inclinarse hacia atrás. Roth se carcajeaba al ver que la nave enemiga estaba más allá de la salvación. La Parca se estaba hundiendo rápidamente.

\*\*\*\*\*

Aranessa surgió a la superficie del agua tan recta como una cuchilla, para después descender en una corriente de burbujas. Habiendo pescado con lanza durante los largos y solitarios años de su infancia, instintivamente dobló sus muslos de un lado a otro, abriéndose camino más profundamente bajo las olas con cada sinuoso movimiento.

Sus esfuerzos se vieron recompensados cuando el artilugio metálico que estaba unido a la parte inferior de su cuerpo cobró vida. Las secciones de media luna se desplegaron formando una aleta ancha y totalmente articulada, y las bandas de metal alrededor de su cintura se apretaron con fuerza. Podía sentir la fuerza del maelstrom sobre ella; un gran vacío negro que amenazaba con tragarse por completo si se rendía. Sin embargo, con la fuerza artificial de la creación del Magus reforzando su perfeccionada técnica de natación, sintió que podía resistir el tiempo suficiente.

Sonriendo ferozmente, Aranessa se quitó la pañoleta de su cabeza y respiró una gran bocanada de agua fría a través de las agallas de detrás de sus orejas. La salmuera sabía a magia y a muerte, pero a ella no le importaba. “Renazco” pensó “Estoy renaciendo de nuevo en el frío y oscuro útero del mar”. La facilidad de movimiento fue una sensación increíble después de tantos años.

Se sentía tan bien tener una cola de nuevo. Sintió una repentina punzada de pesar por haberse cortado la cola con la que nació hace tantos años empapados de ron, a la luz de un solitario fuego en la playa. Por aquel entonces deseaba ser humana. Aranessa se estremeció ante el recuerdo. Tendría que agradecerle al Magus Dorado por recordarle a dónde pertenecía, incluso si no sabía por qué lo había hecho.

Pero lo primero es lo primero, pensó Aranessa. Hay asuntos de los que ocuparse.

Entusiasmada y decidida, la capitana se dirigió hacia un tenue resplandor verde que se filtraba a través de las aguas oscuras. El Kraken Negro estaba bajo las olas, hundiéndose lentamente, con sus tentáculos aferrando los restos destrozados del galeón elfo de Yrellian mientras descendía hacia las profundidades.

La monstruosidad había quedado inactiva por un fallo mecánico a causa del pulso energético de la agónica explosión del leviatán skaven. Lo que una vez fue un depredador mortal, ahora se no era más que un enorme cefalópodo indefenso, esperando ser atacado. Los músculos de la parte posterior de la cabeza de Aranessa dolían a causa del esfuerzo de sonreír tan fuertemente. Aquello era libertad. La necesidad de aprobación humana era un recuerdo lejano. Siendo sincera, no extrañaría mucho a ninguno de los monos terrestres.

“Bueno, tal vez uno” admitió para sí misma.

Aranessa se lanzó hábilmente entre los tentáculos del Kraken Negro, dejando a su paso senderos de burbujas. Podía escuchar los motores de la cosa protestando y obstruyéndose mientras luchaban por reiniciarse. Bajo de ella, la luz resplandeciente de los “ojos” del Kraken era como un faro que la atraía. Se dirigió hacia ellos. Para su salvaje alegría, uno de los abultados orificios de los ojos tenía un virote élfico sobresaliendo de él, extendiendo una red de grietas desde el punto de impacto. “Menos mal”, admitió Aranessa mientras removía el virote de un lado para otro. Ella nunca podría haberlo destruido sola.

Con un chasquido sordo, el cristal del ojo del Kraken se rompió, y el agua marina se abrió paso en un torrente tempestuoso. Usando la culata de su tridente, Aranessa golpeó los bordes de los vidrios rotos hasta que la abertura fue lo suficientemente ancha como para que ella pudiera introducirse.

Mientras se sumergía en el interior del Kraken, la capitana de mar sintió un impacto discordante. Debajo de ella había una sala de control que no era más grande que el santuario de Roth, iluminada por filas y filas de crepitantes orbes verdes. Sentarse en el asiento de control había algo que una vez había sido un enano. Lanzaba guturales gruñidos de juramento mientras se apresuraba a recargar una engrasada de pistola de seis tiros. El agua de mar se arremolinó alrededor de sus piernas cuando el torrente del ojo destrozado se convirtió en una furiosa inundación.

La extraña figura se estaba desenredando de un nido de palancas y zarcillos segmentados que se retorcían y se aferraban a él. Brotando de su barbilla había un nido de cables mecánicos y enchufes colgantes, una extraña reminiscencia de la barba con abalorios de metal de Brokk el Rojo. Varios pares de ojos parpadearon y la miraron desde lo que antes había sido un timón.

El vapor siseó de las narices de la criatura mientras gruñía una amenaza. Aranessa sostuvo su tridente hacia lo que una vez había sido enano mientras el nivel del agua en la sala de control era cada vez más alto.

- ¿Hackhart? ¿Tordrek Hackhart? Brokk Gunnarsson le envía sus saludos: Eres un amante de goblins comemierdas que se hace pasar por un maestro ingeniero.

Con un rugido bestial, el capitán del Kraken saltó de su puesto de mando y se arrojó a las turbulentas aguas. Cubierto hasta la cintura, avanzó hacia Aranessa, quien asió su tridente para lanzar un ataque mortal, pero un grueso cable metálico cayó desde arriba y le dio un fuerte golpe en la cabeza. La vista se volvió borrosa, y juró que podía escuchar una risa demoníaca resonando en sus oídos.

El ser que una vez fuera un Enano se abalanzó sobre Aranessa con manos que chasqueaban y zumbaban. Malasal hizo girar su tridente a tiempo y fijó su parte posterior contra la pared interior para que sus puntas se clavaran con fuerza en el metálico cuerpo de Hackhart. El otrora Enano pareció no darse cuenta, con los ojos desorbitados mientras se aferraba a la garganta de Aranessa. Dio un coletazo con su cola de metal, golpeándola con fuerza contra la rótula de su asaltante, y fue recompensada con un gruñido de dolor.

Tras ella, el agua marina empezaba a entrar con mas fuerza, a causa de la creciente presión debido al descenso del inoperativo Kraken, inundando cada vez más la sala de mando.

Hackhart cambió de táctica, lanzandose hacia atrás bruscamente y arrebatándole el tridente a Aranessa. La criatura giró el arma hábilmente y lo lanzó hacia el pecho de la capitana, pero ella lo pudo esquivar en el último momento y la lanza se incrustó en la red de diales y cables detrás de Aranessa. Aranessa pudo oír que algo gritaba, pero lo ignoró. Envolviendo sus brazos alrededor del asta del tridente, levantó sus caderas y dio un coletazo tan fuerte en la cabeza del otrora enano que lo hizo tambalearse. Aranessa luchó por liberar el tridente, pero quedó atascó rápidamente entre los diales y los pistones, aún así pudo oír un agudo chillido proveniente del conjunto los cables.

Aranessa se dio cuenta de que la propia máquina infernal estaba viva. Sacando su navaja, cortó salvajemente una de los cables que parecían venas y la sacó de la maraña, apuntando el extremo cortado hacia Hackhart. Tal como ella había esperado, una rociada de icor sobrecalentado brotó de la arteria, vertiéndose en la cara del monstruoso enano. Cegada, la criatura se tambaleó hacia atrás.

Mirando a su alrededor, los ojos de Aranessa se posaron en algo que se parecía mucho a un alto horno, aunque ardía con un fuego verde antinatural. Ahora el agua le llegaba hasta el cuello, por lo que se sumergió completamente, nadó hacia el tridente y finalmente lo liberó de la pared de cables y diales. Haciéndolo girar sobre su muñeca en el agua, usó la culata de la lanza marina para romper la cerradura de la puerta de la fragua y abrirla.

Casi inmediatamente el agua alrededor del horno comenzó a burbujear y hervir. El nivel de calor en la cabina anegada se triplicó en el espacio de unos pocos segundos. El otrora enano chilló, nadando a través de las aguas hacia ella, con intenciones asesina en sus ojos redondos, pero Aranessa era demasiado rápida. Nadó a su alrededor y se dirigió hacia el torrente de agua que brotaba del centro de mando, avanzando con un esfuerzo supremo.

Justo cuando estaba a punto de escapar, el otrora enano le agarró la cola y tiró con todas sus fuerzas. Con el rostro contorsionado por el dolor, Aranessa empezó a desabrochar apresuradamente de las correas que sujetaban su nueva cola a ella. Consiguió liberarse, dejando su cola firmemente encajada en la destrozada ventana ocular del Kraken Negro y atrapando al enano en su interior. Arriesgándose a mirar hacia atrás, Aranessa pudo comprobar que la malévola criatura la miraba desde detrás del grueso cristal de su cableada prisión. Burbujas rosadas brotaron de su nariz y boca mientras el oscuro enano se hervía viva como una langosta en una olla.

Agotada y desprovista de su nueva cola, Aranessa fue arrastrada hacia la oscuridad por una fuerza lenta pero irresistible. Sacó la lengua mientras observaba el ojo de cristal de la monstruosidad mecánico, haciéndole el signo del tridente con tres dedos a su capitán moribundo.

Mientras la Reina de las Mareas era arrastrada hacia las fauces del Maelstrom, las enfermizas luces verdes del interior del Kraken Negro parpadearon, menguaron y murieron.

\*\*\*\*\*

La alegría de Roth por su victoria sobre la Parca se desvaneció cuando una nube oscura flotó desde el castillo sobre los restos destrozados del risco. Se hinchaba como túnicas en el viento, flotando a través de la lluvia hacia el Heldenhammer.

A medida que se acercaba, Roth distinguió cuatro figuras vestidas y esqueléticas, cada una sosteniendo una guadaña en alto con sus huesudos dedos, mientras una luz fantasmal brillaba en las cuencas de sus cráneos descarnados. Extraños símbolos se retorcían en los dobladillos de sus destrozadas prendas negras; símbolos que hacían daño al ojo.

Las apariciones mortales se movieron por el aire directamente hacia el mismo Roth. Un tirador situado en el aparejo disparó a una de las criaturas, pero su bala atravesó directamente el cráneo del espectro sin siquiera enlentecerlo.

En medio de las seres espectrales había una figura en una armadura dorada en un bicornio rojo, con sus mortales rasgos distorsionados por un par de largos colmillos que se curvaban sobre su labio inferior. Los ojos de la criatura eran de un rojo ardiente que dejaban rastros de fuego en la oscuridad.

Era el Conde Noctilus en persona.

El corazón de Roth martilleaba como si supiera que solo le quedaban minutos para seguir latiendo. Sacando la hoz de su mano artificial, Roth agarró la palanca de presión y la bombeó frenéticamente hacia adelante y hacia atrás hasta que el dispositivo hasta que estuvo a punto de estallar. Besó el talismán con forma de tridente que colgaba de su cuello y, frotando el pie del alcastraz al lado de este con un fervor supersticioso que habría enorgullecido a Ghow, ofreció una oración silenciosa a Sigmar y a los espíritus de su familia. Las figuras se acercaban.

- ¡Muchachos! - Gritó Roth. - Creo que voy a necesitar algo de ayuda. - Había un tono de pánico en su voz.

No hubo respuesta.

El vampiro se posó en el castillo de proa del Heldenhammer con la delicadeza de un esgrimista estaliano que entraba en la arena. Desenfundó una larga espada de cesta mientras sonreía cruelmente a Roth. La criatura de piel pálida era una cabeza más alta que el capitán, y cuando lanzó el saludo de esgrima, sus movimientos hablaban de habilidad marcial perfeccionada durante innumerables años de guerra. Roth no se dejó engañar por esa pretensión de honor. Sabía por experiencia que el vampiro lucharía sucio, como cualquier otro pirata.

El capitán estaba listo cuando las cuatro figuras con túnica vinieron por él desde arriba, con las guadañas en alto. Atacó con la espada catayana de su padre en un brillante arco plateado que atravesó una de las criaturas del cuello.

Silbó a través del espectro como si no estuviera allí.

Aturdido, Roth avanzó tambaleándose, agachándose a tiempo cuando una guadaña de aspecto malvado que casi corta la cabeza. Otra guadaña impactó en la cubierta donde una fracción de segundo antes se encontraba su bota.

Roth rodó por el suelo, pasando por debajo de uno de los espectros y apoyándose de espaldas en la balaustrada frontal. Las cuatro figuras vestidas fueron a por él, con las guadañas levantadas. Atrapado, el capitán saltó por el costado de la borda y, todavía aferrado a la balaustrada, convirtió su impulso en un balanceo completo. Saltó sobre la barandilla para aterrizar detrás de las figuras envueltas en túnicas y atacó con su espada una vez más, clavándola a través del torso de uno de los espectros. No sintió ninguna resistencia.

El vampiro se echó a reír, limpiando la sangre de su espada con un pañuelo de seda. El cuerpo decapitado de Ghow Southman yacía a sus pies.

Roth gritó de ira, pero su falta de concentración le costó caro. Silenciosos como la muerte, los espectros habían rodeado a Roth. Sus guadañas brillaban en la luz de otro mundo cuando se acercaban para matar.

El cielo sobre la proa brilló con un rojo otoñal cuando el vientre escamado y las largas patas dobladas de un dragón se abatieron sobre la cubierta. El príncipe Yrellian saltó de la espalda de la criatura, atacando con la cimitarra llameante en su mano enguantada mientras aterrizaba con gracia felina en la cubierta. El espectro más cercano a Roth explotó en una ráfaga de llamas que alían a azufre, soltando un agudo grito antes de desaparecer.

El elfo aprovechó el impulso de su carga para rodar y se levantó rápidamente, atravesando el cráneo de otra de las apariciones con la espada de fuego del Magus, que se consumió al instante.

Roth cayó hacia atrás, arrastrándose desesperadamente cuando el tercero de los espectros atacó con su guadaña a la altura del torso. El ser fantasmal atacó justo cuando Roth cayó a causa del suelo resbaladizo, pero cuando a punto estaba de perforarle el pecho, la cimitarra llameante brotó de su cuello en una brillante explosión ignífuga, exorcizándolo por completo.

La muerte de la criatura reveló al Príncipe Yrellian de pie sobre él, defendiéndose de los rápidos ataques del Conde Noctilus. El intercambio de golpes fue tan rápido que las cuchillas sonando como campanillas. El vampiro se movía a tal velocidad que apenas era visible; en un momento presionando el flanco de Yrellian, para después atacar por debajo de las llameantes estelas de la espada mágica para apuñalar el corazón del elfo.

El rostro del elfo era una máscara de concentración mientras paraba y contratataba en respuesta, con la cimitarra llameante dejando complejos vestigios en el aire.

Poniéndose de pie, Roth avanzó para inclinar la balanza, pero su paso fue bloqueado por la última de las criaturas espectrales. Dirigió la punta de su guadaña al pecho de Roth, con las cuencas de los ojos ardiendo con furia antigua. Roth paró la cuchilla del segador con la espada de su padre, pero el terror le estaba

contrayendo la garganta. La misma presencia de la criatura estaba minando la fuerza de su cuerpo agotado. Incluso mantenerse en posición vertical mientras el Heldenhammer se lanzaba hacia la enorme garganta del maelstrom estaba resultando extremadamente difícil. Esta fue una pelea que no podía esperar ganar. La guadaña se arqueaba una y otra vez, deshaciendo la guardia de Roth.

Un estoque dorado salió inesperadamente del costado de Roth, arrancando parte del cráneo de la mortal criatura con un golpe preciso. El capitán ni siquiera miró a su salvador, en cambio empujó fuertemente su espada contra la cuchilla de la guadaña de su enemigo, forzando una apertura. El estoque apareció de nuevo, y esta vez estaba acompañado por el brillante fantasma dorado de un joven guerrero elfo. Cuando el misterioso espadachín clavó su espada delgada en el espectro con una estocada que hubiera hecho sentir orgulloso a un maestro de la espada Ulthuan, Roth vislumbró lo que podría haber sido el doble de Yrellian.

El espectro desapareció con un grito desesperado, y cuando Roth recuperó el equilibrio, el espíritu guerrero élfico también se había ido.

En lo alto del mascarón de proa del Heldenhammer, el Conde Noctilus y el Príncipe Yrellian se enfrentaban en duelo a una velocidad apenas visible, en el que ninguno de los dos podía vencer al otro en una pelea justa. Roth gruñó cuando Noctilus intentó ganar jugando sucio, salmodiando una frase tan antigua como el desierto y permitiendo deliberadamente que el príncipe elfo lo golpeará. La espada ardiente del Magus se alojó en la carne del hombro del vampiro, pero justo cuando Yrellian dio un grito de triunfo, el vampiro agarró la muñeca del elfo con una garra pálida.

La vejez recorrió el físico del apuesto elfo, surgiéndole manchas en la piel y su con su encanecido cabello cayendo por el viento. El vampiro mantuvo su mortal agarre incluso cuando la carne de su hombro se quemaba y crepitaba y su armadura se ennegrecía y agrietaba por el calor de la cuchilla candente. El elfo envejeció a un ritmo terrible, su orgulloso físico se dobló casi el doble que cuando se encogió con su propia ropa. Roth observó como el agonizante rostro del elfo se derrumbó sobre sí mismo, y en el espacio de unos pocos segundos, no quedó nada más que un delgado esqueleto sosteniendo la hoja llameante.

El vampiro arrancó la cimitarra de su hombro y avanzó hacia Roth, lanzando el esqueleto del elfo a las aguas turbulentas. La horrible crueldad grabada en su rostro era horrible de contemplar.

El capitán recordó el funeral de su familia cuando el vampiro saltó sobre la balastrada para aterrizar a una docena de metros de él. Las brasas de su fuego interior se encendieron. Se puso de pie y se encontró con la terrible mirada del vampiro sin inmutarse.

- Te conozco, demonio - escupió Roth, su voz ronca por la tensión. - Mataste a mi esposa, a mi padre y a mi único hijo. Aún puedes matarme.

El vampiro asintió con la cabeza, avanzando lentamente con una espada en cada mano. La cimitarra llameante era dolorosamente brillante en su mano enguantada.

- Pero por Sigmar que os arrastraré a ti y a tu escoria de no-muertos al infierno conmigo...

Roth sacó su pistola de triple cañón y disparó una fuerte ráfaga. Las balas alcanzaron las ennegrecidas grietas del pectoral del vampiro y dejaron un agujero humeante de carne quemada en su pecho. Roth casi podía ver el corazón seco y muerto del vampiro dentro de los restos destrozados de su caja torácica.

Noctilus se limitó a reír, con una risa tan antigua y hueca como la muerte. La carne quemada comenzó a retorcerse y a sanar, regenerándose a una velocidad asombrosa.

El vampiro atacó.

Roth disparó la pata de mesa que había metido en el hueco vacío de su mano-hoz durante los momentos finales del elfo. La estaca improvisada, cortada del mismo trozo de madera que había tomado de la Inspiración del lugar donde había muerto su padre, ensartó el corazón expuesto del vampiro con el poder de un pistón accionado por vapor. Aquel tiro lanzó a la criatura no muerta hacia atrás, fijándola contra la



balaustrada con la fuerza de su disparo. La cabeza del vampiro retrocedió y su boca se abrió en un grito silencioso, pero sus extremidades no hicieron más que temblar imponentemente.

Roth corrió hacia él y liberó la cimitarra llameante del agarre del vampiro. La mano de Roth empezó a quemarse de la mano de Roth mientras la hoja surcaba el aire, cortando la cabeza de Noctilus de su cuello en una nube de vapor sangriento. Roth giró la cimitarra de modo que la punta estuviera orientada hacia abajo y la empujó hacia la garganta abierta del vampiro.

El olor a carne cremada era abrumador cuando la ardiente espada redujo al vampiro a cenizas de adentro hacia afuera.

Roth se tambaleó hacia atrás, liberando su mano quemada de la cimitarra llameante. Sus nervios gritaban de agonía, pero todavía no podía permitirse desmayarse. Todavía quedaba trabajo por hacer.

\*\*\*\*\*

El maelstrom rugía y giraba, furioso por la muerte de su amo. El Heldenhammer daba vueltas hacia el interior de su garganta, yendo de un lado hacia otro por las agitadas fuerzas del enorme remolino. Roth osciló a través de las cubiertas, sintiendo explosiones de dolor detrás de sus ojos cada vez que trataba de estabilizarse con su mano lisiada. La cubierta estaba llena de sangre y cadáveres; hombres que habían luchado contra los marinos de hueso y ahogados que surgieron de las aguas para atacar a la tripulación mientras Roth había estado luchando en el castillo de proa. En ese momento, apenas una docena de sus hombres seguían vivos, balbuceando aterrorizados y rezando a los dioses por la salvación.

- ¡Salvanos! - Gritaban, con los brazos levantados implorando hacia los cielos indiferentes. - Manann, ¡Salvanos!

- ¡Salvaros vosotros mismo, bastardos! - Rugió Roth sobre el estruendo de la tempestad. - ¡Ayúdame a desatar estas urnas! Tenemos que hacerlo nosotros mismos.

Los hombres gritaron y lloraron de miedo, sin escuchar una sola palabra de lo que les dijo su capitán.

El capitán se tambaleaba y bamboleaba sobre la cubierta que se sacudía violentamente, ciego de dolor y agotamiento. La hiriente sal del maelstrom hacia que el escociera su mano destrozada, y sus oídos sangraron con la presión de las profanas fauces que los atraían cada vez más hacia su garganta.

Las urnas estaban arriba, atadas a la base del castillo de proa con una cuerda robusta.

Con un gran esfuerzo, Roth empujó su cuerpo por la inclinación de la cubierta del Heldenhammer. Metió el brazo a través de la cuerda que sostenía las grandes urnas en su lugar y se ancló por un momento. No había manera de que pudiera deshacer el complejo nudo que sujetaba las urnas con su mano destrozada y su muñón vacío.

Desesperado, el capitán buscó algo con lo que cortar la cuerda. No encontró nada. La desesperación se filtraba a través de él como un veneno. Incluso si hubiera encontrado algo, ¿cómo lo usaría? ¿Un hacha? ¿Un cuchillo? Poco uso para un hombre sin manos.

Malherido más allá de toda resistencia, el capitán mordió el grueso cáñamo que sostenía las urnas con los dientes. El vómito llenó su boca cuando el dolor se hizo demasiado fuerte, y puntos negros bailaban en sus ojos.

Roth se desplomó contra las enormes urnas, y su vista empezó a desvanecerse.

Un cadáver alto y enorme lo agarró del hombro y lo obligó a levantarse contra las urnas, dándole un revés en la cara para que su cabeza rebotara en la cerámica pintada. Roth gruñó y se sacudió, con sangre, vómito y lágrimas mezclándose en su barba. Miró con la intensidad de una bestia herida a su perseguidor, y su mente empezó a cobrar vida una vez más.

Se trataba de Salt Pietr. Estaba muerto, podrido y cubierto de algas, pero por el tamaño del bastardo y los tatuajes en su calva cabeza definitivamente solo podría tratarse de Salt Pietr. Para empezar, nadie más que Roth sabía tenía un cuello más grueso que su cabeza.

La torpe aparición desenfundó su alfanje y lo hizo descender en un gran arco. Demasiado cansado para esquivar el golpe, Roth casi se sintió aliviado de que su muerte estuviera finalmente al alcance de la mano.

El alfanje cortó la robusta cuerda que unía las grandes urnas al castillo de proa, dividiéndola con un solo golpe. Salt Pietr se tambaleó con el esfuerzo de agarrar y sujetar el extremo de la cuerda antes de que las grandes urnas cayeran al agua. Ningún hombre mortal podría haber logrado tal hazaña, pero por la fuerza de su brazo, el viejo compañero de Roth estaba evitando que las urnas se cayeran. Sacudiéndose las lágrimas de sus ojos, Roth vio que pasarían por las rocas en forma de colmillo en el corazón del vórtice con su próxima vuelta alrededor del viviente túnel de agua.

El aliento del capitán quedó atrapado en su garganta. Aquello todavía podría funcionar.

- ¡Salt, ahora! - Gritó, con voz entrecortada y desesperada mientras pateaba las urnas, - ¡Suelta la cuerda!

El primer oficial hizo lo que le dijeron, como siempre. La gruesa amarra se apartó y las grandes urnas cayeron sobre las rocas. Roth cayó con ellas, pero Salt Pietr lo agarró del brazo en el último momento, sosteniendo a su capitán suspendido sobre el vacío.

Las grandes urnas se rompieron sobre las rocas irregulares de abajo, y se desató un caos total.

Girando hacia arriba desde el corazón del Maelstrom, surgió un trío de espíritus elementales tan grandes que hicieron que los otros conjuros del Magus parecieran insignificantes en comparación. La primera urna que se separó soltó a una titánica djinn de mar que se alzaba en el aire como un rayo de luz prismática. Su glacial forma era tan grande que si estiraba sus brazos masivamente musculosos podría haber tocado ambos lados de la garganta del remolino. Presionó su hombro en las turbulentas aguas del maelstrom y luchó contra la corriente, mientras su cabeza de iceberg fruncía el ceño mientras empujaba la corriente con la fuerza de un tsunami vivo.

Rugiendo desde detrás de la monarca marina había una columna vivientes de llamas tan ancha como el santuario principal del Reikstemple, con sus cabezas gemelas gritando con el rugido crepitante de un incendio forestal. El Sultán de la Llama se curvó en el aire antes de sumergirse en el punto más débil del Maelstrom, convirtiendo grandes cantidades de salmuera en maloliente vapor. La criatura ardió hacia arriba una vez más, disminuyendo enormemente de tamaño, pero a su paso dejaba brillante agua purificada en lugar de la sucia capa de cobalto del Cementerio.

Una furiosa tempestad con la forma de un dios rugió en el firmamento con un explosión de fuerza destructiva. Giró a una velocidad tremenda, en sentido contrario a las aguas del remolino, y se convirtió en un tornado que absorbió por completo el mortal miasma que emanaba de la garganta de la vorágine.

El maelstrom se deshizo en una explosión de grandes columnas de rocío que llegaron hasta los cielos. Las limpias aguas del océano volvieron a situarse en su lugar, llenando el túnel que conducía al abismo y borrándolo de la existencia por completo.

Lentamente, las atronadoras olas se calmaron hasta que solo quedaron una serie de cráneos en movimiento donde una vez reinó un remolino viviente. La luz del sol brillaba en las crestas de las olas recién nacidas.

Con sus bendiciones concedidas, los reyes elementales se convirtieron en esferas de luz, libres una vez más después de tres mil años de encarcelamiento.

De los buques de guerra, y la tripulación que había luchado tan duro por su liberación, no había ninguna señal.

## **EPÍLOGO**

El Magus Dorado se deleitaba bajo el sol del nuevo amanecer, girando una botella translúcida una y otra vez en sus manos. Se sentía contento, feliz de hecho, mientras observaba los horizontes de su nuevo reino. Tomaría algún tiempo transformar lo que había sido un cementerio en una forma más agradable para su delicada sensibilidad, pero el cambio era la única constante en el universo. Después de todo, había poderes en este mundo mayores que las fuerzas de la no-muerte. Oh si. El gran Tzeentch, el maestro manipulador y el padre de los brujos, le había mostrado la luz hace muchos siglos.

El Magus se puso de pie, estirándose como un gato en el sol de la mañana. Se permitiría un descanso del frenéticamente entretenido mundo de los hombres por un tiempo, tal vez, y pasar un poco de tiempo viviendo como un rey en lugar de un criado.

El hechicero recorrió los pasillos del minarete de la Cimitarra Llameante, silbando una compleja melodía de su propia creación mientras se abría camino a través del laberinto de paredes de cristal que llamaba a casa. Dibujando un sigilo ardiente en el aire, abrió una puerta secreta hacia un lujoso estudio, cuyo elemento más distintivo era una maraña de ennegrecidos huesos de vampiro fusionado en un trono.

Las paredes del estudio estaban casi completamente cubiertas con estantes, y cada estante estaba ocupado con botellas de todas las formas y colores concebibles. El Magus colocó la botella que sostenía en los estantes y la posicionó entre las que estaban en almohadas individuales de cuero pálido hechas de piel humana. Cada una de las botellas contenía un pequeño buque de guerra, perfecto en cada detalle.

La amplia sonrisa del Magus se distorsionó en las paredes de la botella mientras miraba al más nuevo y favorito. Dentro de la prisión de cristal había una pequeña nave, severamente dañada tras su última batalla, pero de todos modos era una visión fascinante.

Su mascarón de proa había sido moldeado con el aspecto de un dios guerrero que portaba un martillo.

## Glosario

Para ayudar a comprender mejor algunos conceptos y términos que aparecen en la novela, añado aquí esta lista.

- **Botafuego:** Antes de la invención de la llave de artillería se aplicaba la ignición del cañón mediante este sistema de mecha encendida sobre un chifle de madera.
- **Burel:** Pasador de madera dura muy grueso que se usa para abrir con facilidad los cordones de los cabos para hacer las costuras o ajustes.
- **Cajón de toma de mar:** También denominado maleta de marinero, es un tubo o cajón entre el costado del buque y la válvula del casco que corta el paso de agua.
- **Cañón de mira (o de caza):** Cañones de 8 libras situadas en la proa o en la popa empleado en las persecuciones.
- **Cofa:** Plataforma de la parte superior de algunos palos de barco que sirve para, desde ahí, efectuar las maniobras de las velas altas, avistar a larga distancia, etc.
- **Llave de fuego o de artillería:** Constituida por una llave de chispa de fusil montada sobre un soporte de madera, que se hacía firme a la pieza por medio de dos fajas de loneta.
- **Mastelero:** Palo menor de una embarcación colocado sobre cada uno de los palos mayores.
- **Mesana:** es el mástil situado más a popa
- **Oído del cañón:** un fino agujero que llega a la recámara.